

FOLSTOY

EN BUSCA
DE LA DICHA

PG3367

.S5

E5



1020025752

EN BIRCA DE LA BICRA



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

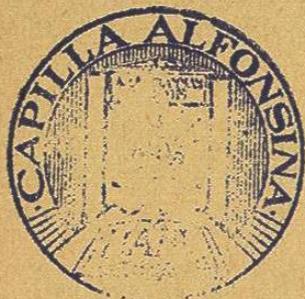


FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

EN BUSCA DE LA DICHA

891.7
A.

PG 3367
.55
E5



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Adm. 1025 MONTERREY, MEXICO

EN BUSCA DE LA DICHA

DE DONDE VIENE EL MAL

UN ermitaño vivía en el bosque, sin temer á las fieras salvajes. El ermitaño y las fieras conversaban reunidos, y se comprendían.

Un día, el ermitaño se había tendido bajo un árbol y al lado suyo hallábanse también, dispuestos á pasar la noche, un cuervo, una paloma, un ciervo y una serpiente, los cuales, comenzaron á disertar sobre el origen del mal en el mundo.

El cuervo decía:

— Del hambre viene el mal. Cuando comes con arreglo á tu apetito y reposas sobre

una rama, todo te sonríe y te parece bueno y alegre; pero quédate tan solo dos días en ayunas y no te sentirás con valor para mirar la naturaleza; te sientes agitado, no sabes estarte quieto en ninguna parte y no tienes un momento de reposo; si se presenta un pedazo de carne á tu vista, muchísimo peor, te lanzas sobre él sin reflexionar. Es en vano que te amenacen con un palo, que te lancen piedras; perros y lobos en balde te acometen, tu no lo sueltas. ¿A cuantos ha matado el hambre de esta manera entre nosotros? Todo el mal viene del hambre.

La paloma decía:

—Para mí, el mal, no viene del hambre, sino del amor. Si viviésemos aislados, no sufriríamos tanto; por lo menos. padeceríamos nosotros solos, mientras que ahora, vivimos por parejas, y quieres tanto á tu compañera, que no tienes un instante de reposo, pensando siempre en ella. ¿Ha comido? ¿Tiene bastante abrigo? Y cuando se aleja algo de su amigo, entonces te sientes perdido por completo; te mortifica el pensamiento de que el gavilán se la ha llevado, ó que ha sido cogida por los hombres. Y vas en busca suya, y caes en el peligro, ya sea entre las garras del gavilán, ya entre las mallas de una red. Y si tu compañera se ha perdido,

no comes, no bebes, no haces otra cosa que buscar y llorar. ¡Cuántos de los nuestros han muerto de este modo! Todo el mal viene, no del hambre, sino del amor.

La serpiente decía:

—No, el mal no viene ni del hambre, ni del amor, sino de la maldad. Si viviésemos tranquilos, si no buscásemos molestias, todo iría perfectamente; mientras que por el contrario, si se hace algo contra tu gusto, te enfadas y todo te ofusca, y entonces, como loca, no haces más que silvar y retorcerte, tratando de morder á alguien. Y no sientes piedad por nadie; morderías á tu padre, á tu madre, te comerías á tí mismo, y tu propio furor acaba por perderte. Todo el mal, viene de la perversidad.

El ciervo decía:

—No, ni de la perversidad, ni del amor, ni del hambre, viene el mal. Su origen está en el miedo. Si se pudiese no sentir el miedo, todo iría bien. Nuestros pies son ligeros en la carrera y no nos falta vigor. De un animal pequeño, podemos defendernos con los cuernos y las patas; de uno grande, podemos huir, pero lo que no podemos, es no tener miedo. Si una rama se rompe en el bosque, si una hoja se mueve, el espanto te hace temblar; tu corazón empieza á latir,

como si quisiese saltar del pecho y tu echas á correr, huyendo como una flecha. Otras veces es una liebre que pasa, un pájaro que agita sus alas, ó un fruto que cae, ya te crees perseguido por un animal feroz y vienes á caer en el peligro, huyendo de él. En ocasiones, para evitar á un perro vas á dar con el cazador, en otras, dominado por el miedo, corres sin saber hacia donde, das un salto, y ruedas en un precipicio donde encuentras la muerte. Duermes con un ojo abierto, siempre alerta, siempre espantado. No hay paz posible, todo el mal viene del miedo.

Entonces dijo el ermitaño.

—No es del hambre, ni del amor, ni de la perversidad, ni del miedo de donde vienen nuestras desgracias; de nuestra propia naturaleza, viene el mal, pues es ella quien engendra el hambre, el amor, la perversidad y el miedo.



EL AMIJADO

LEYENDA POPULAR

Habéis oído decir; ojo por ojo
y diente por diente.

Pero yo os digo, que no resistáis á aquel que os haga daño...
(*San Mateo C, V-V, 38 y 39.*)

A mí me pertenece la venganza; y la tomaré, dijo el Señor,
(*Ep. de San Pablo Apóstol á los hebreos. C, X-V, 30.*)

I

UN pobre mujik, tuvo un hijo, de lo cual, se alegró infinito y fué á casa de un vecino para rogarle que lo apadrinase. El vecino se negó. A nadie gusta ser padrino del hijo de un pobre mujik. Dirigióse á otro que rehusó igualmente.

Recorrió toda la población y nadie quiso servir de padrino á su hijo. Dirigióse entonces á otra ciudad y en el camino encontró á un viandante.

Detúvose éste.

—Buenos días—dijo el mujick.—¿Hacia donde te encamina Dios?...—Dios—prosiguió el mujich—me ha dado un hijo, para cuidar de su infancia, y en cambio él, consolará mi vejez y rogará por mi alma cuando me muera. Como soy tan pobre, nadie, en nuestra aldea, ha querido aceptar el ser padrino, y voy buscándole por todas paries.

El viandante dijo:

—Yo lo seré, si tu quieres.

Alegróse mucho el mujik, dióle las gracias y dijo:

—¿Y quién podrá ser ahora la madrina?

—Para madrina — dijo el viandante— llama á la hija del comerciante. Vé á la ciudad; en la plaza, hay una casa con dos almacenes; á la entrada de la casa, pide al comerciante que deje venir á su hija para que sirva de madrina.

El mujik dudaba.

—¿Cómo—dijo—compadre, pedir eso á un comerciante, á un rico? No querrá. No dejará venir á su hija.

—Eso no es cuenta tuya. Vé y pídeselo.

Mañana por la mañana tenlo todo arreglado que vendré para el bautizo.

El pobre mujik volvióse á su casa, arregló su caballo y fuese á la ciudad á casa del comerciante. Dejó la caballería en el patio y el mismo comerciante le salió al encuentro:

—¿Qué quieres?—le dijo.

—Pues mire usted, señor comerciante, Dios me ha dado un hijo, para que lo cuide durante su niñez, y él en cambio, consolará mi ancianidad y rogará por mi alma, cuando me muera. Sea usted bueno, deje venir á su hija como madrina.

—¿Y cuando es el bautizo?

—Mañana por la mañana.

—Está bien. Vete con Dios. Mañana, á la misa de la mañana, estará ella allí.

Al día siguiente llegó la madrina, llegó el padrino y el niño fué bautizado.

Cuando terminó el bautizo, salió el padrino sin que nadie pudiese saber quien era. Y después, ya nadie le volvió á ver.

II

Creció el niño, y creció para alegría de sus padres. Era fuerte, trabajador inteli-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1265 MONTERREY, MEXICO

gente y dócil. Llegaba el muchacho á diez años, cuando sus padres le enviaron á la escuela.

Lo que los otros aprenden en cinco años, lo aprendió él en uno: ya no quedaba nada que enseñarle.

Vino la Semana Santa. El muchacho, fué á casa de su madrina, para las felitaciones de costumbre. Al volver á su casa preguntó;

—Padrecito y madrecita, ¿dónde vive mi padrino? Tendría mucho gusto en ir á su casa para felicitarle.

Y su padre y su madre le contestaron:

—No lo sabemos, querido hijo, donde vive tu padrino. También á nosotros nos apesadumbra eso muchísimo. No le hemos vuelto á ver desde que te ha bautizado. Ni hemos oído hablar de él, ni sabemos donde vive, ni siquiera si está vivo.

El niño saludó á su padre y á su madre.

—Dejadme—dijo— padrecito y madrecita buscar á mi padrino. Quiero encontrarle y felicitarle las fiestas.

El padre y la madre dejaron partir al hijo. Y el muchacho se puso en busca de su padrino.

III

Salió el niño de la casa y se dirigió al camino. Anduvo como media jornada y encontró á un viandante.

Le detuvo.

—Buenos días—dijo el chiquillo.

—¿Hacia dónde te encamina Dios?...

—He ido—continuó diciendo—á casa de mi madrinita, para felicitarle las fiestas, y de vuelta en la mía, he preguntado á mis padres: ¿dónde vive mi padrino? Quisiera felicitarle las fiestas. Y mis padres me han contestado: No lo sabemos, hijito, donde vive tu padrino. Desde que te bautizó, despidióse de nosotros, y nada sabemos de él, y hasta ignoramos si vive. Y por eso voy á buscarle.

Y el viandante dijo:

—Yo soy tu padrino.

El muchacho se alegró, felicitóle las fiestas y se besaron en la boca. (1)

—¿Y cuál es tu camino ahora padrino mío?—dijo el muchacho—si te diriges hacia el lado donde nosotros vivimos, ven á nues-

(1) Costumbre rusa en el día de pascua.

tra casa, y si vas á la tuya yo te acompañaré.

Y el padrino dijo:

—No tengo tiempo ahora para ir á tu casa. Tengo algunos quehaceres por los pueblos, pero mañana regresaré á la mía. Allí te esperaré pues.

—¿Pero cómo, padrino mío, he de encontrarle?

—Mira, te dirigirás hacia el lado donde sale el sol, siempre derecho, llegarás á un bosque, encontrarás en medio de él un claro; siéntate allí, descansa y estate atento á lo que suceda. Fíjate mucho en lo que veas y continúa tu camino. Sigue andando siempre derecho. Saldrás del bosque, encontrarás un jardín, y en el jardín, un palacio con el techo de oro. Aquella es mi casa. Aproxímate á la puerta grande. Yo mismo te saldré al encuentro.

Dicho esto, el padrino desapareció á los ojos del ahijado.

IV

Emprendió el muchacho la marcha como le había ordenado su padrino. Caminó, caminó, y llegó á un bosque. Encontró un cla-

ro y en el centro un pino. Sentóse y comenzó á mirar. Vió atada á una alta rama una cuerda, un pedazo grande de madera de tres puds (1) y bajo aquel pedazo de madera, un panal de miel. No había tenido tiempo aún el muchacho de preguntarse porque la miel se encontraba allí, lo mismo que el pedazo de madera atado, cuando oyó un ruido en el bosque, y vió llegar muchos osos. Delante, iba la osa; detrás de ella uno de un año, y más atrás, tres oseznos. Venteó la osa y dirigióse hacia el panal. Los oseznos la siguieron. Después de haber aquella introducido el hocico en la miel, llamó á los pequeños, que acudieron y se pusieron á comer. Apartóse un poco el pedazo de madera y volvió después á su primera posición. Advirtiéndolo la osa, y empujó la madera con su pata. Apartóse aún más la madera, volvió y golpeó á los oseznos, á unos en el lomo, á otros en la cabeza. Los oseznos empezaron á chillar y huyeron. La madre lanzó un gruñido, cogió con las dos patas el madero y le rechazó con fuerza lejos, echándole muy alto. Acercóse el oso de un año al panal, introdujo el hocico en la miel y comió. Los otros empezaban á acercarse también, pero

(1) Equivalente á cuarenta y cinco kilos.

no habían tenido tiempo aún de llegar, cuando el madero cayó sobre el que comía, dándole en la cabeza y matándole en seguida.

La osa lanzó un gruñido más fuerte que el anterior, y violentísimamente, rechazó el madero. Subió ésta á una altura mayor que la de la rama, formando la cuerda una curva. Llegó al panal la osa y sus oseznos con ella. Por las alturas, seguía volando el madero; detúvose después, y empezó á bajar. Cuanto más bajaba, más rápido iba. Adquirió tal rapidez que cayendo sobre la osa y alcanzándola en la cabeza, le destrozó el cráneo. Cayó la osa patas arriba y murió. Los oseznos huyeron.

V

El muchacho, muy sorprendido, prosiguió su camino. Llegó á un gran jardín donde vió un gran castillo con el techo de oro. Y en la puerta central se hallaba el padrino sonriendo.

Dióle éste la bienvenida á su ahijado, le introdujo y dirigieron los dos hacia el jardín. Y en un sueño jamás el niño ha visto esplendores semejantes á los de ese jardín.

Hizo entrar el padrino al muchacho en su palacio. El palacio es aún más maravilloso.

El padrino condujo al muchacho por todas las habitaciones, más bellas, más alegres unas que las otras, hasta llevarle ante una puerta sellada.

—¿Ves—le dijo—esa puerta? No tiene cerradura, está sellada únicamente. Se puede abrir, pero jamás debes penetrar ahí. Permanece aquí todo el tiempo que quieras, y paséate tanto y como gustes. Goza de todas las alegrías, únicamente está prohibido el branquear esta puerta. Si la franqueas acuérdate entonces de lo que has visto en el bosque.

Dicho esto, despidióse el padrino de su ahijado.

Permaneció este en el palacio, y allí vivió. Y encontró tantos goces y encantos que al cabo de treinta años, pensaba que habían pasado tan solo tres horas. Y cuando esos treinta años pasaron de aquel modo, aproximóse el ahijado á la puerta sellada y pensó:

—¿Porqué me habrá prohibido el padrino entrar en esta habitación? Voy á ver lo que hay ahí dentro.

Empujó la puerta, se rompieron los sellos y quedó la habitación abierta. Franqueó

el umbral y vió un salón más grande, más magnífico que todos los otros, y en medio del salón un trono de oro. Atravesóle el ahijado, aproximóse al trono, subió los peldaños y sentóse. Sentóse, y vió cerca del trono un cetro, que cogió entre sus manos. De repente, las cuatro paredes del salón cayeron. Vió el ahijado, mirando alrededor de él, el mundo entero, y todo lo que los hombres hacen en el mundo. Y pensó:

—Voy á ver lo que ocurre en mi casa.

Miró en línea recta, vió el mar, los buques en marcha. Miró á la derecha, y vió los pueblos heréticos. Miró hacia la izquierda y vió los cristianos, pero no á los rusos. Miró detrás de él: aquellos eran nuestros rusos.

—Voy á ver ahora si el trigo á granado bien en nuestros campos.

Miró hacia allí, y vió las mieses que aún no estaban amontonadas. Empezó á contarlas, para ver si había mucho trigo, y vió una carreta que pasaba por el campo y á un mujik dentro.

Cree el ahijado que es su padre, que va durante la noche á cargar su trigo. Reconoce que es Wassili Kaubriaschew el ladrón que va en la carreta. El ladrón se aproxima á las mieses, y empieza á cargarlas en su carro. El ahijado se enccleriza y grita:

—¡Padrecito, te roban las mieses de tu campo!

El padre se despierta sobresaltado.—He visto en sueño—dice—que me roban las mieses. Me voy al campo.

Monta á caballo y parte. Llega á su campo, y ve á Wassili. Llama á los mujiks. Wassili es detenido, le atan y le conducen á la cárcel.

El ahijado quiso ver también la ciudad en donde vive su madrina. La vió casada con un comerciante. La vió dormida y á su marido levantarse y dirigirse á casa de una querida. El ahijado dice á la mujer del comerciante:

—Levántate, tu marido, está haciendo malas cosas.

Y la madrina, se levanta apresuradamente, se viste, encuentra la casa donde estaba su marido, le dirige mil injurias, pega á la querida, y hace volver al esposo á su casa.

Quiere también ver á su madre, y la vé asustada en la isla. Un granuja entra en la isla y empieza á descerrajar los cofres.

La madre se despierta y lanza un grito. El granuja coge entonces un hacha, la levanta sobre la madre y va á matarla.

El ahijado no se puede contener y lanza

el cetro sobre el granuja que lo alcanza precisamente en la sien, y lo mata en seguida.

VI

Tan pronto con el ahijado ha dado muerte al granuja, las paredes se levantan de nuevo y el salón toma su aspecto ordinario. La puerta se abre y entra el padrino. Aproximase á su ahijado, le toma por la mano, le hace bajar del trono y dice:

—No has obedecido mis órdenes: la primera cosa que has hecho mal es abrir la puerta prohibida; la segunda haber subido al trono y cogido mi cetro; la tercera, haberte puesto á juzgar á las gentes. La osa empujó una vez el madero, y molestó á sus oseznos. La empujó otra vez y mató al mayor. Por tercera vez lo empujó, y se mató á sí mismo. Lo mismo has hecho tú.

Y el padrino hizo subir al ahijado sobre el trono y tomó el cetro entre sus manos. Y de nuevo los nuevos cayeron, y de nuevo fué todo visible.

Y dijo el padrino:

—Mira ahora lo que has hecho á tu padre.

Ya ves, Wassili ha pasado un año en la

cárcel. Ha aprendido todo lo malo, y se siente colérico. Mira, como roba los caballos de tu padre, y después prende fuego á la isba. Mira lo que has hecho á tu padre.

Cuando el ahijado vió que prendían fuego á la isba de su padre, el padrino le veló el espectáculo y le obligó á que mirase hacia otro lugar.

—Mira—le dijo—el marido de tu madrina.

Desde hace un año se ha separado de su mujer, y se divierte con otras, mientras que ella, después de haber luchado, ha tomado por fin un amante. Y la querida se ha perdido por completo. Eso es lo que has hecho á tu madrina.

Velóle también el padrino el espectáculo, y enseñó al ahijado la casa de sus padres. Y vió á su madre, que lloraba sus pecados y se arrepentía diciendo: «Valiera más que el granuja me hubiese matado; no hubiera cometido tantos pecados.»

—Eso es lo que has hecho á tu madre.

Velóle también este esputamlo y le ordenó que mirase hácia abajo. Y vió el ahijado al granuja, al cual vigilaban dos guardias delante de la cárcel.

Y dijo el padrino:

—Este hombre ha matado nueve almas.

El mismo debía haberse redimido. Pero tú le has matado, y por lo tanto sus pecados te corresponde á tí redimirlos. Mirá lo que á tí te has hecho... Te doy un plazo de treinta años; ve por el mundo, redime los pecados del granuja. Si los redimes, estaréis libres los dos, pero si lo logras tú habrás de ocupar su puesto.

Y el ahijado dijo:

—¿Pero como podré redimir esos pecados?

Y el padrino le contestó:

—Cuando habrás destruido en el mundo, tanto daño como has hecho, entonces habrás redimido tus pecados y los del granuja.

Y el ahijado pregunta:

—¿Pero cómo destruir el mal?

—Camina todo derecho hácia el lado por donde el sol sale—dijo el padrino.—Encontrarás un campo y gente en él. Observa lo que hace esa gente, y enséñales lo que tú sabes. Después sigue tu camino, y observa todo lo que veas. Al cuarto día llegarás á un bosque, en el bosque hallarás una ermita, en la ermita vive un anciano. Cuéntale todo lo que ha ocurrido. El te enseñará. Cuando habrás hecho todo lo que el anciano te haya ordenado, entonces estarán redimidos tus pecados y los del granuja.

Así habló el padrino. Acompañó al ahijado hasta fuera del palacio y cerró la puerta.

VII

Partió el ahijado. Y caminando pensaba:

—¿Cómo me será posible destruir el mal en el mundo? ¿Se destruye el mal en el mundo deportando á la gente, encarcelándola, quitándole la vida? ¿Cómo tendré que arreglarmelas para no cogerme con el mal ni con los pecados ajenos?

Reflexionaba, reflexionaba, sin poder resolver la cuestión.

Caminó, caminó, y llegó á un campo. Aquel campo estaba lleno de trigo; era el tiempo de la siega. Vió el ahijado que en aquel campo de trigo se había aventurado un ternero. Lo advirtieron los segadores, montaron á caballo y emprendieron la persecución del animal por entre el campo de trigo, en todos los sentidos. Cuando el ternero quería salir, llegaba un ginete que le hacía retroceder, lleno de miedo, y de nuevo empezaba la persecución.

La mujer del mujik, lloraba;

—Van á matar mi ternero—decía.

Y el ahijado comenzó á decir á los mujiks:

—¿Porqué hacéis eso? Jamás le haréis salir de ese modo. Salid todos del trigo.

Obedecieron los mujiks. La *baba* (1) se aproximó al campo y llamó: «¡Tprusi!» ¡Tprusi! ¡Burenokhka! ¡Tprusi! ¡Tprusi!»

El ternero extendió las orejas, escuchó y corrió hácia la *baba*, acercóse, y frotó con tanta fuerza su hocico contra ella, que por poco no la hace caer. Y los mujiks, quedaron contentos, y la *baba* y el ternero también.

Siguió su camino el ahijado pensando:

—Veo ahora que el mal se multiplica por el mal. Cuanto más se le persigue más crece. No se debe pues destruir el mal con el mal. ¿Y cómo destruirlo pues? No lo se. Ha sido un bien que el ternero haya escuchado á su dueña; pero si no la hubiese escuchado ¿cómo hacerle salir?

Reflexionaba, reflexionaba, sin poder encontrar la solución. Y prosiguió su camino.

(1) Mujer del mujik.

VIII

Caminando, caminando, llegó á una aldea.

Pidió á la dueña de una isba que le dejase acostar en su casa. La dueña consintió. No había más gente en la isba que aquella mujer ocupada en la limpieza.

Entró el ahijado, sentóse en la chimenea, y empezó á observar lo que hacía el ama. Vió que limpiaba las mesas y los bancos con trapos sucios. Secaba la mesa, y el trapo sucio lo llenaba de manchas. Las limpiaba y hacía otras nuevas. Dejó la mesa y fué á secar los bancos. Ocurrió lo mismo. Lo ensuciaba todo con los trapos sucios. Quitaba una mancha y aparecía otra.

El ahijado, miraba, miraba, y dijo por fin:

—¿Qué estás haciendo patrona?

—¿No ves que estoy limpiando para la fiesta? Pero no puedo lograrlo. Todo está sucio. Estoy fatigada.

—Pero es que antes debías limpiar los trapos y entonces lo lograrías.

Obedeció la patrona, lavó después las mesas, los bancos y todo quedó limpio.

A la mañana siguiente, despidióse el ahijado y prosiguió su camino.

Andando, andando, llegó á un bosque. Vió á varios mujiks, haciendo timones de arado. Acercóse á ellos y observó que en vano se fatigaban y que la madera no quería doblarse.

—¡Dios os ayude!—dijo.

—¡Cristo te salve?—le contestaron.

Miró el ahijado y vió que el soporte no estaba sujeto, y giraba con el timón.

Dijo entonces:

—¿Qué estáis haciendo hermanos?

—Ya lo ves. Doblamos ramas para timones de arado. Por dos veces las hemos pasado por agua hirviendo; estamos cansados y la madera no quiere doblarse.

—Es que deberíais antes sujetar el soporte, por que gira al mismo tiempo que vosotros.

Obedecieron los mujiks, sujetaron el soporte y todo fué bien.

Pasó el ahijado una noche entre ellos, y continuó después su camino. Caminó todo el día y toda la noche.

Al amanecer encontró á unos pastores. Acostóse cerca de ellos y vió que se disponían á encender fuego. Tomaban ramitas secas, las encendían y sin darles tiempo de

que prendiese bien el fuego, las metían debajo de la leña húmeda. La leña chisporroteaba, humeando, y se apagaba en seguida. De nuevo los pastores volvían á hacer lo mismo, y el resultado era igual. Así pasó mucho tiempo sin que consiguieran su objeto.

Y el ahijado les dijo:

—No os apresuréis á poner la leña; encended bien antes el fuego, dadle tiempo para que se encienda; cuando haya llamas, poned entonces la leña.

Así lo hicieron los pastores. Dejaron que el fuego estuviese encendido y luego pusieron la leña.

La madera se incendió y chisporroteó.

Permaneció un rato el ahijado entre los pastores y después prosiguió su camino. Preguntábase por que había visto esas tres cosas y nada podía comprender.

IX

Continuó andando; pasó un día. Llegó á un bosque; en el bosque se encontró una ermita.

Aproximóse el ahijado y llamó.

Una voz de dentro preguntó:

—¿Quién va?

—Un gran pecador. Quiero redimir los pecados ajenos.

El anciano salió preguntando:

—¿Cuáles son esos pecados ajenos que tu tienes sobre tí?

El ahijado se lo contó todo; la osa con sus osezuos, el trono en el salón sellado, lo que su padrino le ha ordenado, lo que ha visto en los campos, los mujiks persiguiendo al ternero y estropeando el trigo, y como fué el ternero á buscar á su dueña.

—He comprendido —añadió— que no se puede destruir al mal con el mal; pero no puedo comprender de que modo se le ha de destruir.

Y el viejo le dijo:

—Dime también lo que has visto en el camino.

Hablóle el ahijado de la *baba* de la isba, y de su modo de limpiar; de los mujiks y su manera de doblar el timón del arado; y de los pastores y el modo de encender el fuego.

El anciano escuchaba. Volvió hacia su ermita y trajo una hacha.

—Ven—dijo.

Adelantó el anciano hacia un claro, delante de la ermita y señalando un árbol ordenó.

—Derríbale.

El ahijado derribó el árbol.

—Hazle ahora en tres pedazos.

El ahijado cumplió el mandato.

Entró de nuevo el anciano en la ermita y volvió trayendo fuego.

—Quema—dijo—estos pedazos.

El ahijado hizo fuego y los quemó. Quedaron tres carbones.

—Entierra ahora los tres carbones. Así.

El ahijado los enterró.

—¿Ves aquel río al pie de la montaña?

Lléname la boca de agua y rocíalos. Rocía ese carbón como has enseñado á la *baba*; aquel como has enseñado á los mujiks, y al otro como has enseñado á los pastores. Cuando los tres germinen y salgan de ellos tres manzanos, entonces sabrás como se puede destruir el mal.

Dicho esto, volvió á entrar el anciano en su ermita.

El ahijado reflexionaba, reflexionaba; no podía comprender lo que el anciano le había dicho. Pero hizo lo que le fué ordenado.



X

Aproximóse el ahijado al río, tomó un buche de agua, roció el primer carbón y repitió una y más veces la misma operación, necesitando cien viajes para que la tierra estuviese bastante mojada sobre el carbón. Hizo lo mismo con los otros dos. Quedó fatigado; tenía hambre. Dirigióse á casa del anciano para pedirle de comer. Abrió la puerta; el anciano estaba muerto sobre un banco.

Echó una mirada alrededor, vió dos corcezas de pan y comió. Encontró un pico y empezó á abrir una fosa para el anciano. Durante la noche llevaba agua para regar los carbones, y durante el día, abría la fosa. Al tercero había acabado su labor. Iba á enterrar al anciano, cuando de la aldea llegaron las gentes que acostumbraban á traerle la comida. Se enteraron de que había muerto después de haber bendecido al ahijado. Ayudaron á éste á enterrar al anciano, dejáronle pan, prometieron traerle más y partieron.

Quedóse el ahijado viviendo en lugar del anciano; vivió alimentándose con lo que las

gentes le llevaban; y continuó ejecutando las prescripciones del anciano, tomando buches de agua del río y regando los carbones. De este modo vivió un año. Muchas gentes empezaron á visitarle. Se extendió el rumor de que en el bosque vivía un santo varón que curaba su alma y regaba con la boca pedazos de madera carbonizada. Acostumbráronse á visitarle pidiéndole consejos y opiniones. Ricos comerciantes iban también y le llevaban regalos. El ahijado no tomaba nada para él, aceptando solo lo estrictamente necesario; lo que le daban lo distribuía entre los pobres.

Y el ahijado pasaba bien su tiempo; la mitad del día lo invertía regando los carbones con el agua que llevaba en la boca; la otra mitad descansaba y recibía las visitas. El ahijado creyó que así es como debía vivir que así destruiría el mal y redimiría el pecado.

De ese modo vivió el ahijado un año más, sin que pasara un día sin regar; no obstante, ni un carbón siquiera germinaba. Un día, hallándose en su ermita, oyó á un jinete que pasaba cantando. Salió el ahijado y vió que era un hombre; vió que era un hombre joven y fuerte. Sus vestidos eran hermosos, hermosos el caballo y la silla. El

ahijado lo detuvo y le preguntó quien era y á donde iba.

El hombre se detuvo.

—Yo soy un granuja—dijo—voy por los caminos, mato á las personas. Cuanto más mato, más alegres son mis canciones.

El ahijado, lleno de espanto pensó:

—¿Cómo arrojar al mal de este hombre? Es fácil hablar á aquellos que vienen á mí á arrepentirse de sí mismos. Pero éste se vanagloria de sus pecados.

El ahijado quería marcharse y lo pensó.

—¿Cómo hacer? Este granuja pasará ahora por aquí y espantará al mundo; las gentes cesarán de venir á mi casa y yo no podré ni serles útil ni vivir yo mismo.

Y el ahijado se detuvo y comenzó á decir al granuja.

—Aquí vienen pecadores, no á vanagloriarse de sus pecados, sino arrepentirse y á purificarse. Arrepiéntete también tu, si temes á Dios. Si no quieres arrepentirte vete entonces de aquí y no vuelvas jamás. No turbes ni espantes á los que aquí vienen, y si no me escuchas, Dios te castigará.

El granuja se hechó á reir.

—No temo á Dios—dijo—y á tí no te obedezco. Tu no eres mi amo. Tu te alimentas de tu piedad, yo de mis granujadas. Todo

el mundo ha de vivir. Enseña á las *babas* que vienen á tu casa, yo, no necesito ser enseñado. Y puesto que me has recordado á Dios, mañana mataré á dos hombres más; y te mataría á tí también en seguida, pero no quiero ensuciarme las manos; y de ahora en adelante, procura no encontrarte en mi camino.

Echa esta amenaza se marchó.

Desde aquel día el ahijado temía al granuja. Pero éste no pasaba y aquél volvió á vivir tranquilamente.

XI

De este modo pasó el ahijado ocho años; comenzaba ya á fastidiarse. Una noche regó sus carbones, volvió á su ermita, desayunóse y empezó á mirar los senderos, por los cuales, acudía la gente. Y aquel día, no fué nadie. Permaneció solo el ahijado hasta la noche y comenzó á reflexionar sobre su vida. Recordó que el granuja le había reprochado que se le mentase solo su piedad y que le había prometido matar dos hombres más por haberle recordado á Dios. Quedó pensativo el ahijado, y fué reviviendo su pasada existencia.

—No es este modo el—pensó—como el anciano me había ordenado que viviera. El anciano me había dado una penitencia y yo, gano con ella pan y fama. Y esto me gusta tanto, que me aburro cuando la gente no viene á mi casa. Y cuando vienen, mi único placer es que elogien mi santidad. No es así como se debe vivir. Me he dejado embriagar por los elogios. No he redimido mis pecados, sino que los he aumentado con otros nuevos. Me iré por el bosque á otro lugar para que nadie me encuentre. Viviré solo para redimir los antiguos pecados, y no los acrecentaré con otros nuevos.

De este modo pensó el ahijado; tomó un saquito de cortezas de pan, un pico se fué de la ermita, para abrirse una cueva en un punto desierto.

Marchando el ahijado con el saquito y el pico, encontró al granuja. Entróle miedo. Quiso escapar, pero el granuja le alcanzó.

—¿Dónde vas?—le dijo.

El ahijado le contó su proyecto.

El granuja quedó sorprendido.

—¿Pero de que vas á vivir—dijo—cuando las gentes no te visiten?

El ahijado no había pensado antes en ello, pero al interrogarle el granuja, pensó:

—De lo que Dios me envía—dijo.

No contestó el granuja y se fué.—¿Porqué—pensó el ahijado—no le he hablado de su género de vida? Quizás se arrepintiese ahora. Me parece más dulce y no me ha amenazado con matarme.

Y de lejos, gritó al granuja:

—¡Y tú también debes arrepentirte, por que de otro modo, no evitarás la venganza de Dios!

El granuja volvió el caballo sacó un cuchillo de la cintura, y levantólo contra el ahijado. Este tuvo miedo, y se ocultó en el bosque.

No quiso perseguirle el granuja, injurióle y se fué:

El ahijado se estableció en un lugar distante. Por la noche iba á regar los carbones y vió que uno de ellos había germinado, y había salido un manzano.

XII

Evitando las gentes vivió en absoluta soledad.

Las cortezas se acabaron.

—Pues bien—pensó—voy á buscar raíces.

Cuando iba á hacerlo, notó que había en

una rama un saquito lledo de cortezas de pan. Cogióle y se puso á comer. Cuando aquellas cortezas se acabaron, encontró otro saquito en la misma rama.

Y de este modo vivía perfectamente el ahijado.

Pasaron diez años. Un manzano creció y los otros dos carbones continuaron siendo lo que eran; carbones. Una mañana levantóse el ahijado temprano, y se fué hacia el río. Tomó un buche de agua regó el carbón y volvió una vez y volvió cien veces, regó la tierra alrededor del carbón, fatigóse y se sentó á descansar. Hallábase sentado descansando cuando de repente oyó al granuja que pasaba jurando.

Oyóle el ahijado, y pensó:

—Es preciso ocultarse detrás del árbol, pues de lo contrario me matará por una tontería, y no habré tenido tiempo de redimir mis pecados.

—Salvo de Dios, ni el bien ni el mal me pueden venir de nadie. ¿Y dónde podría ocultarme de él?

Salió pues de detrás del árbol, y no se escondió. Vió pasar al granuja, no solo sino llevando á la grupa otro hombre, con las manos atadas, la boca amordazada. El hombre gemía, y el granuja juraba. Aproximó-

se el ahijado y se puso delante del caballo. Díjole el bandolero:

—¿Aún estás vivo? ¿Acaso deseas la muerte?

Y el ahijado contestó:

—¿Dónde llevas á ese hombre?

—Lo llevo al bosque. Es el hijo de un comerciante. No quiere decirme donde está oculto el dinero de su padre. Voy á atormentarle hasta que me lo diga.

Y el bandolero proseguía su camino!

El ahijado sujetó al caballo por la brida, no le dejó y pidió la libertad del hijo del comerciante.

El bandolero incomodóse con el ahijado y levantó una mano para pegarle.

—Suelta—le dijo—de otro modo también tendrás tu parte. Tu santidad no me impone.

El ahijado no se asustó.

—No te temo—dijo—no temo más que á Dios, y Dios no me ordena que te deje y por lo tanto, no te dejaré.

El granuja frunció el entrecejo, sacó el cuchillo, cortó las cuerdas y dejó libre al hijo del comerciante.

—Idos los dos—dijo—y que no os vuelva á encontrar en mi camino.

El hijo del comerciante saltó á tierra y

escapó. El granuja quiso continuar su camino, huir, pero el ahijado le detuvo y comenzó á pedirle que dejase su mala vida. Permaneció inmóvil el bandido, no respondió nada y partió.

Al día siguiente, fué el ahijado á regar los carbonos.

Otro había germinado, naciendo también un manzano.

XIII

Pasaron diez años más. Un día el ahijado estaba sentado sin desear nada, sin temer nada, con el corazón lleno de alegría. Y pensaba el ahijado:

—¿De qué alegría gozan los hombres?... Se atormentan por nada. Deberían vivir y vivir para la alegría.

Y se acordaba de todo el mal de los hombres, y del modo que se atormentan porque no conocen á Dios. Y tuvo lástima de ellos.

—Paso el tiempo inútilmente—pensó—debería irme en busca de la gente y enseñarles lo que yo sé.

Pensaba esto, cuando vió que venía el bandido. Dejóle pasar. Pensó:

—A este, no se le puede enseñar nada.

No lo comprenderá. Pero de todos modos es preciso hablar. También es un hombre.

Pensó de este modo, y le salió al encuentro. Tan pronto como le distinguió, sintió una gran piedad por él, corrió á su encuentro, cogió al caballo por la brida y le detuvo.

—Querido hermano—le dijo—ten piedad de tu alma. En tí está el alma de Dios. Te atormentas y atormentas á los otros y serás atormentado aún más. Y tanto como te ama Dios. ¡Qué alegrías te tiene reservadas! No seas tu propio verdugo. ¡Cambia de vida!

El bandido se encolerizó.

—¡Déjame!—exclamó:

El ahijado no le dejó y las lágrimas le brotaron abundantes.

—¡Hermano—le dijo—ten piedad de tí!

El bandido fijó su mirada en el ahijado. Miróle, miróle, bajó del caballo, cayó de rodillas delante del ermitaño y se puso también á llorar.

—Me has vencido—dijo—anciano. Veinte años he luchado contra tí. y has llegado á dominarme. Ahora ya no soy dueño de mí. Haz de mí lo que quieras. Cuando por primera vez me hablaste, me hice más malo. He comenzado á reflexionar sobre tus discursos

únicamente cuando he visto que para nada necesitabas al mundo. Y después, yo era el que ponía las cortezas de pan en la rama para tí.

Y se acordó el ahijado que la *baba* pudo limpiar la mesa solamente cuando hubo levantado el trapo; él lo consiguió cuando dejó de preocuparse de sí mismo, cuando purificó su corazón, entonces fué cuando pudo purificar el corazón de los otros.

Y el bandido dijo:

—Y mi corazón ha cambiado tan solo cuando me suplicaste por el hijo del comerciante, y vi que no temías á la muerte.

Y el ahijado se acordó que los mujiks, doblaron la madera del timón de arado cuando el soporte se halló sujeto; él, cesó de temer á la muerte, cuando sujetó su vida en Dios y su corazón rebelde se sometió.

Y el bandido dijo:

—Y mi corazón se ha fundido completamente en mí, al ver que por mí llorabas.

El ahijado se alegró; llevó consigo al bandido al lugar donde se encontraban los dos manzanos y el carbón. Aproximáronse! ya no había carbón y un tercer manzano había brotado.

Y el ahijado se acordó de que la madera húmeda se encendió únicamente, cuando los

pastores consiguieron hacer un gran fuego; en él, su corazón se inflamó y pudo encender otro corazón.

Y el ahijado se alegró de haber redimido al presente todos sus pecados.

Dijo todo esto al bandido y murió. El bandido lo enterró, comenzó á vivir como le ordenara el ahijado, y á su vez enseñaba á las gentes.





LOS DOS ANCIANOS



La mujer le dijo: Señor veo que eres profeta.

Nuestros padres han adorado en esta montaña y decís vosotros que el lugar en que es preciso adorar es Jerusalén.

Jesús le dijo: Mujer, créeme, viene el tiempo en que no adorareis ya al Padre, ni en esta montaña ni en Jerusalén.

Adoráis lo que no conocéis: nosotros adoramos lo que conocemos, pues la salud viene de los judíos.

Pero el tiempo viene, ha venido ya, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre, en espíritu y en verdad, pues el Padre pide tales adoradores.

(Ev. según S. Juan O, IV-V 19, 23).

I

Dos ancianos habían hecho la promesa de ir á Jerusalén en peregrinación. Uno de ellos era un rico mujik, y se llamaba

Efim Tarasich Eschebeleff; el otro, Eliseo Bodroff, que no era rico.

Efim, era un mujik ordenado. No bebía *vodka*, no fumaba; jamás juraba: era un hombre grave y rígido. Por dos veces había sido *starosta* (alcalde). Tenía numerosa familia, dos hijos y un nieto casados, y todos vivían juntos. Era un mujik vigoroso, derecho como un huso, barbudo. A los setenta años, apenas si en su barba se notaba algún pelo blanco.

Eliseo, era un viejo pequeño, ni rico ni pobre. En otros tiempos había sido carpintero; al envejecer, dedicóse al cultivo de las colmenas. Uno de sus hijos trabajaba fuera, el otro en la casa. Era un buen hombre, jovial, tomaba *vodka*, fumaba, le gustaba cantar, pero era afectuoso y vivía en buena armonía con los suyos y con los vecinos. Era un mujik pequeñito, verdaderamente pequeño, amarillento, con una barbita rizada, y como su patrón, el profeta Eliseo, completamente calvo.

Desde hacía mucho tiempo, que los dos ancianos se habían puesto de acuerdo para partir juntos. Pero Efim, difería siempre el viaje, sus negocios le retenían; terminado uno, se presentaba otro en seguida.

Ya era el nieto á quien había de casar.

Ya el hijo pequeño á quien esperaba de vuelta del servicio. Ya una nueva isba que había de construir.

Un día de fiesta, se encontraron los dos ancianos y sentáronse en dos *poyos*.

— Conque compadre,— dijo Eliseo— ¿cuando cumplimos nuestra promesa?

Efim, sintió algún embarazo.

—Es preciso esperar un poco aún. Este año, es precisamente de los más ocupados para mí. He empezado á construir esta isba. Pensaba gastar unos cien rublos, y estoy ya en los trescientos sin haber acabado aún. Dejémoslo para el verano. Entonces, si Dios lo permite, partiremos sin falta.

—Según mi opinión—respondió Eliseo,—no conviene aplazarlo más, es preciso ir en seguida. Esta es la buena época. Nos hallamos en primavera.

—Es el momento sí, es el momento. Pero una empresa empezada ¿cómo abandonarla?

—¿No tienes á nadie? Tu hijo suplirá tu falta.

—¿Qué quieres que haga ese! No tengo mucha confianza en mi hijo mayor; estoy seguro que lo estropearía todo.

—Hemos de morir, compadre, y ellos, habrán de vivir sin nosotros. Es preciso que tus hijos se acostumbren.

—Sí, es verdad; pero yo quisiera que todo se hiciese bajo mi inspección.

—¡Oh, querido amigo, tú no sabrías hacerlo todo y estar en todo! Mira, ayer, mis babas, limpiaban para la fiesta, ahora esto, ahora aquello. A mí me hubiese sido imposible hacerlo todo. La mayor de mis nueras, una baba inteligente, decía:

«Es muy bueno que la fiesta venga en día fijo, sin esperarnos, por que de otro modo, á pesar de todos nuestros esfuerzos, seguramente nunca acabaríamos»

Efim, quedó pensativo.

—He gastado—dijo—mucho dinero en esa construcción, y para hacer el viaje, no es conveniente emprenderlo con las manos vacías; lo menos se necesitan cien rublos.

Elíseo se echó á reír.

—No peques, compadre—dijo,—tu hacienda es diez veces superior á la mía, y eres tú el que se detiene en la cuestión de dinero. Da la señal de partida, y yo que no lo tengo, lo sabré encontrar.

Efim sonrió también.

—Cuidado con el ricachón—dijo,—¿pero de donde lo sacarías?

—Registraría la casa, barrería los rincones y para completar la suma, vendería

una docena de colmenas á un vecino que las quiere desde hace tiempo.

—Pero al cortar los panales, como este año será bueno, lo sentirás.

—¡Sentirlo, compadre! Jamás he sentido nada en mi vida, excepto mis pecados. Nada hay más precioso que el alma.

—Es verdad, pero no van las cosas bien cuando hay desorden en casa.

—Peor es aún, cuando el desorden está en el alma. Y puesto que lo hemos prometido, partamos, hombre, partamos

II

Y Elíseo persuadió á su amigo. Efim reflexionó, reflexionó, y á la mañana siguiente, fué á casa de Elíseo.

—Pues bien, sea, partamos—dijo—tienes razón en lo que has dicho. Dios es el dueño de nuestra vida y de nuestra muerte. Puesto que estamos vivos aún y tenemos fuerzas, es preciso ir.

Durante toda la semana siguiente, los ancianos hicieron sus preparativos. Efim tenía dinero en casa. Tomó para él ciento ochenta rublos y dió doscientos á su «vieja»

Eliseo vendió á su vecino diez colmenas con la propiedad de los enjambres que estaban por nacer. Sacó de ellos setenta rublos. Los treinta que faltaban se los procuró entre todos los suyos en pequeñas cantidades. La «vieja» le dió sus últimos escudos, que conservaba para su entierro. La nuera, dióle también los suyos.

Efin Tarasich, impuso á su hijo mayor de todo lo que tenía que hacer: que tierras había que sembrar, donde colocar el estiércol, como acabar la isba y cubrirla. Pensó en todo; todo lo arregló.

Eliseo, dijo únicamente á su «vieja» que pusiese aparte para dárselos al vecino lealmente los enjambres nuevos de las colmenas vendidas. De las cosas de la casa, no habló: «Cada negocio lleva consigo su solución. Ya sois bastante grandes y todo lo sabreis hacer como mejor podáis».

Se hallaban preparados ya los ancianos. Les amasaron galletas, les cosieron sacos, les cortaron *onutchi* (1) nuevas. Se calzaron con zapatos nuevos. Se proveyeron de un par de *lapti* (2) de recambio y partieron.

Sus respectivas familias les acompañaron

(1) Especie de zapatillas de paño.

(2) Alpargatas muy resistentes.

hasta la salida de la aldea. Se despidieron de ellos y los viejos emprendieron su camino.

Eliseo conservaba su buen humor. Apenas fuera de la aldea, olvidó todos sus negocios.

Su único pensamiento era ser agradable á su compañero, no proferir una palabra que le molestase, ir en paz y en buena unión hasta el fin del viaje, y volver del mismo modo á casa. Caminando, rezó alguna oración y recitó lo que recordaba de la vida de los santos. Si encontraba á un viandante en el camino, ó al llegar á cualquier parte por la noche, su mayor cuidado era aparecer amable con todo el mundo, y decir á cada uno una palabra que le produjese placer. Caminaba é iba alegre. Una sola cosa no ha podido conseguir; quería dejar de fumar y hasta había dejado en su casa la tabaquera, pero le molestaba eso, y en medio del camino, un hombre le ofreció un cigarro. Luchó, pero de repente se detuvo, dejó pasar á su compañero para no darle el ejemplo del pecado y aceptó el ofrecimiento.

Efin Tarasich, camina con paso firme. No hace daño á nadie. No dice palabras inútiles, pero no siente el corazón dispuesto; los negocios de su casa no puede olvidarlos.

Piensa sin cesar en lo que allí puede ocurrir. ¿No se le habrá olvidado hacer algún encargo á su hijo? ¿Hará éste todo lo ordenado?

Mientras camina, ve sembrar patatas ó transportar estiércol, y piensa:

—¿Hará mi hijo todo lo que le he dicho? Y á gusto volvería para convencerse.

III

Durante cinco semanas siguieron caminando los ancianos. Los lapti de que se habían provisto empezaban á estropearse, y fué preciso comprar otros. Llegaron á la Ucrania. Desde su salida, pagaban lo que comían y la habitación para acostarse; los Khokhli (habitantes de Ucrania) fueron los primeros que les invitaron. Les dieron comida y cama sin querer aceptar dinero, llenándoles los sacos de pan y de galletas. De este modo, hicieron setecientas verstas.

Después de haber atravesado otra provincia, llegaron á un país árido. Allí tampoco les cobraron la cama, pero no les dieron de comer. Ni un solo pedazo de pan les ofrecían, y á veces, ni aún con dinero lo podían encontrar.

—El año anterior—les decían—no habían cosechado nada. Los que eran ricos se habían arruinado, habían tenido que venderlo todo; los acomodados se habían convertido en pobres, habían emigrado, ó mendigaban, ó se morían de hambre en sus casas. Y durante el invierno, se mantenían durmiendo y con algunos cereales.

En una aldea, en donde pasaron la noche, compraron los ancianos unas quince libras de pan. Después partieron al amanecer para caminar lo más posible, antes de que el calor les molestase. Hicieron unas diez verstas, y se aproximaron á un río pequeño. Sentáronse, llenaron de agua las tazas, y mojaron el pan, comieron y cambiaron el calzado.

Permanecieron de este modo algunos momentos descansando. Elíseo sacó la petaca, Efin Tarasich levantó la cabeza.

—¿Cómo—dijo—no puedes quitarte ese vicio?

Elíseo hizo un gesto de resignación.

—El pecado se ha apoderado de mí. ¿Qué puedo yo hacer?

Levantáronse y continuaron su camino. Recorrieron aún otras diez verstas y atravesaron una gran ciudad. Hacía calor. Elíseo se sentía fatigado. Quería descansar y beber

algo, pero Efin no se detuvo. Resistía mejor las marchas que su camarada, que le seguía fatigosamente.

—Quisiera beber—dijo Eliseo.

—Bueno—dijo el otro—bebe, yo no tengo sed.

Eliseo se detuvo.

—No me esperes—dijo—iré corriendo á esta isba, beberé un trago, y te alcanzaré en seguida.

—Está bien.

Y Efin Tarasich, continuó solo su camino, mientras que Eliseo se dirigía hacia la isba.

Al llegar á ella, vió que era pequeña, de arcilla pintada; la parte inferior negra, la superior blanca. En algunas partes, la arcilla se descascarillaba; claramente se veía que la pintura dotaba de tiempo, y el techo se había hundido por un lado. La entrada de la isba, daba al patio.

Entró en él, Eliseo, y vió extendido á lo largo de un banco á un hombre sin barba, la camisa metida dentro del pantalón, á la moda de los Khokhlin. El hombre se había, seguramente, acostado á la sombra, pero ya el sol le había alcanzado. Estaba tendido y no dormía, Eliseo lo llamó y pidióle de beber. El hombre no contestó:

—Debe estar enfermo, ó ser muy poco amable—pensó Eliseo.

Y se dirigió hacia la puerta. Pero oyó que dos niños lloraban en la isba. Dió un golpe con la anilla.

—¡Eh, cristianos!

Nadie contestó.

—¡Servidores de Dios!

Igual silencio.

Iba Eliseo á retirarse, cuando oyó detrás de la puerta un gemido.

—Aquí debe haber ocurrido una desgracia. Es preciso verlo.

Y volvió Eliseo hacia la isba.

IV

Dió vuelta al picaporte, abrió la puerta y penetró en el vestíbulo. La puerta de la habitación estaba abierta. A la izquierda, se hallaba la chimenea. Enfrente, el rincón principal donde estaba el altar de las imágenes, la mesa, detrás de la mesa un banco, en el banco una mujer vieja, vestida tan solo con una camisa, los cabellos s ueltos, la cabeza apoyada sobre la mesa. Junto á ella, un muchachito delgado, como de cera, con

el vientre hinchado. Tiraba de la manga á la vieja, lanzando gritos agudos. Le pedía algo.

Elíseo entró en la habitación. Se percibían olores pestilentes. Detrás de la chimenea vió una mujer acostada. Estaba tendida sobre el vientre. No miraba nada y parecía anhelante. De vez en cuando una convulsión separaba y juntaba sus piernas, sacudía todo su cuerpo. Oía mal y se veía que se había ensuciado allí mismo. Y nadie había para que la limpiase.

La vieja levantó la cabeza y vió al hombre.

—¿Qué necesitas? ¿Qué quieres? Aquí no hay nada—dijo hablando la lengua de la Ukrania

Comprendiólo Elíseo y se aproximó á ella.

—He entrado—dijo—sierva de Dios, para pedir de beber.

—No hay nadie que pueda servirte. No hay nada que tomar aquí. ¡Vete!

—¿Pero cómo?—preguntó Elíseo—¿No tenéis á nadie que no esté enfermo para que limpie á esa mujer?

—Nadie. Mi marido se muere en el patio, y nosotros aquí.

El muchachito había callado al ver un

extraño, pero cuando la vieja empezó á hablar, de nuevo le tiró de la manga.

—¡Pan abuelita, dame pan!

Y se echó á llorar.

Apenas había tenido tiempo Elíseo de preguntar á la vieja, cuando el mujik se presentó en la puerta de la habitación. Arrastróse apoyándose en las paredes, y quiso sentarse en el banco, pero no lo consiguió y rodó por tierra. Y sin levantarse trató de hablar. Articulaba las palabras como arrancadas una á uua, tomando alientos cada vez.

—El hambre nos ha invadido. Ahí está. Muere de hambre—dijo el mujik señalando la cabeza del muchacho.

Y lloró.

Elíseo sacudió el saco que llevaba á las espaldas y se lo quitó; lo dejó en el suelo, lo puso después sobre el banco y se apresuró á desatarlo. Desatado, tomó el pan, cortó un pedazo y lo dió al mujik. El mujik no lo tomó y mostró al niño y á la niña como diciendo:

—Dáselo á ellos.

Elíseo se lo dió al muchacho.

Este, al ver pan, lo cogió con sus manecitas y *metió en él hasta la nariz*. Una niña salió de detrás de la chimenea y fijó sus ojos

en el pan. Elíseo la dió un pedazo también. Cogió otro pedazo y se lo dió á la vieja. La vieja lo tomó y empezó á morderlo.

—Será preciso traer agua—dijo Elíseo.

—Tienen todos la boca seca.

—Quería—dijo ella—ayer ú hoy, ya no me acuerdo, traer agua.

—Como sacarla, la he sacado, pero me ha faltado fuerza para traerla. Me ha caído y he caído yo también. A duras penas si he conseguido llegar hasta la casa. Y allí está el cubo, si no lo han cogido.

Elíseo preguntó donde estaba el pozo y la vieja se lo indicó. Salió. Encontró el cubo, llevó agua, é hizo beber á todo el mundo. Los niños comieron más pan con el agua, y la vieja comió también; pero el mujik no comió.

—No puedo—dijo.

En cuanto á la baba, lejos de poder levantarse, no volvía en sí, y no hacía más que agitarse en su cama.

Dirigióse Elíseo á la aldea y en una tienda compró legumbres, sal, harina, manteca y encontró una chica. Cortó leña y encendió la chimenea. La niña le ayudaba. Hizo una especie de potaje y unas gachas y dió de comer á toda aquella gente.

V

El mujik pudo comer un poco, lo mismo que la vieja; el niño y la niña lamieron el plato, después se durmieron abrazados.

El mujik y la vieja contaron su historia

—Vivíamos antes—dijeron—no muy ricos tampoco. Pero llegó este año y nada nació de la tierra. En otoño ya nos habíamos comido cuanto teníamos. Después, hemos pedido á los vecinos, luego á las personas caritativas. Primero nos dieron algo, después nos lo negaron. Algunos hubieran dado muy á gusto pero no tenían que. Además empezamos á sentir vergüenza de tener que pedir siempre. Debíamos á todo el mundo dinero, harina y pan.

—He buscado—dijo el mujik—trabajo, pero no lo hay. Se trabaja por solo la comida. Por un día de trabajo, dos, perdidos para buscarle. La vieja y la pequeña salieron entonces á mendigar. La limosna era insignificante, nadie tenía pan. Pero sin embargo comíamos también. Así creíamos poder llegar hasta la próxima cosecha. Pero desde la

primavera no nos han dado nada. Y las enfermedades han venido á mezclarse. Todo iba de mal en peor, un día comíamos, y dos no. Nos hemos puesto á comer hierba. Pero sea por eso, ó por otra causa cayó enferma la baba. Tuvo que guardar cama, y ya no quedaban fuerzas en mi casa. No se como salir de todo esto.

—Me he quedado sola—dijo la vieja.— He hecho lo que he podido, pero como no comía, me ha sido imposible resistir. La niña se debilitó y se hizo miedosa, la enviamos á casa del vecino y no quería ir. Se encogía en un rincón y de allí no se movía. Antes de ayer, entró la vecina pero al vernos hambrientos y enfermos, se fué al momento. Su marido también ha partido, en vista de que tenía pan para dar á sus hijos. Y así, en esa situación, resolvimos acostarnos esperando la muerte.

Después de oír Eliseo estos relatos resolvió no reunirse con su compañero aquel día, y durmió en la isba. A la mañana siguiente, levantóse y se ocupó de todo en la casa, como si hubiera sido el dueño. Amasó con la vieja el pan y encendió el fuego. Fué con la niña á casa del vecino en busca de lo que necesitaba. Pero pidiera lo que pidiera para la casa, para el vestido, nada quedaba ya.

todo se lo había comido. Entonces Eliseo, fabricando aquí, comprando allá, procuróse todo lo que le hacía falta. Así pasó un día, otro y un tercero. El niño se restableció; caminaba con el banco, y se acercaba tiernamente á Eliseo para acariciarle. La niña, muy alegre le ayudaba en todo, é iba siempre detrás de él gritando: «¡Abuelito!» «¡Abuelito!» La vieja se restableció también y se fué á casa de su vecina. El mujik empezaba á andar apoyándose en las paredes. Unicamente la baba, permanecía en la cama; pero al tercer día volvió en sí y pidió de comer.

—Bueno—pensó Eliseo.—No me figuraba pasar tanto tiempo aquí. Ahora ya ha llegado el momento de partir.

VI

Al cuarto día empezaba las fiestas de Pascua.

—Voy á comprarles algo para celebrarlas, las celebraré con ellos y por la noche me marcharé—pensó Eliseo.

Volvió á la aldea á comprar leche, harina muy blanca, manteca. Cocinó é hizo los

pasteles con la vieja; por la mañana fué á misa y á su regreso empezó la fiesta. Aquel día la baba empezó á andar. El mujik se afeitó, pusóse una camisa limpia que le había lavado la vieja, y se fué al pueblo á casa de un rico propietario á quien le había dado en fianza su campo. Iba á suplicarle que le devolviese sus tierras antes de comenzar los trabajos. Volvió el mujik muy triste y se echó á llorar. El rico propietario se había negado; pedía el dinero de nuevo.

Elíseo se puso á reflexionar de nuevo.

—¿Cómo van á vivir ahora? Los otros podrán cosechar, ellos no, porque su prado está en manos ajenas. Cuando el centeno estará maduro, los otros lo segarán, ellos no; su cosecha está comprometida. Si me voy, volverán á ser lo que eran.

Elíseo resolvió no irse aquella noche, aplazando su partida para el día siguiente. Fué á acostarse al patio, hizo su oración, se tendió pero no pudo dormir.

—Me es preciso partir; me queda muy poco dinero y muy poco tiempo. Y sin embargo, son una lástima, esas pobres gentes... ¿Pero se puede socorrer á todo el mundo? Yo no quería más que darles un poco de pan y traerles agua, y mira á donde han llegado las cosas... Ya tenemos el prado y

el campo por desempeñar. Una vez hecho será necesario comprar una vaca para los niños, y un caballo para el mujik para transportar las mieses... Has ido un poco lejos, hermano Elíseo Bodrot... Has perdido la brújula y no puedes orientarte.

Levantóse, apartó su caftan de debajo de la cabeza, sacó la tabaquera tomó un polvo, y trató de ordenar sus pensamientos. Pero no había manera; meditaba, meditaba, sin poder hallar solución.

Era preciso partir; pero dejar á esas pobres gentes ¡qué horror! No sabía que resolver. Envolvió de nuevo su caftan, se lo puso debajo de la cabeza y se acostó. Así permaneció largo tiempo: ya cantaban los gallos cuando comenzó á dormirse.

De pronto se siente como despertado. Se ve vestido con su saco y su bastón, y dispuesto á pasar la puerta de la entrada, que se halla apenas entornada, pudiendo introducirse un hombre. Dirigióse hacia ella, pero le impide entrar por una parte el saco, y al querer apartarlo, le detiene por otra parte su calzado de repuesto que lleva atado en el pecho; consigue desasirse, pero de nuevo se siente retenido, no ya por ningún objeto, si no por la mano de la niña que le coje diciendo:

—«¡Abuelito, abuelito; ¡Pan!

Mira á sus pies, es el niño que le tiene la *onukha*, y desde la ventana, la vieja y el mujik le miran.

Elíseo se despierta.

—Voy á comprar—se dice—el campo y prado, y después una vaca para los niños y un caballo por el padre. Porque de otro modo iría á buscar el Cristo á través de los mares y lo perdería en mi mismo. Es preciso asegurarse.

Durmió hasta la mañana, despertó y fué á casa del mujik rico y liberó el prado y el campo. Compró también la hoz porque tampoco la tenía y la llevó á casa. Envió al mujik á segar, y dirigióse él á la taberna, para ver si encontraba un caballo y una carreta que estuviese en venta. Regateó, compró y fuese en seguida en busca de una vaca. Caminando por la calle vió Elíseo delante de él, á dos mujeres, que iban charlando, enterándose el peregrino de su conversación, que era presisamente á propósito de él.

—Primero—decía una de las babas—no sabían quien era ese hombre. Se le creía sencillamente un peregrino... Entró—según dicen—para pedir de beber y después se quedó á vivir allí. Les ha comprado de todo,

según dicen. Yo mismo le he visto hoy comprar al tabernero un caballo y una carreta. ¡Existen realmente personas así! Es preciso ir á verlo.

Oyó esto Elíseo y comprendió de que hablaban. Desistió entonces de comprar la vaca, volvió á casa del tabernero, pagóle el caballo, lo enganchó y tomó el camino de la isba.

Al llegar la puerta de entrada, detúvose y bajó de la carreta. Los habitantes de la isba al advertirlo quedaron sorprendidos.

No ignoraban que el caballo había sido comprado para ellos, pero no se atrevían á decirlo. El mujik fué á abrir la puerta.

—¿Dónde has encontrado ese caballo, viejecito?—le dijo.

—Yo lo he comprado—respondió Elíseo.

—Ha sido una ganga. Siégale un poco de hierba para la noche.

El mujik desenganchó al caballo, le segó hierba y le llenó el pesebre.

Se fueron á la cama.

Elíseo se acostó en el patio, donde ya tenía desde por la tarde el saco. Cuando todos estaban durmiendo, levantóse, hizo el paquete, calzóse, se puso su caftan y se fué en busca de Efim.

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA UNIV. DE MONTERREY
"ALFONSO DE LOS RIOS"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

VII

Durante la jornada hizo Elíseo cinco verstas. El día comenzaba ya á apuntar. Detúvose bajo un árbol, deshizo su paquete y contó el dinero que le quedaba. Tenía diez y siete rublos y veinte kopeks.

—¡Bueno!—pensó.—Con esto imposible atravesar el mar; y mendigar para mi viaje en nombre de Cristo, sería acaso un pecado más. El compadre Efm, sabrá ir solo y sin duda pondrá un cirio por mi. Y mi voto no lo cumpliré hasta la muerte. El Señor es misericordioso y me relevará de él.

Levantóse, colocóse el saco en las espaldas y dió media vuelta. Dió un rodeo cuando llegó á la aldea para no ser visto, y no tardó en llegar á su casa. Al partir, le había parecido difícil y hasta penoso seguir á Efm, pero al regreso Dios le permitió caminar sin fatiga. Hacía el camino sin darse cuenta, jugando con su bastón, y recorriendo setenta verstas en un día.

Cuando llegó á su casa, los trabajos de los campos estaban afortunadamente hechos. Su familia se alegró mucho al volverle á

ver. Empezaron á preguntarle como y porque se había separado de su compañero, y porque volvía á casa en vez de cumplir su promesa.

—Porque Dios, no lo ha querido—contestó.—He gastado el dinero en el camino y he dejado que mi compañero me adelantase. Y ya veis, no he ido. Perdonadme por la gloria de Cristo.

Y devolvió el resto del dinero á su «vieja».

Enteróse de los asuntos de la casa, y vió que todo se había arreglado de la mejor manera, que todo iba bien; nada faltaba y la familia en paz y buen acuerdo.

Los Efnof, al enterarse del regreso de Elíseo, fueron á pedirle nuevas de su «viejo», contestándoles lo mismo.

—Vuestro «viejo»—dijo,—iba muy bien. Nos separemos tres días antes de San Pedro. Quise alcanzarle, pero no me lo permitieron ciertos sucesos; y no me quedó con que seguir mi camino. Y entonces, me volví.

Quedaron sorprendidos de que un hombre tan inteligente hubiese cometido semejante tontería. «Partió, no ha llegado al fin de su viaje y en naderías se gasta el dinero.» Se sorprendieron y rieron.

Y Elíseo acabó por olvidar todo aquello.

Reanudó sus quehaceres, cortó leña con sus hijos para el invierno, desgranó el trigo con las *babas*, cubrió el corral, y cuidaba sus colmenas. Hizo sus preparativos para entregar al vecino los diez enjambres de abejas. Su «vieja» hubiese querido ocultarle la cuenta de las nuevas abejas; pero Eliseo sabía qué colmenas estaban llenas y cuales vacías, y dió á su vecino diez y siete enjambres en vez de diez.

Puso en orden todos sus negocios, envió á sus hijos á trabajar fuera, y se puso él á hacer *lapti* y á cortar zapatos para la mala estación.

VIII

Todo el primer día que Eliseo pasó en la isba de los enfermos, Efm esperó á su compañero. Se detuvo cerca de la aldea, esperó, durmió un poco, se despertó, permaneció un rato sentado aún y no vió venir á nadie. En vano miró. El sol se ponía y Eliseo no volvía.

—Quien sabe, habrá pasado—pensó,—cuando dormía yo, y no me habrá visto. Pero no es posible que no me viera; se ve

desde muy lejos en la estepa... Volveré atrás, pero podíamos equivocarnos de camino, y eso sería peor... Seguiré adelante y nos encontraremos en el primer punto que hagamos noche.

Llegó á una alda y preguntó al guarda de campo si había visto á un viejecito de tal y tal manera y en caso afirmativo que le llevase á la isba donde estuviese, ó que si venía luego, que lo acompañase á la que él iba á dormir.

Ni había llegado Eliseo, ni llegó tampoco.

Prosiguió su camino Efm, preguntando á todos si habían visto á su viejecito completamente calvo; nadie lo había visto. Efm continuó solo su viaje.

—Ya nos encontraremos—pensó—en alguna parte de Odessa, ó en el barco.

Y no se preocupó ya.

En el camino encontró á un peregrino. Este peregrino, vestido de tela burda y con largos cabellos, había ido al monte Athos, y era esta la segunda vez que hacía el viaje á Jerusalén. Se encontraron en la posada, trabaron conversación y emprendieron juntos la marcha.

Llegaron sin contratiempo á Odessa. Allí tuvieron que esperar tres días al barco, en

compañía de multitud de peregrinos que llegaban de todas partes.

De nuevo Efin preguntó por Eliseo, pero nadie le había visto.

El peregrino dijo á Efin la manera de hacer el viaje sin gastar un cuarto, pero Efin no le hizo caso.

—Yo—dijo—prefiero pagar mi pasaje. Para eso me he traído dinero.

Dió cuarenta rublos por ida y vuelta y compró pan y arenques para la travesía. Cargado el buque, embarcados los fieles, y Efin á bordo con el peregrino, levose el ancla y partieron.

El día fué bueno, pero hacia la noche, empezó á soplar un fuerte viento; llovía, las olas inundaban y barrían la cubierta del barco. Las *babas* lloraban, los hombres se amontonaban, algunos pasajeros corrían de aquí para allá, en busca de un abrigo. Efin, notó que á él también le dominaba el miedo, pero supo disimularlo y permaneció inmóvil en su puesto, al lado de los ancianos de Tanbof toda la noche y todo el día siguiente. Al tercero, el mar quedó en calma, al quinto, se llegó delante de Constantinopla. Algunos desembarcaron y fueron á visitar la iglesia de Santa Sofía, en la actualidad, en poder de los turcos. Efin, no fué á

tierra. Después de una escala de veinticuatro horas, prosiguió el buque su viaje, tocó en Smirna, después en Alejandría y llegó sin novedad á Jaffa, que era donde los peregrinos habían de desembarcar. Para ir desde allí á Jerusalén, solo hay que andar unas setenta verstas. Durante el desembarco, los fieles tuvieron un momento de miedo. El navío era alto, y se echaba á los pasajeros en las barcas allá abajo, y las barcas oscilaban, y se corría el peligro de caer, no dentro sino al agua. Dos se mojaron algo. Pero finalmente, todos desembarcaron sanos y salvos.

Pusiéronse en seguida en camino, y al cuarto día, llegaron á Jerusalén. Efin se detuvo fuera de la ciudad en el albergue ruso; hizo visar su pasaporte, comió, y fuese con los peregrinos á visitar los santos lugares. En el Santo Sepulcro, no dejaban entrar aún. Fuese primero á oír misa en el monasterio del Patriarca, rezó, encendió cirios, examinó el templo de la Resurrección, donde se encuentra el Santo Sepulcro. Entre aquellas grandes naves se perdía. El primer día, solo pudo visitar la celda donde María la Egipciaca había recobrado la salud. Encendió cirios, y cantó la misa. Quería ver el oficio de la noche en el Santo Sepulcro,

pero llegó muy tarde. Fué á visitar el monasterio de Abraham y vió el jardín de Sabek, donde el profeta quiso sacrificar á su hijo Isaac. Vió después el lugar donde Cristo apareció á María Magdalena y la Iglesia de Jacob, el hermano del Señor. El peregrino se lo enseñaba todo, y en cada lugar, le decía donde y como era preciso dar ó encender cirios. Después volvieron á la posada.

En el momento de acostarse, el peregrino se lamentó de repente registrando sus bolsillos.

—Me han robado—dijo—mi portamonedas con el dinero. Tenía veintitres rublos; dos billetes de diez rublos y tres rublos en plata.

Se lamentaba el peregrino, ¿pero que hacer? Acabó por acostarse.

IX

Una vez en la cama, á Efim se le ocurrió un mal pensamiento.

—No le han robado el dinero al peregrino—pensó—me parece que no lo tenía. En ninguna parte daba nada. Me decía que diese

yo, pero él no daba. Hasta me ha pedido prestado un rublo.

Así pensaba Efim. Después acabó por hacerse cargos:

—¿Porqué juzgar temerariamente á un hombre? Es un pecado que no quiero cometer.

Pero cuando se aletargaba, acordábase de nuevo que el peregrino miraba el dinero de un modo especial y de que no parecía muy sincero al decir que le habían robado.

—No tenía ni un céntimo. Es una invención.

Al día siguiente, levantáronse temprano y fueron al ofeio de la mañana, al gran templo de la Resurrección, en el Santo Sepulcro. El peregrino no dejaba á Efim, y le seguía por todas partes.

Había en el templo numerosos peregrinos, rusos, griegos, turcos, sirios.

Llegó Efim con la multitud hasta la Puerta Santa y pasó á través de la guardia turca, al lugar donde Cristo había sido descendido de la cruz y fué ungido con aceite; allí ardían nueve grandes candeleros. Efim depositó su cirio. Después el peregrino le condujo arriba por la escalera, al Gólgota, donde Cristo fué crucificado. Efim hizo su oración, después le enseñaron la grieta que se abrió

en la tierra hasta el infierno. Le enseñaron luego el lugar donde fueron clavadas en la cruz las manos y los pies del Salvador; luego el sepulcro de Adán, cuyos huesos fueron humedecidos por la sangre de Cristo. Después, la piedra donde se sentó Cristo cuando le colocaron la corona de espinas, y el poste donde fué atado para flagelarlo, y los dos huecos que dejaron en la roca las rodillas del Hijo del Señor. Más cosas hubiera visto Efm, pero la multitud hizo un movimiento extraño; todos se precipitaban hacia la gruta del Santo Sepulcro.

A una misa no ortodoxa, iba á suceder un oficio ortodoxo. Efm siguió la multitud á la gruta.

Quería deshacerse del peregrino que le hacía pecar con el pensamiento, pero el otro se aferraba á él, y le acompañó al oficio de la gruta del Santo Sepulcro. Hubiera querido colocarse más cerca, pero habían llegado demasiado tarde. La muchedumbre era tan compacta, que no se podía ni adelantar ni retroceder. Quedó pues Efm en su sitio mirando hacia delante, y haciendo sus oraciones.

De vez en cuando, palpaba á ver si tenía aún su portamonedas. Y sus pensamientos se sucedían.

—El peregrino me engaña seguramente... ¿Y si no obstante no me engañase, si le hubieran robado en efecto su portamonedas?... Entonces, con tal que no me ocurra á mi lo mismo...

Inmóvil y rezando, dirigió la mirada hacia la capilla donde se encuentra el Santo Sepulcro, ante el cual, arden treinta y seis lámparas.

Miró por encima de las cabezas, y he aquí que precisamente debajo de las lámparas, delante de la multitud, advirtió ¡oh milagro! á un viejecito con caftán de paño, cuya cabeza, enteramente calva, brillaba como la de Eliseo.

—Se parece á Eliseo—pensó—pero no debe ser. No puede haber llegado antes que yo. El otro barco ha salido ocho días antes que nosotros y es imposible que haya podido adelantarse. En nuestro barco no estaba, porque yo he examinado perfectamente á todos.

Mientras pensaba en esto, el viejecito rezaba y hacía tres saludos; el primero delante de él, á Dios, los otros, á los fieles de ambos lados. Cuando el viejecito volvió la cabeza hacia la derecha, Efm le reconoció en seguida.

—Es él, indudablemente. Esa es su bar-

ba rizada, con sus pelos blancos en las mejillas, y sus cejas y sus ojos, y su nariz y toda su cara, en fin. Es él, no hay duda, es Eliseo Bodroff.

Mucho se alegró Efim de haber encontrado á su compañero, pero sorprendióle que hubiese llegado antes que él.

—¡Caramba, Bodroff!—pensó—¿cómo se ha podido poner delante de los fieles? Se habrá hecho amigo de alguien que le ha colocado allí, le encontraré á la salida y me iré con él después de dejar á mi peregrino. Tal vez sabrá llevarme á mi también á las primeras filas.

Y Efim continuaba mirando para no perderle de vista. Terminando el oficio, la multitud onduló. Se empujaban unos á otros para arrodillarse. Efim fué rechazado hacia un rincón.

De nuevo sintió miedo de que no le robasen. Apretó la bolsa con la mano y trató de abrirse camino para llegar á un punto libre. Consiguiólo, anduvo, buscó por todas partes á Eliseo y salió del templo sin haber logrado verle.

Después del oficio, fué de posada en posada en busca de su amigo; en ninguna parte le encontró. Aquella noche el peregrino no fué tampoco.

Había desaparecido sin devolverle el rublo y Efim quedó solo.

Al día siguiente, volvió al Santo Sepulcro con un anciano de Tanbof, que había hecho el viaje en el mismo barco. Quiso colocarse en los primeros puestos, pero fué rechazado de nuevo, y quedó rezando junto á una columna. Miró hacia delante como la víspera, y como la víspera, bajo las lámparas, muy cerca del Santo Sepulcro, se hallaba Eliseo, con las manos extendidas, como un sacerdote ante el altar; y su cabeza calva brillaba.

—Bueno—pensó Efim—esta vez no se me escapará.

Deslizóse hasta la primera fila, pero ya no estaba Eliseo. Debía haber salido sin duda.

Al tercer día, volvió á misa y miró de nuevo. Advirtió en el lugar santo á Eliseo, destacándose todo entero, con las manos extendidas, los ojos elevados, como si contemplase algo en las alturas: y su cabeza calva brillaba.

—Bueno—pensó Efim—á ver si esta vez también se me escapa. Me esperaré á la puerta de salida y le veré pasar seguramente.

Y salió y esperó, esperó. La multitud pasó toda; y Eliseo no aparecía.

De este modo permaneció Efm seis semanas en Jerusalem, visitando los lugares consagrados, Belen, Bethania y el Jordán. Hizo pasar por el Santo Sepulcro una camisa nueva, con la que habían de enterrarle; llenó de agua del Jordán un frasco, y adquirió tierra y cirios en el lugar Santo. Cuando hubo gastado todo su dinero y solo le quedaba lo indispensable para el regreso, púsose en camino para volver á su casa.

Llegó á Jaffa, tomó el barco que le condujo á Odessa, y desde allí emprendió la marcha hacia su pueblo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"
Año. 1885 MONTERREY, MEXICO

X

Hizo el viaje de regreso por el mismo camino. A medida que se acercaba á su casa, volvían á preocuparle sus asuntos. ¿Cómo irían las cosas por allí, sin él?

—En un año—pensaba—pasa mucha agua por debajo de un puente. Una casa, obra de un siglo, puede quedar destruída en un momento ¿Cómo habrá llevado mi hijo los negocios? ¿Cómo habrá empezado la primavera? ¿Cómo habrá pasado el ganado el

invierno? ¿Habrán acabado afortunadamente la isba?

Llegó al lugar donde el año anterior se había separado de Elíseo. Imposible reconocer á los habitantes de aquel país. Allí, donde el año anterior solo había miserables, vivían ahora las gentes acomodadamente. Las cosechas habían sido muy buenas y los campesinos, olvidando sus miserías, se habían desquitado. Por la noche llegó Efm á la aldea donde Elíseo se había quedado. Acababa apenas de entrar, cuando una niña, vestida con camisa blanca, salió de una isba y se dirigió hacia él.

— ¡Viejecito, viejecito, ven á nuestra casa!

Efm, quiso pasar adelante, pero la muchachita volvió á la carga, le cogió por la manga y le arrastró riendo hacia la isba.

La baba y el muchacho aparecieron en el umbral y le invitaron con la mano.

—Ven, viejecito, ven á cenar y á pasar la noche.

Efm, no tuvo más remedio que aceptar la invitación.

—A propósito pensó—me informaré de Elíseo. Creo que es esta precisamente la isba á donde fué el año pasado á pedir agua.

Entró. La baba le quitó el saco de las es-

paldas, le indicó un sitio para limpiarse y le hizo sentar á la mesa. Le dieron leche, *vare-niki* y gachas. Efim dió gracias á los habitantes de la isba y elogió su hospitalidad para con los peregrinos.

La baba bajó la cabeza.

—¿Cómo no hacerles buena acogida— dijo—si á un peregrino debemos el vivir aún? Bebíamos, habíamos olvidado á Dios, Dios nos castigó y esperábamos la muerte. Sí, en la primavera pasada, estábamos todos acostados sin un bocado de pan para comer, enfermos. Y hubiéramos muerto, si Dios no nos hubiese enviado á un viejecito como tú. Entró en mitad del día á pedirnos de beber. Al ver nuestro estado, sintió piedad y se quedó con nosotros. Nos dió de beber, nos dió de comer, nos puso en pie y nos compró un caballo y una carreta que nos ha dejado. La vieja entró é interrumpió el discurso de la baba.

—¿Era un hombre? ¿Era un ángel de Dios? Lo ignoramos. Quería á todo el mundo, le compadecía de todos y partió sin decirlo á nadie. No sabemos ni aún por quien tenemos que rogar á Dios. Le veo aún: estoy acostada, esperando la muerte; de repente, veo entrar á un viejecito insignificante, calvo, que pide de beber. Creeréis

que pensé yo, pecadora de mí: ¿qué querrá éste de nosotros? Y él mirad lo que hizo. Tan pronto como nos vió, se quitó su saco, lo ha puesto allí, en este lugar, y lo ha desatado.

La muchachita se mezcló en la conversación.

—No, abuela—dijo—aquí fué, primero en medio de la habitación, y después, lo dejó sobre el banco.

Y discutían. Se acordaban de todas sus palabras, de todos sus actos, donde se sentaba, donde dormía, lo que hacía, lo que decía á unos y á otros.

A la caída de la noche, llegó el mujik á caballo y comenzó también á hablar de la vida de Elíseo entre ellos.

—Si no hubiese venido, habríamos muerto con nuestros pecados; habríamos muerto en la desesperación, maldecido á Dios y al género humano. Y él fué quien nos puso en pie, gracias á él hemos reconocido á Dios y hemos vuelto á tener fe en la bondad de los hombres. Que Cristo le salve. Antes vivíamos como bestias, él ha hecho personas de nosotros.

Hicieron comer, beber y acostarse á Efim y se acostaron ellos también.

Efim no podía dormir. El pensamiento

de Eliseo le dominaba, tal como la había visto en Jerusalen, por tres veces, en la primera fila.

—He aquí como me ha adelantado—pensaba. ¿Mis esfuerzos han sido bendecidos? No lo sé, pero los suyos sí, Dios los ha bendecido.

Al día siguiente, los de la isba, dejaron partir á Efm, después de haberle colmado de pasteles para el camino, dirigiéndose todos hacia su trabajo. Y Efm prosiguió su camino.

XI

Un año hacía que Efm se hallaba ausente de su casa, cuando volvió.

Llegó á su hogar hacía la noche. Su hijo no estaba allí. Se encontraba en la taberna. Volvió borracho. Interrogóle Efm, y no tardó tardó en convercerse de que su hijo, no había cumplido con su deber. Había derrochado el dinero y enviado al diablo los negocios. El padre, le hizo grandes reproches, pero el hijo contestó groseramente:

—Mejor hubieras hecho ocupándote tu

mismo de tu casa, y no marchándote con todo el dinero que había. Y ahora, me riñes.

El viejo se enfadó y pegó al hijo.

Salió después para ir á casa del Starosta á hacer visar su pasaporte y al pasar por delante la casa de Eliseo, la «vieja» de éste, que se hallaba en el umbral, saludóle.

—Buenos días, compadre—dijo—¿has tenido buen viaje?

Efm se detuvo.

—Gracias á Dios he llegado al final. Perdí á tu viejo, pero he sabido que ha vuelto á casa.

Y la vieja empezó á contar; le gustaba la conversación.

—Ha vuelto—dijo—nuestro sosten. Hace mucho tiempo que ha vuelto; fué por la Asunción. ¡Qué alegría cuando Dios nos le trajo! ¡Nos aburriríamos tanto sin él! Su trabajo no es considerable, ya no tiene edad para eso, pero siempre es la cabeza de la casa y nuestra única alegría es él. ¡Qué contento el de su hijo! Sin mi padre—dice éste—la casa es como un ojo sin luz. Nos aburrimos cuando no está entre nosotros. ¡Cuánto le amamos, y cuanto le cuidamos!

—¿Y está ahora ahí?

—Sí, compadre está en las colmenas

cuidando las abejas. La miel abunda. Dios ha dado tanta fuerza á las abejas que mi viejo no se acuerda de haber visto tanta. La bondad de Dios no está en relación con nuestros pecados. Ven amigo, será una satisfacción para él.

Atravesó Efim el corredor y el patio y fué en busca de Elíseo al colmenar. Entró y vió á Elíseo, que vestido con el caftan gris, andaba junto á las colmenas, sin careta, sin guantes, con las manos extendidas, los ojos elevados, la cabeza calva y brillante, tal como le había aparecido en Jerusalem, junto al Santo Sepulcro; sobre él, el sol movía sus rayos, como en Jerusalem la claridad de las lámparas, y alrededor de su cabeza las abejas doradas volaban sin picarle, formándole una corona. Detúvose Efim. La «vieja» de Elíseo, llamó á su marido.

—Nuestro compadre está aquí — dijo. Elíseo se volvió, lanzó un grito de alegría y fué al encuentro de su compadre retirando con precaución las abejas de su barba.

—Buenos días comrade, buenos días, querido amigo, ¿has tenido buen viaje?

—Vengo estropeado de las piernas. Te he traído agua del río Jordan. Ven á mi casa por ella. Pero no se si Dios habrá bendecido mis esfuerzos.

—¡Bah! ¡Alabado sea Dios! ¡Que Cristo le salve.

—He estado con mis pies, pero no se si he estado con mi alma. Quizás mejor algún otro...

—Eso son negocios de Dios, compadre. Ese es asunto de Dios.

—He visitado también al volver, la isba donde tu entraste...

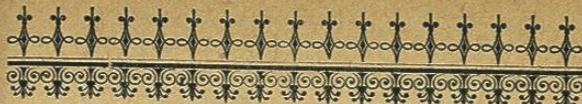
Elíseo, asustado, le cortó la palabra.

—Eso es asunto de Dios, compadre, eso es asunto de Dios. Ven á nuestra casa á beber un poco de miel.

Y Elíseo deseoso de cambiar de conversación, habló de los asuntos domésticos.

Efim lanzó un suspiro. Se abstuvo de recordar á Elíseo las gentes de la isba y lo que había visto en Jerusalem. Y comprendió que Dios no nos ha dado aquí abajo más que una misión: el amor y las buenas obras.





LO QUE HACE VIVIR A LOS HOMBRES



I

UN zapatero vivía en una aldea con su mujer y sus hijos, en casa de un mujik, por que no la tenía propia, ni campo, y con su trabajo ganaba apenas para alimentar á los suyos.

El pan, estaba caro, el trabajo, mal retribuído, lo que ganaba, lo comía, y para él y su mujer, tenía solamente una *chuba* (1), y no en muy buen estado. Era ya el segundo año en que el zapatero trataba de reunir

(1) Piel de carnero.
TOLSTOY

para comprar algunas pieles de carnero para hacerse una *chuba* nueva.

Hacia el otoño, había juntado ya algún dinero, y la baba, guardaba en su cofre tres rublos en papel; también les debían en la aldea próxima, cinco rublos y veinte kopeks. Una mañana, el zapatero resolvió ir á comprar las pieles de carnero. Vistióse con la chaqueta de abrigo de su mujer, púsose encima un caftan de paño, metióse los tres rublos en el bolsillo, tomó su bastón y partió después de haber almorzado.

—Cobraré los cinco rublos del mujik,— pensó—añadiré los tres míos, y compraré pieles para una *chuba*.

Llegado á la aldea, se fué á casa del mujik. No se encontraba este allí, pero la baba, prometió enviar á su marido con el dinero por toda la semana, más no le dió un céntimo.

En casa de otro, le juraron que no tenían nada para pagarle. Le entregaron veinte kopeks, haciendo grandes esfuerzos. El zapatero creyó poder comprar las pieles á crédito, pero el comerciante, no se las quiso fiar.

—Trae el dinero—dijo—y entonces podrás escojer las mercancías que quieras, pues ya sabemos lo que nos cuesta luego el cobrar.

No hizo ningún negocio el zapatero; aparte los veinte kopeks, llevóse tan sólo un par de *valenki* para arreglarlos.

Muy triste, se encaminó hacia la taberna á beberse los veinte kopeks, y después se puso en camino sin las pieles. Por la mañana, había sentido frío en el camino, pero después de haber bebido, sentía calor, sin necesidad de *chuba*.

Helo que trota, que golpea con su bastón el suelo helado, se olvida, hace girar los *valenki*, y se dice:

—Tengo calor sin *chuba*, porque he bebido un poco. El vino corre por mi vientre, ¿para que sirve una *chuba* nueva? Me voy olvidando de mi miseria; ese es el hombre, así es como soy. ¿Y todo eso, que importa? Puedo vivir perfectamente sin *chuba* y me pasaré toda mi vida sin ella. Pero hay una cosa. La baba se afigirá. Y realmente hay porqué. Se trabaja para esos mujiks y os hacen correr, penar y sudar. Espera un poco, ¿no me traes dinero? Te hago una reverencia y te envío á paseo. ¿Qué es eso de pagar con veinte kopeks? Bebérselos en la taberna, y eso es todo. Os dicen después: la miseria. ¡Tu miseria! ¿y la mía? Tienes una casa, ganando y todo, y yo, y yo, no tengo más que á mí. Tú comes el pan que cosechas

en tu campo, y yo, tengo que comprar el mío, cueste lo que cueste, necesito tres rublos por semana; cuando vuelvo á mi casa, el pan ya está comido, y me falta rublo y medio por gastar. Dame pues lo que me debes.

El zapatero llegó de este modo cerca de la capilla, al recodo de un camino, y vió detrás de la capilla, algo blanco. El día acababa. Los objetos se distinguían mal:

—¿Qué hay ahí? Aquí no había ninguna piedra blanca. ¿Una vaca? No, eso no parece una vaca. Por la parte de la cabeza, se diría que es un hombre. ¿Pero como es tan blanco? ¿Y que haría ahí un hombre?

Semem se aproximó y vió mejor.

—Es un hombre ¡que milagro!

¿Un hombre vivo ó muerto? Está sentado. Completamente desnudo, apoyado contra la pared de la capilla. No se mueve.

El zapatero tomó miedo y pensó:

—Han matado á alguien, lo han desnudado y echado ahí. Si no hago más que acercarme no veré seguramente el término de mis fatigas.

Pasó, dió un rodeo y no pudo ver al hombre. Al cabo de algunos instantes, se vuelve y vé que el hombre se ha separado de la pared. Que se mueve y parece mirarlo fi-

jamente. Mas asustado que antes, hace el zapatero la señal de la cruz y se pregunta si debe retroceder ó escapar.

—Si voy donde él está—piensa Semem—puede ocurrir una desgracia. Quien sabe que clase de hombre es. Su presencia aquí, me parece sospechosa. Me echará las manos al cuello y no saldré de esta. Si no me ahoga no me hará nada de bien, y además, ¿qué hacer con un hombre completamente desnudo? Me es imposible quedarme sin ropa para vestirle. ¡Que Dios me saque con bien de aquí.

Y apretó el paso. De repente se detuvo en el camino.

—¿Qué haces, Semem?— se dijo—¿un hombre se muere y tu cojes miedo y escapas? ¿Te habrás convertido en un rico? ¿Temerás verte despojado de tus tesoros? ¡Ah, Semem, eso no está bien!

II

Volvió en seguida Semem hacia la capilla, y fuese derecho al hombre.

Una vez junto á él, se puso á examinarle. El hombre era joven y robusto; no exis-

tía ninguna huella de violencia ó de golpes en su cuerpo desnudo, pero estaba aterido de frío y tenía aspecto de terror. Sentado contra la pared, no miraba á Semem, rendido, parecía no tener fuerzas para levantar los párpados. Semem se inclinó hacia él, y el hombre pareció reanimarse. Abrió los ojos, volvió la cabeza y le miró. El zapatero apenas hubo visto aquella mirada, cuando sintió que ya quería á aquel hombre. Dejó caer los valenki, desatóse el cinturón y se quitó el kaftan.

—Veamos,—dijo—nada de palabras inútiles. Vístete pronto, vamos.

Tomó al desgraciado en sus brazos, levantóle, le puso en pie y miró su cuerpo tan fino, tan blanco y su dulce rostro.

Púsole Semem su kaftan sobre los hombros, pero el hombre no podía meter los brazos en las mangas. Hizolo Semem, cerró el kaftan, atóle el cinturón, quitóse su gorra destrozada y quiso ponérsela al hombre, pero sintió frío en la cabeza, y pensó:

—Yo soy completamente calvo, mientras que él tiene cabellos largos.

Y volvió á ponerse la gorra.

—Es mejor calzarle.

Y arrodillándose delante de él, le puso los valenki; después ya de pie, le dijo:

—Ya estas, hermano. Vamos, muévete un poco. Caliéntate; nada tenemos que hacer aquí, esperando á que otros intervengan; ya podemos marcharnos.

Pero el desconocido permanecía de pie, sin hablar, mirando á Semem con dulzura; no podía articular una sola palabra.

—Vamos ¿porqué no hablas? No podemos pasar el invierno aquí. Es preciso que nos vayamos. Aquí tienes mi bastón. Apóyate si careces de fuerzas. Marchemos. Adelante.

Y el hombre marchó sin quedarse detrás.

Van juntos, y Semen, dice:

—¿De donde eres?

—No soy de aquí.

—Ya conozco yo las gentes de aquí. ¿Cómo has ido á caer allí, detrás de la capilla?

—No puedo decirlo.

—¿Te habrá hecho alguien algo?

—No, nadie me ha maltratado. Dios me ha castigado.

—Ya sabemos que todo es obra de Dios, pero en fin, de alguna parte se viene siempre, ¿donde ibas?

—No importa donde. Me es indiferente. Semem quedó sorprendido. Aquel hom-

bre no tenía la cara de un bromista de mal género. Su voz era dulce, pero nada decía de sí mismo. Pensó el zapatero que existen cosas inexplicables, y dijo al hombre:

—Bueno, ven á mi casa y te calentarás un poco.

Semem camina, el otro no se queda detrás. Marcha á su lado. Se levanta viento y pasa á través de la camisa de Semem. El vino ingerido, deja ya de producir los efectos anteriores, y empieza el zapatero á sentir el frío; trota, soplando, y piensa:

—Lo que son las cosas. En lo que ha quedado la chuba. Salgo para comprar una, y al volver, no tengo ni kaftan, y traigo conmigo á un hombre desnudo. Matrena, no me felicitará seguramente.

Matrena, es la baba. Pensando en ella, Semem, siente cierto disgusto. Pero al mirar al hombre, se acuerda de la mirada que éste le ha dirigido detrás de la capilla, y su corazón palpita de alegría en su pecho.

III

La mujer de Semem ha acabado temprano sus quehaceres, ha partido leña, traído

agua, dado de comer á los niños, comido ella, y después, se ha puesto á pensar. Pensar. Piensa en el pan. ¿Debe cocerlo hoy ó mañana? Queda aún un pedazo grande en el armario. Si Semem ha comido en la aldea, si no cena por la noche, quedará bastante pan para mañana.

—No, no amasaré hoy. No tengo bastante harina. Veremos si es posible llegar hasta el viernes.

Después de haber cerrado el pan, se sienta Matrena junto á la mesa á repasar la camisa de su marido; cose y piensa en Semem, que ha ido á comprar pieles de carnero.

—¡Con tal que el comerciante no le haya engañado... por que es tan tonto mi marido! Es incapaz de engañar á nadie, pero con él juega un chiquillo... Ocho rublos, ya son dinero, se puede comprar una buena *chuba*, no de primera calidad, pero de todos modos, una chuba. El invierno pasado fué tan duro sin una *chuba*. Es imposible ir á lavar al río sin abrigo. Y él se ha ido llevándose mi chaqueta enguatada. ¿Puedo salir de de casa desnuda como voy? ¡Cuánto tarda! Ya debía estar de vuelta. ¿Cómo no se haya metido en la taberna mi pichón?

Apenas ha pensado en Semem, cuando oye sus pasos en el patio. Deja su labor y

sale al vestíbulo, viendo entrar á dos hombres. A Semen y á otro mujik, sin nada en la cabeza y calzado con valenks.

En el aliento, conoce Matrena que Semem ha bebido.

—Estaba segura—se dijo.

Y viéndolo sin kaftan, con las manos vacías, silencioso, intimidado, le falta el valor á la pobre boba.

—Se ha bebido el dinero. Ha ido á la taberna con algún perdido, y lo trae ahora aquí. ¡Es el colmo!

Entraron ambos en la isba y Matrena les siguió en silencio.

Observó al desconocido y vió que era un hombre joven, delgado, pálido, vestido con su kaftan, sin camisa, sin gorra. Una vez dentro, quedó inmóvil, con los ojos bajos. Y Matrena pensó:

—No debe ser un buen hombre. Tiene miedo.

Dirigióse hacia la chimenea, silenciosa y preparada, esperando los acontecimientos.

Semem se quitó la gorra y se sentó en el banco como un buen muchacho.

—Con que, Matrena—dijo—¿nos darás de cenar? Estoy en ayunas.

Sin volverse, Matrena, refunfuñó algo entre dientes. Detúvose cerca de la chime-

nea, y sin decir una palabra miró á uno y á otro bajando la cabeza.

Semem vió que la baba estaba furiosa, ¿pero que hacer? Sin demostrar preocupación; cogió la mano del forastero, y dijo:

—Siéntate, hermano. Cenemos.

El otro se sentó en silencio.

—Dí, mujer, ¿no has hecho pan?

La cólera dominó á Matrena.

—Lo he hecho, pero no para tí; tu has bebido hasta perder la cabeza.. Va á comprar una *chuba* nueva y vuelve sin kaftan, y de contra trae un vagabundo desnudo. No tengo cena para vosotros, borrachos.

—Basta, Matrena. No hay necesidad de mover la lengua para no decir nada bueno. Sería mejor que me preguntases primero quien es este hombre.

—Comienza por decir donde has perdido el dinero—interrumpió la baba.

Semem metió la mano en el bolsillo y sacó los tres rublos.

—Aquí está el dinero. Trofimof no ha pagado. Ha prometido hacerlo mañana.

La cólera vuelve á dominar á Matrena. No hay *chuba*, el último kaftan, puesto sobre un vagabundo desnudo, que para colmo trae consigo. La baba coge el dinero y lo guarda diciendo:

—No tengo cena, no se puede dar de comer á todos los borrachos desnudos.

—¡Eh, Matrena, ten la lengua! Atiende lo que voy á decirte.

—¿Yo, escuchar los necedades de un imbecil que ha bebido? Que razón tenía al no querer casarme contigo. Mi madre me había dado tela; te la has bebido, vas á comprar una *chuba*, te la bebes.

Semem trata en vano de explicar que lo que ha bebido son los veinte kopeks, y quiere decirle como ha encontrado al hombre; Matrena no le deja decir una palabra, y á su vez dice dos. Hasta lo que ha pasado hace diez años se lo echa en cara. Habla, habla Matrena, después coge á Semem por la manga.

—Dame mi chaqueta. No tengo más que esa y me la has tomado. La llevas puesta, perro enmarañado. Que el diablo te lleve.

Semem se quiere quitar la chaqueta. La mujer tira de ella.

Las costuras se rompen. Por fin Matrena coge su chaqueta, se la echa sobre su cabeza y se dirige hacia la puerta para marcharse, pero de repente, se detiene enfurecida. Quiere desahogarse con alguien y saber quien es ese hombre.

IV

De pie en el umbral dice:

—Si fuera un hombre honrado, no estaría desnudo. Llevaría al menos camisa. Si hubieras hecho tú algo que fuese noble, me hubieses dicho de donde has sacado ese elegante.

—Pero si me estoy matando por decirte lo. Pasaba por el lado de la capilla, y me encuentro con este muchacho medio helado. Completamente desnudo, no estamos en tiempo de calor en que igual importa. Dios seguramente me ha conducido hacia él; esta noche hubiera perecido ¿qué hacer? Le he cogido, le he vestido, le he traído á mi casa. Cálmate Matrena, que eso es un pecado. Todos hemos de morir un día.

Matrena abrió la boca para contestar. De pronto dirigió la mirada al forastero y se calló. Sentado en el banco, permanecía inmóvil. Su pecho se dilataba, ahogábase, las manos cruzadas sobre las rodillas, la cabeza inclinada, los ojos cerrados, como oprimido. Matrena callaba, Semem le dijo suavemente:

—Matrena, ¿no está Dios en tu corazón?

Al oír estas palabras, la baba observó al desconocido que elevaba sus ojos hacia ella, y su corazón se enterneció. Dirigióse hacia la chimenea á preparar la una, púsola luego en la mesa, trajo el pan y el *krass* (sidra) y dijo:

—Vamos, come.

Semem empujó al desconocido hacia la mesa.

—Aproxímate joven.

Cortó pan, y empezó á comer.

Matrena se sentó á un extremo de la mesa, apoyando en las manos la barbilla y quedóse mirando al forastero. Sintió por él una gran piedad y tomóle en seguida gran efecto. Muy pronto el desconocido pareció más alegre, y levantando la cabeza miró á la pobre mujer sonriendo. Acabada la cena, la baba quitó la mesa y dijo:

—¿De dónde vienes?

—Yo no soy de aquí.

—¿Cómo caíste en aquel lugar?

—No puedo decirlo.

—¿Quién te ha desnudado?

—Dios me ha castigado.

—¿Y permanecías completamente desnudo?

—Así completamente desnudo. Me hela-

ba, Semem me ha visto y ha tenido lástima; me ha puesto su caftan y me ha dicho que le signiera. Tu has tenido compasión de mi miseria, me has dado de comer y de beber... que Dios os bendiga.

Matrena se levantó, abrió el cofre y sacó la camisa vieja de Semem que había arreglado para el día siguiente, tomó un par de pantalones viejos, y dándole todo al forastero, le dijo afablemente.

—Toma, veo que ni siquiera tienes camisa, vístete, acuéstate donde quieras, en el banco ó al lado de la chimenea.

Quitóse el desconocido el caftan, se puso la camisa y los pantalones y se tendió en el banco.

Matrena, apagó la luz, recogió el caftan y se metió en la cama al lado de Semem, cubrióse con una punta del caftan y se acostó, pero no pudo dormir, el desconocido la preocupaba; y después pensó que se habían comido todo el pan que quedaba, y que no tendrían para el otro día, y que la camisa y los calzones de Semem, ya no los tenían; y se sentía triste é inquieta. Pero al acordarse de la sonrisa del desconocido, sintió un estremecimiento de alegría. Tardó mucho tiempo Matrona en dormirse. Semem tampoco dormía, y tiraba del caftan hacia él.

—¡Semem!

—Qué.

—Nos hemos comido todo el pan, y no he amasado hoy. ¿Qué haré mañana? ¿Se lo pediré prestado á nuestra comadre Milania?

—Ya viviremos. No nos faltará que comer un cuzcurro.

—Ese hombre con un aire tan bueno ¿por qué no dice nada de sí mismo?

—Sin duda lo tiene prohibido.

—¡Semem!

—Qué.

—Nosotros damos y nadie nos da á nosotros.

Semem no supo que contestar.

—Ya hemos hablado bastante—dijo volviéndose.

Y se durmieron.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEBAN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO V

Semem se despertó temprano: los niños dormían aun; la baba había salido para pedir pan á la vecina; solo, el desconocido estaba sentado en el banco, con los ojos elevados; su rostro estaba más sereno que la vispera.

Y Semem dijo:

—Con qué, mi simpático amigo, el estómago pide pan y el cuerpo vestidos. Es necesario ganarlo. ¿Sabes trabajar?

—No se nada.

Semem abrió los ojos sorprendido y dijo:

—Se aprende lo que se quiere, cuando hay buena voluntad.

—Todos trabajan y yo haré como todos.

—¿Cómo te llamas?

—Miguel.

—Pues bien Miguel, no quieres decir nada de ti y eso es cuenta tuya; pero es preciso comer, y si haces lo que yo te diga, te daré de comer.

—Que Dios te ayude. Enséñame, enséñame lo que ignoro.

Semem tomó la cera y empezó á torcer el hilo.

—Esto no es difícil, mira.

Miguel miró, tomó la cera á su vez, torció el hilo, y en seguida Semem le enseñó á cortar, á coser, á manejar la lezna, á poner las suelas, á disimular las costuras etc. Desde el tercer día cualquier trabajo que le enseñaran lo comprendía al momento Miguel; y trabajaba tan perfectamente que se hubiese podido creer que estaba haciendo botas desde cien años hacía. No perdía un minuto

comía poco; terminado el trabajo permanecía en un rincón, con los ojos elevados, silencioso. Hablaba poco, jamás reía, no salía nunca; no se le vió sonreír más que una sola vez: el primer día cuando la baba le había servido la cena:

VI

Día por día, semana por semana, pasó un año. Miguel continuaba viviendo y trabajando en casa de Semem. El oficial se hizo célebre: nadie hacía botas tan elegantes, tan sólidas como Miguel, el oficial de Semem. Se le conocía en veinte leguas á la redonda y el zapatero comenzaba á enriquecerse.

Un día de invierno el patrón y su oficial trabajaban juntos cuando un *vosok* (coche de tres caballos), los cascabeles de los caballos del cual sonaban alegremente, se detuvo en la puerta de la isba. Un lacayo saltó del pescante, abrió la portezuela, y apareció un barine, envuelto en una rica chuba; subió los peldaños de la entrada de la casa que Matrena le franqueó abriendo de par en par la puerta.

Penetró el barine, y su cabeza casi llegaba al techo, y era tanta su corpulencia que él solo casi llenaba un rincón de la sala.

Semen saludó al barine con sorpresa. Jamás había visto hombres semejantes. El era robusto.

Miguel sutil, Matrena semejaba una rama seca.

Aquel hombre parecía venir de otro mundo; su cara roja y llena, y su cuello de toro le daban el aspecto de estar fundido en bronce.

Después de haber soplado con fuerza, quitóse el barine el abrigo, se sentó en el banco y dijo:

—¿Quién de vosotros es el maestro zapatero?

Adelantóse Semem.

—Yo soy, vuestro honor—dijo.

El barine llamó al lacayo.

—Fedka, traeme el cuero.

El criado volvió con un paquete que dejó sobre la mesa.

—Desátalo.

El doméstico obedeció.

El barine enseñó el cuero á Semen.

—¿Ya ves bien?

—Sí, vuestro honor.

— ¿Comprendes que clase de mercancía es?

Semen lo inspeccionó con cuidado.

—Es una mercancía de primera calidad.

—Ya lo creo que es buena, imbécil; jamás has visto cosa semejante; es cuero de Alemania ¿entiendes? Y vale veinte rublos ese pedazo.

Semen intimidado contestó.

—¿Dónde hemos de ver nosotros eso?

—¡Claro! ¿Puedes hacerme unas botas con esa piel?

—Seguramente, vuestro honor.

El boriné exclama:

—¡Seguramente! Fijate bien para quien vas á trabajar y en la clase de piel. Me has de hacer unas botas que puedan durarme un año, sin que se me deformen ni se me rompan. Si puedes hacerlas, toma la piel y córtalas, pero si no dímelo ahora. Te lo advierto antes; si se me rompen las botas antes de un año, te meto en la cárcel; si me sirven durante ese tiempo, te daré diez rublos.

Semem, titubeando no sabía que decir. Dirigió una mirada á Miguel, le tocó con el codo y le preguntó que había de contestar ¿aceptaba?

Miguel le hizo una señal afirmativa y

Semen aceptó, obligándose á entregar unas botas que no se deformarían ni se romperían hasta el año.

El barine llamó á su lacayo, tendió el pie y dijo:

—Pues bien, toma la medida.

El pie del barine era tan grande, que fué preciso cortar una nueva tira de papel, aunque la primera no había sido pequeña. Semem tomó la medida de la planta, del cuello del pie, y trató de hacer lo mismo con la pantorrilla; pero el papel no pudo alcanzar á darle vuelta; la pantorrilla era gruesa como un poste.

Mientras Semem tomaba la medida, el barine se fijaba en todo el mundo. Dijo mirando á Miguel:

—¿Quién es éste?

—Es mi oficial, el que ha de hacer las botas—dijo Semem.

—¡Cuidado que han de servirme un año! Semem levantó los ojos hacia Miguel y advirtió que éste ni siquiera miraba al barine, miraba hacia arriba, como si viese algo. Miraba, miraba y de repente sonrió serenamente.

—¿Por qué ríes imbecil?—dijo el barine—cuida, de que mis botas estén listas oportunamente.

Miguel contestó:

—Vuestras botas estarán listas cuando las necesitareis.

—Así lo espero—exclamó el barine poniéndose la chuba.

Dirigióse hacia la puerta; pero habiéndose olvidado de inclinarse, se dió un golpe en la cabeza contra el montante. Comenzó á gritar, se encolerizó, después irguiéndose, pasóse la mano por la cabeza y subió al vozok.

Cuando habían partido dijo Semen.

—Es fuerte como una roca; ha roto la puerta y se burla

Y Matrena, dijo:

—Con la vida que lleva ¿cómo no ser un hombre hermoso? Forjado en bronce, la misma muerte le respetará mucho tiempo.

VII

Semem se dirigió á Miguel.

—Hemos aceptado este encargo, y Dios quiera que no nos traiga algún disgusto. El cuero es caro, el barine es violento; con tal que nos equivoquemos!

Tu tienes mejor vista, y la mano más

segura; aquí tienes las medidas, corta el par, y yo haré tu trabajo entre tanto.

Miguel obedeció, tomó la piel, la desenrolló y se puso á cortar.

Matrena miraba lo que hacía, y acostumbrada al oficio, se sorprendió al ver que Miguel cortaba la piel como para hacer otra cosa y no botas. Quiso hablar pero pensó:

—No habré comprendido la clase de botas que el barine ha pedido; Miguel lo sabe mejor que yo, no me meto pues.

Hizo un par de calzado, que cosió como sandalias. Aumentó la sorpresa de Matrena, pero nada quiso decir y Miguel continuó cosiendo. Llegó el momento de comer. Levantóse Semem y vió que Miguel había hecho con la piel un par de sandalias en vez de un par de botas, él que jamás se había equivocado en nada: Lanzó el zapatero un ¡Ah!

—Se ha perdido la piel ¿qué le diré ahora al barine? ¿Dónde encontrar piel igual?

Y dijo á Miguel:

—¿Qué has gecho? Me has perdido amigo mío. El barine me ha encargado botas y ¿qué le has hecho?

En el mismo instante, dieron un fuerte golpe en la puerta. Miraron por la ventana y vieron al criado del barine que ataba el

caballo á la anilla de la puerta. Abrió Semem, y el criado entró anhelante.

—Buenos días maestro.

—Buenos días. ¿Qué quieres?

—La *barinia* (mujer del barine) me envía por las botas.

—¿Las botas?

—Sí, el barine ya no las necesita; no las llevará ya. La barinie os desea larga vida (1).

—¿Cómo?

—No ha llegado vivo, ha muerto en el vozok. Al llegar he ido á abrir, y le he visto tirado en el fondo, rígido; con mucho trabajo le hemos podido sacar.

La barinia me ha enviado aquí diciendo:

«Ve á casa del zapatero y dile que haga unas sandalias para un muerto en vez de los zapatos que el barine encargó dejando la piel.

Miguel tomó las sandalias y lo que quedaba de la piel, hizo un paquete con todo, y se lo entregó al lacayo que esperaba:

—Adios, y que os de una hora buena.

(1) Manera de anunciar la muerte de alguien.

VIII

Pasaron un año, dos, y llegó por fin el sexto de los que Miguel vivía en casa de Semem. Las cosas seguían del mismo modo; no salía nunca, hablaba poco, y solo dos veces sonrió: la primera cuando la baba le dió de comer, y la segunda el día de la visita del barine. Semem se deshace en elogios de su oficial, no le pregunta ya de donde vino, y solo teme una cosa: la partida de Miguel. Un día se hallaban todos reunidos; los niños jugaban y se encaramaban sobre los bancos, junto á las ventanas, Matrena calentaba las planchas, Semem le daba á la lezna, Miguel acababa un talón. Uno de los niños, fué á apoyarse sobre el hombro de Miguel, que estaba cerca de la ventana, y le dijo:

—Mira, tío Miguel, mira aquella mujer con dos niñas; me parece que vienen aquí. Una de las pequeñas es coja.

Al oír estas palabras del niño, Miguel, dejó el trabajo y miró hacia la calle. Semem, quedó sorprendido.

Jamás Miguel había mirado hacia fuera, y ahora, parecía pegado al vidrio. A su vez,

miró el zapatero hacia la calle y vió en efecto á una mujer decentemente vestida que llevaba dos niñas de la mano, envueltas en abrigos de piel y con fichús de lana en la cabeza. Las niñas se parecían, hasta el punto de ser imposible distinguir las, pero una de ellas cojeaba arrastrando la pierna.

La mujer se detuvo en la puerta, dió vuelta al picaporte y entró en la isba empujando á las niñas delante.

—Buenos días, maestro.

—Sed bien venida, ¿qué deseáis?

Sentóse la mujer, y las niñas se estrecharon contra ella timidamente.

—Necesito zapatos para mis pequeñas.

—Nunca hemos hecho calzado tan chico, pero se hace lo que se quiere, y probaremos. Se pueden hacer con cartera, se pueden hacer con cañas de tela, como queráis; Miguel, mi oficial es muy hábil.

Volvióse Semem hacia Miguel, y vió que este devoraba con los ojos á las niñas.

La sorpresa del zapatero fué en aumento. Verdad es que las niñas, no podían ser más lindas; gruesecitas, con rosadas mejillas, ojos negros; los abriguitos y los fichús eran elegantes, pero de todos modos, no podía comprender porque Miguel las observaba con tanto interés, como si las conociese de

antes. Habló el maestro con la mujer y se dispuso á tomar medida á las niñas.

La buena señora sentó á la cojita sobre las rodillas, diciendo:

—Toma las medidas á ésta; harás un zapato para el pie cojo, y tres para el otro pie. Tienen los pies iguales, porque son gemelas.

Después de haber tomado medida dijo Semem, refiriéndose á la cojita:

—¿Cómo fué eso? ¿Nació así?

—No. Su madre la desgració.

Matrena se mezcló en la conversación, para enterarse.

—¿Quién eres?—dijo á la mujer—¿quién son esas pequeñas? ¿No son hijas tuyas?

—No soy madre ni pariente siquiera de ellas. Son mis hijas adoptivas.

—Y no siendo de tu sangre, ¿como las cuidas tanto?

—¿Cómo no quererlas? Las he dado á las dos la leche de mis pechos. Yo tenía un niño, que Dios me tomó, y no le mimaba tanto como á ellas.

—¿Y de quién son?

IX

Matrena se puso á charlar con la mujer, que le hizo este relato:

—Hace seis años que son huérfanas, el padre fué enterrado en martes, la madre murió el viernes. Huérfanas de padre antes de nacer, la madre no sobrevivió un día á su alumbramiento. Entonces, vivía yo en la aldea con mi marido; y eramos vecinos, nuestras casas se tocaban.

El padre, iba á trabajar solo al bosque; un árbol le cayó encima y le aplastó, llegó en tal estado á su casa que á los pocos momentos entregaba el alma á Dios. Su mujer dió á luz tres días después, á éstas dos niñas; pobre, solitaria, no tuvo á nadie á su lado, ni comadrona, ni criada. Alumbró completamente sola. Yo iba todas las mañanas á verla; cuando aquel día entré, estaba ya fría. Al morir, había caído sobre la pequeña y la había estropeado un pie. Acudieron los vecinos, la levantaron, vistieron á la muerta, hicieronle un ataúd, y la enterraron. Los vecinos, son todos muy buena gente; las pequeñas quedaban solas. ¿Dónde poner-

las? Yo era entonces la única nodriza de la aldea y le daba el pecho á mí primogénito desde hacía dos meses. Me las llevé á mi casa con la intención de tenerlas hasta que resolviesen sobre ellas definitivamente.

Los mujiks se reunieron, se habló, preguntáronse que harían de ellas, y he aquí lo que me dijeron:

—«María, tenlas en tu casa, cuida de ellas y danos tiempo para ponernos de acuerdo.» A una le había dado ya de mamar, pero no á la otra, á la pobre cojita. No me figuraba que pudiese vivir; después me hice muchos reproches. El angelito gemía y me dió lástima. ¿Por qué ha de sufrir esta almita de ángel? Le dí la teta que compartieron desde aquel momento los tres: mi hijo, y las huérfanas. Era yo joven y fuerte. Comía bien. Tuve leche en abundancia. El Señor me favoreció. Daba de mamar á dos de los niños y el tercero esperaba. Cuando uno estaba ahito, le tocaba el turno á ese tercero, y Dios me permitió criarles. El mío, murió dos años después, y no quiso la Providencia darme más hijos. Después, todo nos fué bien. Vivimos ahora en el molino, en casa de un comerciante. Tenemos buenos beneficios, la vida es fácil, pero no tengo hijos ¿qué haría si no tuviera á esas niñas? Esta-

ría sola, ¿cómo no amarlas, mimarlas? Son la alegría de mis ojos y la cera de mis cirios (1).

La mujer estrechó á las niñas contra su corazón, besó á la cojita y secó sus ojos llenos de lágrimas.

«Se vive sin padre ni madre pero no se vive sin Dios,» dice el proverbio.

De este modo hablaron y la mujer iba á marcharse. Cuando los dueños la acompañaban, volviéronse hacia Miguel, que permanecía con las manos cruzadas sobre las rodillas, la vista fija en las alturas y sonriendo.

X

Aproximóse á él Semem y le dijo:

—¿Qué haces, Miguel?

Levantóse éste, dejó el trabajo, quitóse el delantal, saludó á sus amos y les dijo:

—Perdóname, patrón, Dios me ha hecho gracia, házmela tu también.

Y los amos vieron que una luz emanaba

(1) Locución popular.

de Miguel. Semem se levantó, saludóle, y le dijo:

—Veo, Miguel, que no eres un hombre como nosotros y que no puedo ni detenerte ni interrogarte. Dime tan solo una cosa, ¿porqué estabas tan triste, tan asustado, cuando te encontré y te traje á mi casa? ¿Porqué te calmaste cuando mi mujer te ofreció de comer? Sonreiste entonces, te serenaste. Después, cuando el barine vino á encargarse de las botas, volviste á sonreír, y apareciste más sereno aún, y ahora, cuando esta mujer ha traído á las niñas, has sonreído por tercera vez y te has puesto radiante. Dime, Miguel, ¿porqué emana esa luz de tí y por que has sonreído esas tres veces?

Y Miguel respondió:

—Estoy radiante, por que había sido castigado por Dios, que ahora me ha perdonado. Y he sonreído tres veces, por que me era preciso aprender tres palabras divinas, y he aprendido esas palabras. Aprendí la primera, cuando tu mujer tuvo piedad de mi desnudez, entonces sonreí por primera vez. He sonreído por segunda vez, cuando el barine vino á tu isba, por que la segunda palabra me fué revelada entonces, y al presente, al ver las niñas, he aprendido la ter-

cera palabra divina y he sonreído por tercera vez.

Y Semem le preguntó:

—Dime Miguel porque Dios te había castigado, y dime cuales son esas palabras para que yo las sepa también.

Y Miguel respondió:

—Dios me ha castigado por mi desobediencia. Yo era un ángel en el cielo, y he desobedecido. Yo era un ángel del cielo, y el Señor, me envió á la tierra á buscar un alma, el alma de una mujer. Bajé á la tierra, y ví á una mujer acostada, enferma, que acababa de dar á luz dos niñas. Las criaturas gemían al lado de la madre, demasiado débil para darlas el pecho. Al verme, comprendió que Dios pedía su alma, y lloró, y suplicó:

—Ángel de Dios, mi marido, ha muerto hace tres días, por que le ha caído encima un árbol del bosque; no tengo ni madre, ni hermana, ni tía, mis hijitas no tienen á nadie más que á mí. No te lleses á mi pobre alma. Déjame criar á mis hijas; que crezcan, por que los niños, no pueden vivir sin padre ni madre.

Obedecí á la mujer, puse á una niña sobre su pecho y á la otra en sus brazos; subí al cielo, me presenté delante de Dios, y le dije:

—No he podido traer el alma de la parturienta. El padre ha muerto, ella tiene dos gemelas y me ha suplicado que la diese el tiempo necesario para criar á sus hijas, que no pueden vivir sin padre ni madre. No me era posible llevarme aquella alma.

El Señor me ha contestado:

Vé, y tráeme el alma de esa madre y un día conocerás tres palabras divinas: *Sabrás lo que hay en los hombres, lo que no se ha dado al hombre, y lo que hace vivir á los hombres.* Cuando habrás aprendido esto, volverás al cielo.

Volví á la tierra y me llevé el alma de la pobre madre. Las niñas abandonaron el seno maternal, el cadáver cayó sobre el lado izquierdo, aplastando el pie de una de las pequeñas. Mientras me elevaba sobre la cabaña, para llevar el alma al Creador, un torbellino me cogió, mis alas se apesantaron, y cayeron; el alma subió sola á Dios, y yo quedé echado en el suelo al borde del camino.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO.

XI

Y Semem y Matrena comprendieron entonces á quien habían vestido y dado de comer, y quien era el que había vivido con ellos. Lloraron de alegría y de emoción y el ángel les dijo todavía:

—Quedé solo en el camino, solo y desnudo. Hasta entonces, me eran desconocidas las miserias humanas, el frío y el hambre. Tuve hambre, tuve frío y no supe que hacer. Ví una capilla consagrada al Eterno y quise refugiarme allí, pero la puerta estaba cerrada. Siéndome imposible entrar, me senté en el umbral, tratando de guarecerme en aquel hueco. Vino la noche, tuve frío, tuve hambre, sufría, temblaba. El dolor invadió todo mi cuerpo. De pronto oí pasos en el camino. Venía un hombre con dos botas en la mano; iba hablando solo. Por primera vez ví el aspecto mortal del hombre desde que yo lo era. Sentí miedo ante aquel aspecto; me volví de espaldas. Le oí que iba diciéndose á sí mismo: «¿Cómo dar de comer á mi mujer y á mis hijos? ¿Cómo durante el

invierno preservar del frío á nuestros miembros ateridos?»

Y yo pensé:

—Perezco de frío y de hambre y he aquí que este hombre que pasa, solo piensa en sus propias necesidades. Seguramente no me socorrerá.

Me vió el hombre, frunció el entrecejo, puso una cara terrible, y pasó... No me quedó esperanza.

De repente, ví que volvía, le miré y ya no lo reconocí; la muerte se pintaba antes en su cara, y al presente, aparecía vivo, y en aquel rostro, ví la imagen de Dios. Se acercó á mí, me vistió, me tomó de la mano y me condujo á su casa. Su mujer estaba en el umbral de la isba y habló; su aspecto era más terrible que el del hombre. El soplo de la muerte salía de sus labios, el soplo mortal de sus palabras me cortó la respiración, me sentí desfallecer; quería echarme de nuevo al frío, á la agonía, á la muerte; y yo, comprendí que ella también moriría al arrojarme. De pronto su marido la habló de Dios, y en seguida, se transformó la mujer; me hizo comer, y como me mirase, levanté también los ojos y ví que la muerta aparecía viva ahora, y reconocí á Dios en su rostro, y me acordé de las palabras de Dios: *Cono-*

cerás lo que hay en los hombres. Y así supe que en los hombres existe el amor.

Dichoso por tener la revelación de las palabras divinas, sonreí entonces por primera vez. Pero no pude aprenderlo todo en un momento; aún no comprendía *lo que no le es dado al hombre y lo que hace vivir á los hombres.*

Viví con vosotros un año; el barine vino á encargarse de las botas que habían de durar un año sin deformarse ni romperse. Le miré y ví á su lado á uno de mis compañeros, al ángel de la muerte. Nadie, excepto yo, le vió.

Como le reconocí, sabía que el sol no se pondría sin que el alma del barine no le abandonase, y pensé:

—El hombre acumula para un año, y no sabe que ha de morir antes de la noche.

Y me acordé de la segunda palabra de Dios: *Conocerás lo que no le es dado al hombre.*

Lo que hay en el hombre, ya lo conocía. Supe entonces *lo que no le es dado al hombre:* No le es dado saber lo que es preciso á su cuerpo; y sonreí por segunda vez.

Pero ignoraba aún, y no comprendía, lo que hace vivir á los hombres. Viví de ese modo, esperando siempre la revelación del

Creador, la tercera palabra divina. Al sexto año, la mujer trajo á las gemelas, las reconocí, y supe como habían sobrevivido. Lo aprendí todo entonces, y pensé:

—La madre imploraba por sus hijas; y yo había escuchado á la madre; yo había creído que aquellas huérfanas estaban destinadas á perecer, y he aquí que una mujer, una desconocida, las ha recogido y alimentado.

Y cuando aquella mujer lloró de ternura hablando de sus pequeñas, á las cuales ningún parentesco la ligaba, y las mimaba y compadecía, ví en ella la imagen divina de Dios y comprendí *lo que hace vivir á los hombres.* Comprendí entonces, que Dios me había revelado la última palabra, y que me concedía el perdón; y sonreí por tercera vez.

XII

Quitóse el ángel su vestido terrestre, quedando envuelto en un nimbo de luz; los ojos humanos no pudieron resistir el fulgor; elevó la voz, que parecía salir, no de él, sino del cielo, y dijo:

—*Y he comprendido que el hombre no vive*

para sus propias necesidades, sino que vive para el amor.

No le era dado á la madre saber lo que hacía vivir á sus hijas; no le era dado al barine conocer lo que le era necesario; á ningún hombre le es dado saber si necesitará esta noche botas para usarlas en vida ó sandalias para enterrarle con ellas.

He vivido cuando era hombre, no porque cuidase de mí mismo, sino porque hubo amor en un viandante y en su mujer; tuvieron piedad de mí y me amaron. Las huérfanas vivieron, no porque pensaran en ellas, sino porque una mujer tenía amor en su corazón. Los hombres viven, no porque piensen en sí mismos, sino porque existe el amor en los corazones de ellos.

Yo sabía antes, que Dios ha dado la vida á los hombres y ha querido que vivan. Ahora, he comprendido que Dios no quiere que el hombre viva solo, y por eso les oculta lo que necesitan. Quiere que cada uno viva para los otros, y por eso revela lo que es útil á la vez al individuo y á su prójimo.

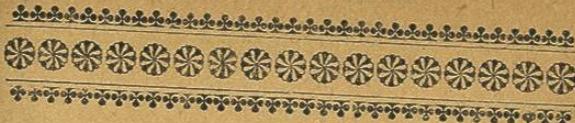
He comprendido entonces que los hombres que creen vivir únicamente para sus propias necesidades, no viven en realidad más que para el amor solo. El que ama vive

en Dios, y Dios, vive en él; porque Dios es el amor.

Y el ángel cantó las alabanzas de Dios. Su voz hizo temblar la isba. El techo se abrió, una columna de fuego unió la tierra con el cielo. Semem, su mujer y sus hijos se prosternaron en el suelo. El ángel abrió sus grandes alas y remontó hacia los cielos.

Cuando Semem volvió en sí, la isba había vuelto á tomar su acostumbrado aspecto, y nadie se encontraba en ella excepto él y su familia.





HISTORIA VERDADERA



Dios quiere la verdad, pero
él no la dice en seguida.

EN la ciudad de Wladimiro, vivía un joven comerciante llamado d'Aksenof, que poseía dos tiendas y una casa.

De aspecto simpático, Aksenof era rubio, de pelo rizado, aficionado á la conversación y á los refranes. En su juventud bebía mucho, y cuando había bebido le gustaba meter ruido; pero una vez casado, únicamente muy de tarde en tarde solía beber.

Un día de verano, se decidió ir á la fe-

ria de Nijni-Novogorod. Cuando se despedía de su familia, su mujer le dijo:

—Juan Demetrio, no te vayas hoy. He soñado esta noche algo malo para tí.

Aksenof se echó á reir y repuso:

—Tienes miedo de que cometa alguna locura en la feria.

La mujer contestó:

—No sé precisamente de lo que tengo miedo; pero te digo que he tenido un mal sueño. Te he visto; venías de la ciudad, te has quitado el sombrero y de pronto, he visto tu cabeza completamente blanca.

Aksenof, se echó á reir con más ganas.

—Pues bien, eso es una buena señal. ¡Bah! Haré buenos negocios y te traeré bonitos regalos.

Despidióse y se fué.

A la mitad del camino encontró á un comerciante conocido suyo, y se detuvo con él para pasar la noche juntos. Tomaron reunidos el té y fueron á acostarse en dos cuartos contiguos.

Aksenof no dormía mucho. Despertóse á media noche, y para viajar más cómodamente con el fresco, llamó al *yamschtschik* (postillón) y le dió la orden de enganchar. Después entró en la isba, oscura por completo, pagó al patrón y partió. Después de

haber andado unas cuarenta verstas, detúvose de nuevo para dar descanso á los caballos, y descansar él mismo en la posada; hacia la hora de comer salió á la puerta he hizo preparar el samovar. Tomó una guitarra, y empezó á tocar.

De repente, llegó una troika, un tchinovnik (funcionario público) bajó de ella con dos soldados, aproximóse á Aksenof y le preguntó quien era y de donde venía.

Contestóle Aksenof invitándole á tomar el té con él. Pero el tchinovnik insistió en sus preguntas.

—¿Dónde había pasado lo noche anterior? ¿Estuvo solo con el comerciante? ¿Porqué se había marchado de la posada tan precipitadamente?

Aksenof sorprendido antes aquel interrogatorio, contó lo que le había ocurrido, y dijo después:

—¿Porqué me haceis esas preguntas? No soy un ladrón ni un bandido; viajo por mis negocios y no hay porque interrogarme.

Entonces el tchinovnik llamó á los soldados y dijo:

—Soy el comisario de policía, y si te pregunto, es porque el comerciante con quien has pasado la noche última, ha sido

degollado. Enseña tus documentos; y vosotros, registradle.

Entraron en la isba, cogieron su maleta y su saco, los abrieron bruscamente por todos lados. De repente, el comisario, sacó de la maleta un cuchillo y exclamó:

—¿De quién es este cuchillo?

Miró á Aksenof y vió un cuchillo manchado de sangre. Lo habían encontrado en su maleta, y le invadió el miedo.

—¿De qué son esas manchas de sangre?

Aksenof quiso contestar, pero le era imposible articular una sola palabra.

—Yo... no sé... ¿yo? ¿un cuchillo?... ¿Yo?... No es mío.

Entonces, dijo el comisario:

—Han encontrado esta mañana al comerciante degollado en su cama. No hay nadie, escepto tu, que haya podido cometer el crimen. La isba estaba cerrada por dentro y no había nadie más que tú. Aquí está además el cuchillo con manchas de sangre que se ha encontrado en tu maleta. Aparte de que el crimen, se lee en tu cara. Confiesa en seguida, como le has matado, y que cantidad le has robado.

Aksenof, jura ante Dios, que no es él el culpable, que no ha visto al comerciante después de haber tomado el té con él, y que

no tiene más que su propio dinero, ocho mil rublos, y que el cuchillo no es suyo. Pero su voz desfallecía, su cara estaba pálida, y temblaba de miedo como un culpable.

El comisario llamó á sus soldados y ordenóles que le atasen y llevasen al coche. Cuando se halló allí con los pies agarrotados, Aksenof hizo la señal de la cruz y lloró. Se tomaron todos sus efectos con su dinero y le enviaron á la cárcel de la ciudad próxima. Se tomaron informes en Wladimiro; todos los comerciantes y habitantes, declararon que Aksenof, aun que en su juventud le había gustado beber y divertirse, era un hombre honrado. Celebróse el juicio, acusándole de haber matado al comerciante de Riazam y haberle robado veinte mil rublos.

La mujer de Aksenof se hallaba desesperada y no sabía qué pensar. Sus hijos eran pequeños, uno de ellos, de pecho aun. Cogiólos y fué con ellos á la ciudad, donde su marido se hallaba preso. Al principio no se lo dejaron ver, después, á fuerza de instancias, lo permitieron. Al verle, con su uniforme de preso, encadenado, confundido con los bandidos, cayó al suelo y no pudo volver en sí en algún tiempo. Después puso á sus hijos al lado suyo, se sentó junto á Aksenof, le dió cuenta de los negocios de la casa y le

rogó que le contase todo lo que le había ocurrido. Contólo él todo, y ella dijo:

—¿Y ahora que hemos de hacer?

—Es preciso ir á suplicar al Czar. Porque no puede ser que el inocente sea castigado.

Y su mujer le dijo entonces que ya había dirigido una súplica al Czar, pero que seguramente no se le habría entregado, añadió.

Aksenof no contestó, permaneciendo como aniquilado.

Y su mujer le dijo:

—No era una tontería el sueño que yo tuve, cuando te ví con los cabellos blancos. El pesar te ha hecho encanecer. No debiste partir entonces.

Le acarició los cabellos con la mano, y dijo:

—Vamos, querido amigo, dí la verdad á tu mujer... ¿No has sido tú quien le ha matado?

Y Aksenof dijo:

—¿También tú lo piensas?

Ocultó su rostro entre las manos y lloró.

Apareció un soldado, que vino á anunciar á la mujer y á los niños que era preciso retirarse. Aksenof dijo por última vez «adios» á su familia.

Cuando su mujer hubo partido, repasó

in mente la conversación que acababa de tener. Al acordarse que ella también creía, y le había preguntado si no había sido él quien matara al comerciante, se dijo:

—Únicamente Dios conoce la verdad. A El debo implorar. Esperemos su misericordia.

Desde aquel momento, dejó Aksenof de enviar súplicas, cerró su alma á la esperanza, y no hizo más que rogar á Dios.

El tribunal condenó á Aksenof al knut, después á trabajos forzados. Lo cual se cumplió.

Le golpearon con el knut, y cuando las heridas estuvieron cicatrizadas, le enviaron con otros rematados á Siberia.

En Siberia, en los trabajos forzados, Aksenof permaneció veintiseis años. Sus cabellos se hicieron blancos como la nieve y su larga barba gris, caía derecha. Toda su alegría desapareció. Se encorvó. Empezó á arrastrar los pies, hablaba poco, no reía nunca y rogaba con frecuencia á Dios.

En la cárcel, aprendió á hacer botas. Con el dinero que ganó con ellas, compró un Martirologio, que leía mientras había luz en su calabozo. Los días de fiesta, iba á la capilla de la cárcel, leía los apóstoles y cantaba en el coro; conservaba siempre su linda

voz. Las autoridades le querían por su docilidad; los compañeros, le tenían en gran estimación y le llamaban «abuelo» y «hombre de Dios». Cuando los presos tenían algo que pedir, presentaban siempre por medio de Aksenof sus pretensiones, y cuando entre ellos estallaba una riña, también era Aksenof al que escogían como árbitro.

De su casa, nadie le escribía, ignoraba si su mujer y sus hijos vivían aún.

Un día, llevaron al presidio nuevos condenados. Por la noche, los antiguos preguntaron á los nuevos de que ciudades y de que aldeas venían, y por que motivos. Aksenof se había aproximado también y escuchaba con la cabeza baja lo que decían. Uno de los nuevos condenados era un viejo de unos sesenta años, de elevada estatura, y barba gris recortada. Contaba las causas de su condena:

—Lo que os digo, hermanos míos—decía—me han enviado aquí por nada. Estaba desenganchando un caballo de un carro, me cogieron y decían que robaba. Y yo contesté: Lo único que quería era ir más deprisa, ya véis que dejaba el caballo... Además el postillón es amigo mío. No hay por consiguiente delito. No,—me contestaban—tú le has robado. Y no sabían ni como ni cuando

le había robado. Ciertamente, yo había cometido delitos que debieran haberme traído aquí desde hace tiempo, pero jamás pudieron probarme nada. Y hoy, contra toda ley, es cuando me deportan. Pero esperemos. No es la primera vez que estoy en Siberia, aun que no estuve mucho tiempo...

—¿Y de dónde vienes?—preguntó uno de los penados.

—Yo soy de la ciudad de Wladimiro. Soy un hombre acomodado de dicha población. Me llamo Makar, y por mi padre Semionovich.

Aksenof levantó la cabeza y preguntó:

—Semionovich, ¿no has oído hablar en Wladimiro de los comerciantes Aksenof? ¿Viven aún?

—¡Cómo! Son ricos comerciantes, aunque su padre esté en Siberia. Indudablemente, habrá pecado como nosotros.

Aksenof no gustaba hablar de su desgracia. Suspiró y dijo:

—Por mis pecados estoy en un presidio desde hace veintiseis años.

Makar Semionovich preguntó:

—¿Y por que pecados?

—Por los que he cometido—contestó sencillamente Aksenof.

No quiso decir nada más.

Pero los otros presos, sus compañeros contaron á los nuevos, porque Aksenof se encontraba en Siberia; como durante un viaje alguien había asesinado á un comerciante y colocado entre los efectos de Aksenof un cuchillo manchado de sangre, y como á causa de aquello le habían condenado injustamente.

Al oír esto Makar Semionovich, echó una mirada á Aksenof, dióse una palmada sobre las rodillas y exclamó:

—¡Oh que milagro! Un verdadero milagro. ¡Cómo has envejecido abuelito!

Le preguntaron el motivo de su sorpresa y de donde conocía á Aksenof, pero Makar no contestó, y dijo solamente:

—Un milagro hermanos, que la suerte nos haya reunido aquí.

Al oír estas palabras Aksenof, pensó que aquel hombre debía ser el asesino y le dijo:

—¿Has oído hablar de este asunto Semionovich, ó es que acaso me has visto antes en otra parte?

—¿Cómo? He oído hablar: *la tierra está llena de orejas*. Pero hace mucho tiempo que ocurrió todo eso, y lo que me dijeron lo he olvidado,—dijo Makar Semionovich.

—Puede que sepas quien fué el que mató al comerciante...—preguntó Aksenof.

Makar se echó á reír y dijo:

—Aquel á quien encontraron el cuchillo debe ser indudablemente el matador. Si alguien colocó el cuchillo en tu maleta... no le sorprendieron y no fué ladrón. Y además, ¿cómo hubiera podido esconder el cuchillo en tu maleta? Lo tenías á tu lado, lo hubieras oído.

Al oír estas palabras, Aksenof comprendió que aquel había sido quien mató al comerciante. Levantóse y se fué. Durante toda aquella noche no pudo dormir.

Cayó en un aniquilamiento profundo. Tuvo en ese estado sueños; en tanto veía á su mujer que se le aparecía como era cuando le acompañó á la última feria; la veía aún viva su rostro, sus ojos; la veía hablar y reír; en tanto sus hijos le aparecían como eran entonces, pequeñitos, uno envuelto en su abrigo, y el otro tomando el pecho. Y se veía á sí mismo, como él era entonces, alegre, joven, sentado y tocando la guitarra, en el portal de la posada, donde había sido detenido, y se acordaba del lugar infamante, donde le habían azotado, y del verdugo, y de la muchedumbre alrededor, y de los grilletes, y de los rematados y de los veintiseis años de presidio. Pensó en su vejez, y un pesar mortal dominó á Aksenof.

—Y todo esto, por ese bandido—pensó.

Se sentía dominado por una tal cólera contra Makar que quería en aquel mismo instante morir con tal de poderse vengar. Rezó toda la noche sin lograr calmarse. Al día siguiente, no se aproximó nunca á Makar Semionovich y tampoco le miró.

Así pasaron quince días. Por las noches Aksenof no podía dormir, y se sentía invadido por tal disgusto que no sabía donde meterse. Una vez, durante la noche, paseándose por la cárcel, notó que detrás de una de las camas, caía tierra. Detúvose para ver lo que era. De repente Makar Semionovich salió detrás de la cama y miró á Aksenof con expresión de espanto. Aksenof quiso pasar para no verle, pero Makar le cogió de la mano y le contó que estaba haciendo un agujero en la pared, y de que modo, todos los días, se llevaba la tierra en las botas para echarla en la calle, cuando les conducían al trabajo. Y añadió:

—Pero guarda silencio, viejo; te llevaré conmigo, y si hablas me [azotarán, pero tu me la pagarás; te mataré.

Al verse delante del que le había perdido, Aksenof tembló de cólera, retiró su mano y dijo:

—No tengo deseos de escapar, y tu no

tienes necesidad de matarme, me has matado hace ya tiempo. En cuanto á denunciarte ó no, Dios lo decidirá.

Al día siguiente, cuando conducían los penados al trabajo, notaron los soldados que Makar vaciaba las botas llenas de tierra; inspeccionaron la cárcel y encontraron el agujero. Llegó el jefe y preguntó quien lo había hecho. Todos negaban, los que lo sabían no querían delatar á Makar, pues no ignoraban que por esta causa, había de ser azotado hasta medio matarle.

Entonces, el jefe, se dirigió á Aksenof.

—Viejo—le dijo—tu que eres un hombre justo, dime ante Dios quien á hecho eso.

Makar Semionovich, permanecía impasible, mirando al jefe, sin volverse hacia Aksenof. En cuanto á éste, sus brazos y sus labios temblaron, sin poder proferir una sola palabra.

—¿Callarme?—pensaba—¿pero por qué perdonarle, puesto que él ha sido quien me ha perdido? Que me pague mi tortura. Hablar... Le azotarán hasta dejarte medio muerto. ¿Y si no es él? ¿Y además, me servirá esto de alivio?

El jefe repitió su pregunta Aksenof miró á Makar y dijo:

—No puedo decirlo, Vuestra Nobleza,

Dios no me permite que lo diga. Haced de mí lo que queráis. Vos sois el amo.

A pesar de todos los esfuerzos del jefe, Aksenof no dijo una sola palabra. Y no pudo saberse quien había hecho el agujero.

A la noche siguiente, cuando Aksenof, tendido en su cama de tablas, iba á dormirse, oyó que alguien se acercaba y se echaba á sus pies. Miró en la oscuridad y reconoció á Makar. Aksenof le dijo:

—¿Aún tienes necesidad de mí? ¿Qué haces ahí?

Makar Semionovich continuó callando. Aksenof se levantó á dijo:

—¿Qué quieres? Vete ó llamo al guardia.

Makar se inclinó hacia Aksenof casi hasta tocarle y le dijo en voz baja:

—Juan Demetrio, perdóname.

—¿De qué he de perdonarte?—preguntó Aksenof.

—Yo fui quien mató al comerciante, y yo quien puse el cuchillo en tu maleta. Quise matarte á tí también, pero en aquel momento hicieron ruido en el patio, y no tuve tiempo más que para guardar el cuchillo en tu maleta á escaparme.

Aksenof guardaba silencio y no sabía que decir.

Makar Semionovich bajó de la cama, se prosternó hasta tierra y dijo:

—Juan Demetrio, perdóname. En nombre de Dios perdóname. Voy á declarar que yo he sido quien mató al comerciante. Te devolverán la libertad y podrás irte á tu casa.

Y Aksenof dijo:

—Eso te es fácil de decir. Pero yo, yo he sufrido mucho tiempo aquí. ¿Dónde iré ahora? Mi mujer ha muerto. Mis hijos me han olvidado. Ya no tengo ninguna parte donde ir.

Makar permanecía trastornado.

Con la cabeza golpeaba la tierra diciendo:

—Juan Demetrio, perdóname. Cuando me azotaron con el knut no sufrí tanto dolor como sufro ahora... Y aún has tenido piedad de mí! No me has denunciado. Perdóname en nombre de Cristo. Perdona al malhechor maldito.

Y comenzó á sollozar.

Al oír los sollozos de Makar Semionovich. Aksenof se echó á llorar también y dijo:

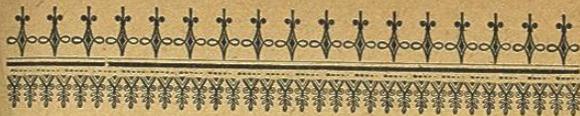
—¡Dios te perdonará! Acaso soy yo cien veces peor que tú.

Y sintió de repente que una alegría inundaba su alma. Dejó entonces de echar de

menos á su casa; ya no deseaba abandonar la cárcel y solo pensaba en su última hora.

Makar Semionovich no escuchó á Akse-
nof y se declaró culpable.

Cuando llegó la orden de poner en liber-
tad á Aksenof había éste muerto ya.



EL MUJIK PAKOM



¿Es necesaria mucha tierra
para un hombre?

I

LA hermana mayor ha llegado de la ciudad para visitar á la menor que vive en el campo. La mayor, está casada con un comerciante de la ciudad, y la menor con un mujik del campo. La mayor, empieza á alabar su existencia en la ciudad; cuenta lo holgada que es su vida, lo elegantemente que viste, y como visten sus hijos, lo que

come y bebe, y los paseos y teatros á que concurre.

La menor se ve humillada y empieza á rebajar la vida de un comerciante y á realzar la suya, la de una campesina.

—No cambiaría— dice — mi condición por la tuya; aunque nuestra vida sea triste para nosotros, no conocemos el temor. Vivís con mayor lujo que nosotros, pero á veces ganáis mucho, y á veces lo perdéis todo. Y el proverbio dice: «La pérdida es muy buena hermana del beneficio.» Sucede que hoy eres rica, que mañana has de pedir limosna. Nuestra existencia es más segura.

El mujik, tiene el vientre estrecho pero largo; jamás seremos ricos, pero nunca nos faltará que comer.

La mayor, empezó á decir:

—Sí, pero viviendo entre cerdos y terneras. Sin buenos mcdales, ni comodidades, á pesar de todo el trabajo de tu marido. Lo mismo que vivís entre la suciedad, moriréis, y la misma suerte espera á vuestros hijos.

—Eso—dijo la menor—el oficio lo exige. Pero por lo mismo, nuestra vida es estable, cuando poseemos tierras. No nos inclinamos ante nadie y á nadie tememos. Hoy, todo va bien, pero mañana vendrá el diablo, que tentará á tu marido, con las cartas, con

el vino, ó con las queridas, y todo irá mal. ¿Qué de malo no ha de ocurrir con esas cosas?

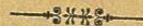
Pakom, el marido, sentado junto á la chimenea, escuchaba la charla de las babas.

—Esa es la verdad—dijo—cuando desde la infancia removemos la tierra que nos sostiene, no pensamos gran cosa en futilidades. La única desgracia, es no tener mucha tierra. Si yo poseyera toda la que quiero, no tendría miedo de nadie, ni aún del diablo.

Las babas, después de haber tomado el té, hablaron un rato de tocados, arreglaron la vagilla, y después se fueron á acostar.

Y el diablo, que estaba sentado detrás de la chimenea, lo escuchaba todo. Alegrábase de que la mujer del campesino hubiese conducido á su marido hasta desafiarle. ¿No se había alabado de que si tuviese terrenos, ni el mismo diablo se los quitaría?

—Está bien—pensó—ya nos veremos los dos. Le daré muchos terrenos. por ahí te cogere.



II

Al lado del mujik, vivía una modesta barinia, que poseía unas ciento veinte deciatinas (como treinta hectáreas) de terreno. Vivía en buen acuerdo con los mujiks y no hacía daño á nadie, cuando tomó por administrador á un soldado retirado, que comenzó á esquilmar con multas á los mujiks.

A pesar de todas las precauciones de Pakom, ya es su caballo que se aventura en los campos de arena, ya es la vaca que penetra en el jardín, ó los terneros que van al prado, en fin, por cualquier cosa, multa.

Pakom, pagaba y juraba, y golpeaba á los suyos. Durante aquel verano, le hizo sufrir mucho el gerente. Con verdadero placer, vió la vuelta de la época de encerrar el ganado, aunque le asustase la idea de tenerle que sostener; por lo menos, no tenía que temer; las multas y estaba más tranquilo.

Durante el invierno, corrió el rumor de que la barinia vendía sus tierras, y que el vornik de la carretera quería comprarlas.

La noticia impresionó á los mujiks.

—¡Psé!—pensaba—si las tierras caen en

el poder del vornik, las multas serán aún mayores que ahora.

Los mujiks, el *mir* entero, (asociación de jefes de familia) fueron á casa de la barinia para rogarle que no las vendiese al vornik, sino á ellos mismos, prometiendo pagarlas más caras. La barinia consintió. Entonces, los mujiks se concretaron para comprar las tierras por el *mir*. Se reunieron una, dos veces, y el negocio no adelantaba. El diablo los dividía. No podían entenderse. Finalmente decidieron comprar cada uno su parte en la medida de sus recursos. La barinia consintió.

Pakom supo que su vecino había comprado veinte deciatinas á la barinia y que éste le había concedido el que pudiese pagar la mitad del precio por anualidades. Pakom sintió celos.

—Comprarán—pensó—toda la tierra, y yo me quedaré sin nada.

Consultó con su mujer.

—Todo el mundo compra, y es preciso—dijo—que adquiramos también una docena de deciatinas; de otro modo, no podemos vivir; ese gerente nos ha arruinado con sus multas.

Reflexionó sobre la manera de hacer la compra.

Tenía cien rublos de economías. Vendiendo los pollos y una mitad de las colmenas, colocando á su hijo como mozo en una hacienda, pudo reunir la mitad de la suma.

Cogió el dinero Pakom, escogió una quincena de deciatinas de tierra, con un pequeño bosque, y se fué á casa de la barinia, para hacer el negocio. Compró las quince deciatinas y dejó una parte á cuenta. Fueron á la ciudad para firmar la escritura, entregó la mitad de la suma al contado, y en cuanto al resto se comprometió á pagarlo en dos años. Y Pakom, quedó dueño de la tierra.

Pidió prestado más dinero á su cuñado, para comprar granos. Sembró la tierra que acababa de adquirir y el año se presentó bien. En un solo plazo pagó su deuda á la barinia y á su cuñado. Y de ese modo, se convirtió Pakom en un verdadero pomestchik. La tierra que labraba y sembraba, era suya. Suya en la que segaba el heno; suya en la que criaba el ganado; y los pinos que cortaba, eran de su bosque.

Cuando Pakom va á labrar su tierra, cuando va á ver el aspecto de sus sembrados, siente trasportes de alegría. y la yerba le parece de otro modo. Y las flores; cree que florecen mejor. Le parecía antes, cuando pasaba por esa tierra, que era lo que una

tierra debe ser, pero ahora le parece cosa muy distinta.

III

Así vivía Pacom completamente feliz. Todo iba bien. Pero hé aquí que los mujiks, comenzaron á hacer frecuentes invasiones en los trigos y los prados de Pakom. Le suplicaba él que cesaran, pero ellos continuaban. Ya eran los pastores que dejaban entrar las vacas en los prados, ya eran los caballos que penetraban en los trigos. Y Pakom, los echaba y perdonaba, sin querer recurrir á la justicia.

Acabó por enfadarse. Y fué á presentar una denuncia al tribunal municipal. El sabía perfectamente que los mujiks proceden así, no por mala intención, sino á causa de su estrechez; pensaba:

—No debo, sin embargo, perdonar siempre, sino se me lo quedarán todo. Es preciso hacer un escarmiento.

Hizo el primer ejemplo. Hizo el segundo ejemplo, llevando ante el tribunal á otro mujik.

Los mujiks vecinos, se incomodaron contra Pakom, y desde entonces, enviaron expreso á pacer á sus animales en sus tierras. Una noche, uno cualesquiera, fué al bosquecito y cortó una docena de tilos. Al atravesar el bosque, Pakom vió algo blanco, aproximóse y vió por tierra los tilos descortezados. No quedaba de ellos más que las ramas. ¡Si hubiera cortado únicamente los árboles de la linde, si al menos hubiese dejado uno solo! Pero el bandido los había destruido todos.

Pakom se indignó.

—¡Ah! si supiera—pensaba—quien lo ha hecho, me vengaría.

Trató de averiguar quien podría ser, y creyó que únicamente Siomka era capaz de aquello. Fué á ver, disimuladamente, el patio de quien sospechaba, pero nada encontró. Disputó con Siomka, y se persuadió aún más de que no podía ser otro quien diera el golpe. Le citó ante la justicia. Le instruyó causa ante el tribunal. Le pronunció sentencia y el mujik fué absoluto por falta de pruebas.

Pakom, sólo consiguió irritarse más. Discutió con el storchina (el alcalde) y con el juež.

—Vosotros—dijo—vosotros sosteneis á

los ladrones. Si cumpliéseis vuestro deber, no absolveríais á los que roban.

Se incomodó también con sus vecinos. Acabaron por amenazarle con el gallo rojo. Pakom podía entonces vivir con su tierra holgadamente, pero mal visto de los mujiks, no se sentía bien en el *mir*.

Corrió el rumor en aquellos días de que el pueblo emigraba.

—¡Ah! yo,—pensó Pakom—no tengo necesidad de abandonar mi tierra; y si algunos se marchan, más espacio nos quedaría. Tomaría sus tierras y las añadiría á las mías, y de ese modo viviría mejor, pues cada vez me siento más estrecho.

Un día que Pakom estaba en casa, un viandante, un mujik entró. Le dejaron pasar la noche, le dieron de comer, y le preguntaron luego donde le llevaba Dios. Contestó el mujik que venía de allá bajo, del Volga, donde ha trabajado. Poco á poco el mujik fué contando del modo que emigró el pueblo. Los suyos se han establecido allí, se han escrito en el municipio, y les han distribuido diez deciatinas de tierra á cada uno.

—Y la tierra es de tal fertilidad que cuando se siembra, se hacen las mieses tan altas que los caballos no se ven en el campo.

Cinco puñados de espigas, hacen un haz. Un mujik pobre del todo, que llegó con sus brazos desnudos, tiene ahora cincuenta deciatinas de trigo. El único año ha sacado de la cosecha cinco mil rublos.

Y Pakom pensaba con el corazón inflamado:

—¿Porqué pues vivir aquí en la estrechez, cuando allá se puede vivir bien? Venderé la tierra y la casa, y con el dinero edificaré una allá abajo y me estableceré. Que darse aquí, sería un pecado. Pero debo ir á informarme personalmente.

Hacia el verano, preparóse y partió. Yhosta Samara bajó el Volga en un vapor, después hizo cuatrocientas verstas á pie. Llegó al término de su viaje. Era lo que le habían dicho.

Los mujiks viven cómodamente. La municipalidad muy hospitalaria, da á cada uno diez deciatinas. Y el que trae dinero, puede, además de la tierra concedida temporalmente, comprar á perpetuidad, á razón de tres rublos la deciatina, de la tierra mejor. Se puede comprar cuanto se quiera.

Pakom se enteró de todo esto, volvió á su casa por el otoño y puso en venta todos sus bienes. Vendió á buen precio sus tierras, y la casa, el ganado lo hizo borrar del mu-

nicipio, esperó la primavera, y se fué con su familia hacia el nuevo país.

IV

Llegó al nuevo país con su familia, y se inscribió en un pueblo grande. Convidó á beber á los ancianos y puso sus cosas en orden. Recibió, por haberle sido concedidas por cinco años cincuenta deciatinas de terreno en diferentes campos, sin contar los pastos. Edificó su casa, adquirió ganado, y se halló en posesión, nada más que en tierras concedidas, del doble de lo que antes tenía; y tierras fértiles. Su vida, en comparación con la que llevaba en su país, es diez veces mucho mejor: tierras de labor y pastos, tiene cuantas quiere.

Al principio, mientras edificaba y se establecía, todo le parecía hermoso; pero cuando hubo pasado algún tiempo allí, le pareció hallarse también estrecho. Deseaba Pakom sembrar, como los otros, el trigo turco. Y terrenos de trigo había pocos en la concesión. Para estos son muchos los sollicitadores, y no hay bastante para todo el mundo. Los más ricos quieren trabajarla ellos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Addo. 1625 MONTERREY, MEXICO

mismos; y los más pobres, para pagar las contribuciones, las venden á los comerciantes.

El primer año, Pakom, sembró trigo viejo en su concesión, y fué bien, pero quería sembrar mucho y tenía poca tierra; y la que tenía no era muy buena para aquello, y la deseaba mejor. Fué á casa del comerciante á arrendar tierra por un año. Sembróla, fué bien, pero estaba lejos del pueblo. Distaba unas quince verstas.

Advirtió que en aquel país, los comerciantes mujiks, tenían casas de campo y se enriquecían.

—Eso me pasaría á mí—pensó—si hubiese podido comprar tierra á perpetuidad, y hacerme una casa de campo. Todo eso sería mío.

Y pensaba en el modo de adquirir tierras á perpetuidad.

De esta manera vivió cinco años. Arrendaba tierras, y sembraba trigo. Las cosechas eran buenas, y ganaba dinero. Sólo tenía que ir viviendo, pero le molestaba tener que arrendar anualmente las tierras: era aquello fastidioso donde está la buena tierra, va el mujik y la toma. Si no se llega á tiempo, no hay donde sembrar. O bien, otra vez se arreglaba con los comerciantes para

arrendar un campo de los mujiks; ya lo tenía trabajado, cuando los mujiks lo reclamaban ante la justicia y todo el trabajo se perdía. Si la tierra fuese suya, no tendría que rebajarse ante nadie y todo iría bien.

Y se enteró Pakom de donde podía comprar tierra á perpetuidad. Y encontró á un mujik que poseía quinientas deciatinas y las vendía baratas por haberse arruinado. Encarose con él Pakom, discutió y se arreglaron por mil quinientos rublos, mitad al contado y mitad á plazos.

Estaban ya de acuerdo, cuando un día, un viandante, un comerciante, se detuvo en casa de Pakom para dar de comer á sus caballos. Tomaron el té, hablaron y el comerciante contó que venía del país de los Baschkirs (1). Allí, decía, que había comprado cinco mil deciatinas por mil rublos.

Pakom preguntaba y contestaba el comerciante.

—Para conseguir esto, sólo he tenido que poner de mi parte á los ancianos. Les he regalado algunas ropas, alfombras por valor de algunos rublos, una caja de té y he ofrecido de beber á quien quería. Y me han dado las tierras á veinte kopeks la deciatina.

(1) Nómadas asiáticos, que habitan la estepa del Ural.

Y enseñaba la escritura de venta.

—La tierra—continuaba diciendo—está situada al lado de un riachuelo, y en todas partes crecen los cereales.

Pakom no cesaba de preguntar como y porqué.

—No se puede—decía el comerciante—dar la vuelta á la tierra en un año.

Todo pertenece á los Baschkirs, esas gentes que son sencillas como borregos; se podría conseguirla por nada.

—¡Ah!—pensó Pakom—¿para qué comprar con los mil rublos quinientas deciatinas y cargarme todavía con la deuda, cuando con ese dinero, puedo adquirir Dios sabe cuantas?

V

Informóse Pakom del camino que había de seguir y cuando hubo despedido al comerciante, preparóse para marchar también. Dejó la casa al cuidado de su mujer y partir con su criado. Fué ante todo á la ciudad. Compró una caja de té, regalos, vino y todo lo que el comerciante le había dicho.

Se iban, se iban. Ya habían caminado

quinientas verstas. El séptimo día, llegaron á un campamento de baschkirs. Todo pasa como ha dicho el comerciante. Se quedaron los dos en la estepa, cerca del riachuelo, en las *kibitki* (1) de lana. No cultivaban, ni comían pan, pero paseaban en la estepa sus caballos y su rebaño.

Detrás de las tiendas están los pollinos, dos veces al día se les llevan las madres; se ordeñan las yeguas y con su leche se hace el *kumiss*. Las babas trabajan el *kumiss* y hacen queso. Los mujiks no hacen otra cosa sino beber *kumiss* y té, comer cordero y tocar la flauta. Todos están relucientes de puro gordos, alegres y en continua fiesta. Este pueblo es completamente ignorante, no conoce el ruso, pero es muy afable.

Al ver á Pakom, los baschkirs salieron de sus *kibitki* y rodearon al extranjero. Había entre ellos un intérprete, y Pakom le dijo que había ido para comprar tierras. Los baschkirs le obsequiaron y le condujeron á una linda tienda, donde le hicieron sentar sobre cojines de pluma y le dieron á beber té y *kumiss*. Se sacrificó un cordero y se le dió de comer.

Pakom sacó los regalos de un *taran-*

(1) Tiendas nomadas.

tass (1) y los repartió entre los *baschkirs*. Estos recibieron gran contento y *cuchichearon* largo rato, dando luego orden al intérprete de que tradujera sus palabras.

—Se me ordena decir,—dijo el intérprete—que te han tomado cariño y que nosotros tenemos por costumbre tratar á nuestros huéspedes lo mejor que nos es posible, devolviendo regalo por regalo. Tú nos has dado presentes, y ahora queremos que nos digas lo que deseas; te lo daremos en cambio.

—Vuestra tierra es lo que más me gusta. En nuestras poblaciones vivimos más personas de las que la tierra puede alimentar al paso que aquí el suelo es fértil. Nunca he visto cosa semejante.

El intérprete lo tradujo. Los *baschkirs* hablan, hablan. *Pakom* no entiende lo que dicen; ve que están muy alegres, que gritan y ríen. Luego se callan, miran á *Pakom* y el intérprete dice:

—Se me ha ordenado decir que por tu generosidad se ha acordado darte tanto terreno como quieras. Señala con el dedo el que desees y se te dará.

Los *baschkirs* volvieron á hablar y á

(1) Coche de viaje.

discutir. Y *Pakom* preguntó: ¿Qué hablan? Y el intérprete respondió:

—Unos dicen que es preciso consultar el caso con el *Sfarschina* y los otros sostienen que puede prescindirse de su consejo.

VI

Cuando los *baschkirs* estaban más engolfados en la discusión apareció un hombre que cubría su cabeza con un gorro de piel de zorra. Todos callaron y se pusieron en pie.

—Es el *starschina*,—dijo el intérprete.

Pakom se apresuró á coger la más rica tela de las que había comprado y se la ofreció al *starschina*, al propio tiempo que cinco libras de té. El *starschina* aceptó el regalo y ocupó el puesto de preferencia. Los *baschkirs* le dijeron el asunto que estaban discutiendo. El *starschina* escuchaba, escuchaba. Sonrió y se puso á hablar en ruso.

—Pues bien, dijo, vea. Hay mucho terreno; elige el que quieras.

—¿Que coja el que quiera? pensaba *Pakom*. No, no, es preciso que se me haga la cesión de un modo regular porque sino me

dirán «Eso es tuyo» y luego me lo quitarán.

Y dijo el starschina:

—Os agradezco vuestro precioso ofrecimiento. Tenéis mucha tierra y á mi no me hace falta mucha. Se trata únicamente de saber que tierra me pertenecerá. Debemos buscar un modo de limitarla, y de regularizarla, porque todos somos mortales. Vosotros me la dáis, pero bien puede suceder que vuestros hijos me la quiten.

El starschina se echó á reir.

—Sea, dijo. Nos arreglaremos de modo que la cesión sea completamente legal.

Y Pakom dijo:

—Yo he oído decir que en una ocasión llegó á estas tierras un comerciante. Vosotros le disteis también terreno, pero luego le hicisteis una especie de escritura y quiero también me la hagáis á mí.

El starschina comprendió.

—Sea,—dijo,—tenemos un *pissar* (1). Iremos á la ciudad á legalizar la cesión, poniendo todos los sellos que sean precisos.

—¿Y cual será el precio?

—Nuestro precio es único; mil rublos por una jornada.

(1) Especie de escriba.

Pakom no comprendía este modo de contar por jornadas.

—¿Cuánto terreno me daréis?

—No podemos precisarlo. Nosotros sólo vendemos una jornada de terreno. Toda la tierra que des la vuelta en un día, caminando á pie, será para tí. Y el precio de la jornada es de mil rublos.

Pakom se admiró.

—¡En un día—dijo,—se puede recorrer mucha tierra!

El starschina rió.

—¡Toda la que recorrerás será para tí! pero con una condición:

Si antes de que el sol se ponga no has vuelto al punto de partida, pierdes el dinero.

—¿Y como—dijo Pakom—amojonaremos toda la tierra que yo recorra?

—Nos pondremos en los sitios que tú indiques. Estaremos allí, y tú vas á dar la vuelta. Nuestros criados te seguirán á caballo y en los sitios que tú indiques pondrán jalones. Luego uniremos los jalones haciendo surcos con el arado. Puedes dar una vuelta tan grande como te plazca. Pero no olvides que antes de que el sol se ponga has de volver al punto de partida.

Pakom aceptó el trato. Se decidió que se pondría en camino al día siguiente en cuan-

to rompiera el alba. Se siguió conversando, se bebió kumiss, se comió cordero y se tomó té. Se hizo acostar á Pakon en un colchón de plumas y los baschkirs se retiraron después de haber prometido reunirse á la mañana siguiente, al salir el sol.

VII

Pakon se acostó sobre el colchón de pluma, pero no pudo dormir. Tenía fija la idea de la tierra que iba á adquirir.

—Cuantas cosas he hecho aquí—pensaba—me voy á adquirir una gran cantidad de tierra. En una jornada bien puedo recorrer cincuenta verstas; la jornada en esta estación es larga como un año. No tendré que inclinarme ante nadie, me compraré bueyes para dos carretas, tomaré criado, cultivaré la parte que más me agrada, y el resto lo destinaré para apacentar el rebaño.

Pakom no pudo dormir en toda la noche. Solo, al amanecer, se quedó adormilado, pero en seguida se le fué á despertar.

Se vió acostado en la misma tienda y oyó risas en la parte de afuera. Queriendo saber

quien reía de aquel modo, se levantó y salió de la tienda; vió al starschina en persona, sentado, sosteniéndose con ambas manos el vientre, y riendo á carcajadas. Acercóse y le dijo:

—¿Porque ríes?

Y vió que no era ya el starschina Barskir, sino el comerciante que había ido á su casa á hablarle de la tierra. Preguntó en seguida al comerciante si hacía mucho tiempo que estaba allí, y cuando esperaba la respuesta, vió que ya no era el comerciante sino el mismo mujik que había ido á verle. Y Pakom se apercibió de que ya no era el mujik sino el mismo diablo con sus cuernos y sus pies en ganchos que miraba algo. Y Pakom pensó:

—¿Qué mira, porque ríe?

Se acerca para ver y se encuentra con un hombre acostado con los pies descalzos, en camisa y calzoncillos, boca arriba, y blanco como una sábana. Le mira, y ve que aquel hombre es él mismo.

Pakom dice:

—¡Ah!

Y se despierta.

Se despierta y piensa:

—¡Bah! los sueños!

Abre los ojos y ve que ya clarea el día.

—Es necesario despertar á los otros y ponerse en camino.

Y Pakom se levanta, despierta á su criado que dormía en el tarantach y le da orden de enganchar; y fué á despertar á los baschkirs.

Estos se levantan, se reúnen y en seguida llega el starschina Beken Kumis, ofrecen té á Pakom, pero él no quería detenerse.

—Puesto que es necesario partir, partamos—decía—ya es hora.

Los baschkirs se reunieron, unos montaron á caballo, otros en tarantachs, y se pusieron en marcha. Pakom se instaló con su criado en su tarantach.

Llegaron á la estepa. Cuando el sol salía, subieron á una pequeña colina—en baschir schikhan.

Los baschirs se apearon de sus tarantachs y se reunieron en un solo grupo. El starschina se acercó á Pakom y mostrándole el país con la mano:

—Mira—decía—todo lo que ves nos pertenece. Elige la parte que más te agrade.

Los ojos de Pakom brillaron.

El starschina se quitó su gorro de piel de zorra y lo puso sobre la cumbre de la colina.

—Aquí—dijo—está el punto de partida.

Tu criado no se moverá de aquí. Entrega el dinero. Parte de aquí y vuelve aquí. La tierra que tu recorras será tuya.

Pakom sacó el dinero, lo echó en el gorro, se quitó el abrigo, no conservando otra prenda que su podiofka. Se apretó el cinturón, tomó un saquito con pan, se ató á la cintura una botellita con agua y se preparó para partir. Vacilaba no sabiendo qué dirección tomar, pero en seguida dijo:

—Todo el terreno es bueno, iré hacia el sitio donde el sol se levanta.

Se volvió hacia este sitio y esperó que el sol comenzara á salir. Pakom pensaba.

—No hay que perder tiempo. Con el fresco de la mañana, la marcha será más fácil.

Los baschkirs á caballo, estaban también aperebidos para ponerse en marcha siguiendo á Pakom. En cuanto el sol comenzó á salir, Pakom echó á andar por la estepa.

Caminaba con paso uniforme, ni lento ni rápido; caminó una versta y ordenó que pusieran un jalón. Continuó su marcha. Cuando tuvo los miembros ágiles, aceleró el paso.

Después de haber recorrido otra buena distancia ordenó que pusieran un nuevo jalón. Pakom se volvió: veía claramente la colina alumbrada por el sol y á las personas que en ella estaban.

Pakom calculó que había recorrido cinco verstas. Como sentía calor, se quitó la podiofka y continuó su camino. Recorrió otras cinco verstas. Hacía calor; miró al sol, ya era hora de desayunarse.

—Ya he hecho un cuarto de jornada. Todavía me quedan tres, aún no debo volver; pero voy á quitarme las botas.

Se sentó, descalzóse y prosiguió el camino. Se sentía animoso y pensaba:

—Voy á recorrer otras cinco verstas, y luego, giraré hacia la izquierda.

Continuó en línea recta. Se volvió y apenas se veía la colina, las personas que en ella había, se veían negras y diminutas como insectos.

—Es preciso volver—dijo Pakom—ya he recorrido bastante.

Estaba sudoroso y tenía sed. Pakom tomó la botella y bebió sin detenerse. Ordenó que pusieran otro jalón, y giró hacia la izquierda. Camina, camina, la yerba está muy crecida y hace calor. Pakom comienza á fatigarse. Mira al sol, y ve que es hora de comer.

—Es necesario reposar—piensa.

Pakom se detiene. Come un poco de pan, pero no se sienta. Está un momento detenido, respira y continua la marcha.

Empieza caminando lentamente. Sintióse fortalecido con la comida. Pero hacía mucho calor y tenía sueño. Pakom estaba mal.

—¡Bah! una hora de sufrimiento—pensaba—para ganar un siglo de dicha.

Pakom sigue marchando en línea recta hasta recorrer diez verstas; iba á volver hacia la izquierda, cuando vió un pantano.

—¡Qué lástima!—pensó—que quede eso fuera; aquí se cosechará buen lino.

Y continuó marchando en línea recta. De este modo, comprendió en su vuelta el pantano y plantó un jalón. Se volvió hacia la colina; las personas casi no se distinguían. Debía haber andado unas quince verstas.

—He hecho demasiado grandes los dos primeros lados—pensó—es preciso que este sea más corto.

Recorrió el tercer lado acelerando el paso. Miró al sol. Comenzaba á declinar. Pakom no había recorrido sino dos verstas del tercer lado; el límite estaba aún á unas quince verstas.

—Mi dominio no será regular—pensaba—pero es preciso ir al límite directamente. Ya tengo bastante tierra.

Y Pakom se dirigió hacia la colina.

VIII

Pakom dirigióse en derechura hacia Schikan, sintiéndose ya cansado. Corría, pero los pies le hacían daño. Los sentía muertos, como heridos; quisiera descansar, pero no debe hacerlo. No llegaría al fin antes de la puesta del sol. El sol no se espera. Parecióle caer como si alguien le empujase.

—Caramba—pensó Pakom—acaso me he equivocado ¿qué ha ocurrido? ¿Qué será de mí si no llego al fin á tiempo? Está aún muy lejos y me siento rendido. ¡Con tal de que no haya perdido para nada mi dinero y mi fatiga! Es preciso hacer lo imposible.

Y echó á correr. Despellejóse los pies hasta hacerse sangre, pero seguía corriendo; corrió, corrió, pero el fin estaba lejos. Arrojó su podiofka, las botas, la botella, la gorra.

—¡Ah! — pensaba — he sido demasiado ambicioso. He estropeado el negocio. No podré llegar antes de la puesta del sol.

Y el miedo le cortó la respiración. Continuó corriendo; el sudor empapaba su piel, la camisa y los calzones. La boca la tenía

seca. El pecho se levantaba como una fragua, su corazón latía como un martillo y ya no sentía los pies. Desfallecía. No pensaba ya en la tierra. Su único pensamiento era no morir de fatiga. Tiene miedo de morir, pero no puede detenerse.

—Después de tanto corrido—pensó—si me detengo ahora, me tratarán de imbécil.

Oyó á los baschkirs silvar, gritar, y al oírlos, nuevo ardor inflamó su corazón.

Consumió corriendo sus últimas fuerzas, y el sol parecía precipitar su marcha expresamente. Y el fin no está muy lejos. Veía ya Pakom á las gentes sobre la colina, haciéndole señas con la mano para que se diese prisa. Vió también la gorra por el suelo, con el dinero, y vió al starchina sentado en tierra sujetándose el vientre con las dos manos; y se acordó de su sueño.

—Hay mucha tierra—pensó—¿me permitirá Dios vivir? Yo mismo me he perdido.

Y continuó corriendo. Miró al sol; estaba rojo, agrandado y se aproximaba á la tierra; una parte ya se hallaba oculta. Cuando Pakom llegaba á todo correr á la colina, el sol se había puesto.

Exhaló un ¡ah! y pensó que todo estaba perdido, pero acordóse de que si él, de abajo, no veía el sol, no por eso el astro se ha-

bía puesto, para aquellos que estaban en lo alto de la colina.

Subió rápidamente. Vió la gorra. ¡Ahí está! Dió un paso en falso, cayó y con la mano tocó la gorra.

—¡Bravo, valiente!—exclamó el starchina—has ganado mucha tierra.

El criado de Pakom acudió y quiso levantarle, pero vió que la sangre brotaba de su boca.

Estaba muerto. Y el starchina encogiéndose volvió á sujetarse el vientre con las dos manos.

...Irguióse el starchina, levantó del suelo una azada y se la echó al criado.

—Ahí tienes, entiérrale.

Todos los baschkirs levantáronse y se retiraron.

El criado quedó solo. Abrió una fosa para Pakom de la longitud de los pies á la cabeza: Siete palmos; y le enterró.



FUEGO QUE ARDE NO SE APAGA

I

VIVÍA en el campo un labriego llamado Juan Cherbakof. Era dichoso. Conservaba aún todas sus fuerzas, y pasaba por el primer trabajador de la aldea. Además tenía tres hijos que le ayudaban, uno casado otro en relaciones para casarse y el tercero un adolescente que comenzaba ya á trabajar la tierra.

La «vieja» de Juan era una baba inteligente y buena ama de su casa. La nuera, por su parte, era tan dulce como trabajado-

ra. En la casa no había más boca inútil que la del padre enfermo (estaba asmático y apenas si se movía de la chimenea.)

La abundancia reinaba en casa de Juan. Se veían tres caballos, un pollino, una vaca con su ternero y quince carneros. Las babas trabajaban en su habitación y cosían ellas mismas el calzado y los vestidos de los mujiks. En el armario había más pan del que era preciso para esperar la nueva hornada. Con la avena tenían bastante para pagar todos los impuestos y subvenir á las necesidades de la casa.

Juan Cherbakof no tenía más que ir viendo con sus hijos. Desgraciadamente cerca de su casa se encontraba la de su vecino Gabrilo el cojo, hijo de Gordei Ivanof; el odio se había mezclado entre ellos.

En el tiempo en que el viejo Gordei vivía aún y que el padre de Juan dirigía sus negocios, los mujiks mantenían relaciones de buenos vecinos. ¿Necesitaban las babas un cedazo ó una sarten? ¿Los hombres una rueda de recambio? Enviaban por ellas de una casa á la otra y se favorecían mutuamente, como debe ser. Si un ternero escapaba, se contentaban con echarle, diciendo:

—No le dejéis venir por aquí, pues aún no hemos recogido las mieses.

Ocultarle ó encerrarle en el establo, eso nunca había ocurrido.

Así es como iban las cosas, en tiempo de los viejos, pero cuando los jóvenes les sucedieron, cambiaron por completo las relaciones.

Una futesa fué la causa de todo. La gallina de la nuera de Juan comenzó á poner muy pronto; la joven recogía los huevos para la Semana Santa. Encontraba diariamente un huevo en el patio, en un rincón de la carreta. Sucedió que la gallina espantada sin duda por los niños, voló por encima de la valla y fué á poner á casa del vecino.

La joven oyó coquear á su gallina y pensó:

—No tengo tiempo ahora, porque necesito arreglar la isba para la fiesta. Luego iré por el huevo.

Fué por la noche al patio y buscó por la carreta; no estaba el huevo. Preguntó á su suegra y á su cuñado si lo habían cogido.

—No—dijeron—no lo hemos cogido.

Y Taraska, el hermano pequeño dijo:

—Tu gallina ha puesto en el patio del vecino. Allí coqueaba y de allí ha venido.

La joven miró la gallina y la vió al lado del gallo, con los ojos medio cerrados, á punto de dormirse. Ella la hubiera pregun-

do donde había puesto, pero la gallina no le hubiese respondido.

Y fué la joven á casa del vecino. Salió la vieja á su encuentro.

—¿Qué quieres hija mía?

—Pues mirad, abuelita;—contestó—mi gallina, ha volado hoy aquí ¿no habrá puesto el huevo por algún rincón del patio?

— No hemos visto nada. Tenemos la nuestra, que á Dios gracias, pone desde hace tiempo. Hemos recogido los huevos nuestros, con los agenos nada tenemos que ver. Nosotros, hija mía, no vamos á los patios á recoger huevos.

La joven se sintió ofendida. Dijo una palabra de más, la vecina dos, y una y otra se propararon de palabras. En aquel momento la mujer de Juan, que iba en busca de agua, se mezcló en la disputa. Entonces la mujer de Gabrilo salió también y comenzó á dirigir grandes reproches á su vecina, echándole en cara lo que había ocurrido y lo que no había ocurrido. Y la cuestión fué en aumento. Todos gritaban al mismo tiempo, esforzándose por decir dos palabras á la vez. Y las que salían de sus labios, eran otras tantas injurias.

—Y tu eres esto...

—Y tu eres aquello...

—Y tu eres una ladrona.

—Y tu eres una bribona, y á tu pobre suegro le matas de hambre y le dejas desnudo.

—Y tu eres una granuja que cogiste mi cedazo y lo has vendido. Te has quedado con mi palanca devuélvemela.

Empuñaron la palanca, derribaron el cubo del agua, se arrancaron los bonetes y se cogieron del moño.

Gabrilo que volvía del campo, tomó la defensa de su baba, al ver lo cual, Juan, salió con sus hijos y se mezcló en la lucha. Juan era un hombre robusto; arremetió contra todo el mundo y arrancó á Gabrilo un mechón de la barba. Acudió la gente, y con gran trabajo, pudo separarse á los combatientes.

De ahí vino la riña.

Gabrilo recogió los pelos de su barba, los envolvió en un papel y fué á pedir justicia ante el tribunal de la alcaldía.

—Yo no me he dejado la barba—decía—para que ese pillo de Juan venga á arrancarmela.

Y su mujer contaba, á quien la quería oír, que iban á sentenciar á Juan, y á enviarle á la Siberia; y su odio fué en aumento.

Desde el primer momento, el viejo había tratado de reconciliarles, pero los jóvenes no le escucharon.

—Es una necedad—les decía—lo que hacéis, de una sopera, hacéis una montaña. Reflexionad un momento; todo ese ruido por un huevo. ¿Los niños han cogido un huevo? ¡buen provecho les haga! En un huevo, no hay gran cosa; Dios, tiene para todo el mundo. ¿Y que la vieja ha pronunciado una palabra fea? Corrígela, enséñala á hablar mejor. Os habéis pegado. ¿A quién no sucede lo mismo? Vamos, haced las paces y que todo quede en palabras. Si os empeñáis en haceros daño, vosotros seréis los únicos que lo sufriréis.

Pero los jóvenes no escucharon al viejo. Lo que él decía—pensaban ellos—no era prudencia, sino temor de viejo.

Juan se negó á hacer las paces

—Yo—decía—no le he arrancado la barba. El mismo, pelo á pelo, se la ha ido arrancando; mientras que su hijo, me ha desgarrado la camisa; mirad.

Y fué á presentarse á la justicia.

Durante el proceso, la clavija de la carreta desapareció de casa de Gabrilo, y á propósito de ésto, su baba pronunció el nombre del hijo de Juan.

—Le hemos visto—dijo—pasar por la noche, por delante de la ventana y aproximarse á la carreta; y mi comadre me ha contado que lo ha visto en casa del tabernero ofreciéndole la clavija.

Volvieron á la justicia, y de casa en casa, diariamente, había disputas y batallas. Los niños repetían las injurias de los mayores, y las babas al encontrarse en el arroyo, lavando, manejaban menos las paletas que las lenguas, y cada vez eran mayores los improprios.

En un principio, los dos mujiks se habían limitado á calumniarse uno á otro, pero después, comenzaron á molestarse de otras mil maneras é iniciaron á sus mujeres y á sus hijos en los mismos procedimientos.

Y todo fué de mal en peor. Juan Cherbakof y Gabrilo el cojo, pidieron justicia á la asamblea del *mir*, al tribunal del Ayuntamiento, al juez de paz. No tardaron en cansar á todos los jueces. Ya era Gabrilo el que trataba de hacer multar á Juan; ya era Juan el que quería meter en la cárcel á Gabrilo. Y cuanto más se molestaban, mayor era su odio. Igual á dos perros que riñen, que cuanto más se muerden más se encolerizan: golpead á uno de ellos por detrás, cree éste que el otro le ha mordido y su furor aumenta;

así les ocurría á los dos mujiks. Acudían al tribunal, les castigaban ahora al uno, ahora al otro, con multas ó prisión, y cada vez, mayor era la rabia de uno contra otro. «Espera pues, que ya me la pagarás.»

Así fueron las cosas durante seis años.

El viejo era el único que desde la chimenea, repitiendo sus palabras, hablaba razonablemente.

—¿Qué hacéis, criaturas? dejad todas esas cosas. No comprendéis vuestros intereses. No os encarnicéis de esa manera con vuestro prójimo, porque eso, será peor. Cuanto más os escarnicéis, mayores serán vuestros padecimientos.

Pero nadie escuchaba las palabras del viejo.

Al sexto año, ocurrió una nueva querrela. Un día, en su casamiento, la nuera de Juan insultó á Gabrilo delante de todo el mundo, diciéndole que le habían encontrado con caballos que no eran suyos.

Gabrilo estaba borracho, y no se pudo contener; pegó á la baba. Le pegó del tal manera que esta, durante ocho días se vió obligada á guardar cama, y con la circunstancia agravante de que se hallaba en cinta.

Alegróse Juan. Fué con una denuncia ante el juez de instrucción.

—Ahora—pensó—ya me he desembarazado de mi vecino. Seguramente lo mandarán á Siberia.

Pero sufrió una verdadera decepción. El juez de instrucción no admitió la denuncia: habían ido á examinar á la baba y la hallaron levantada, sin una sola señal en el cuerpo.

Dirigióse Juan entonces á casa del juez de paz, que le envió al tribunal del ayuntamiento. Allí movióse tanto y tan bien, dando al pissar y al starchina medio cubo de vodka dulce, que consiguió hacer condenar á Gabrilo al castigo de las vergas.

El pissar leyó la sentencia á Gabrilo: «El tribunal condena al campesino Gabrilo Gordoi á ser condenado á veinte latigazos en las espaldas.

Juan, escuchaba también. Miró á Gabrilo ¿qué iba á hacer ahora?

Gabrilo, escuchó atentamente; después de haber oído la sentencia, quedóse blanco como un lienzo y salió al vestíbulo. Juan le siguió y cuando se dirigía hacia un caballo oyó que su enemigo decía:

— Está bien, haces azotar mis espaldas, y mis espaldas se calentarán, pero cuida que á tí no se te caliente algo peor.

Al oír estas palabras, Juan se volvió rápidamente hacia el juez:

—Juez equitativo, me amenaza con el incendio; escuchad lo que ha dicho delante de testigos.

Gabrilo fué llamado.

—¿Es verdad que has dicho eso?

—No he dicho nada. Azotadme, puesto que me habeis condenado. Bien veo que soy el único que ha de sufrir, aún que la razón está de mi parte, mientras que á él todo se le tolera.

Gabrilo quiso continuar, pero sus mejillas y sus labios temblaron de ira, y se volvió de cara á la pared.

El mismo juez se atemorizó al verle, «Tal vez, pensaba, medita una venganza contra su vecino, ó quizá piensa atacar contra su propia vida.»

Y el juez viejecillo dijo á los dos para evitar probables daños:

—Vaya, hermanos, reconciliaos, esto será lo mejor... Tu, hermano Gabrilo, ¿no sientes vergüenza de haber golpeado á una baba embarazada? Verdad es que Dios la ha preservado, pero si así no hubiera sido, ¿qué pecado hubiera caído sobre tu conciencia! ¿No es cierto? ¿No es muy cierto? Reconoce tu falta ante tu vecino, dale la mano y te perdonará. Si haces esto, modificaremos la sentencia.

Al oír esto el sacerdote tomó la palabra.

—Eso no puede ser, porque la conciliación según está previsto por el artículo 177 no ha lugar; esto es cosa juzgada, la sentencia es ejecutiva.

Pero el juez no le escuchaba.

—Bastante hemos hablado—dijo. El primer artículo, hermano, es este: «Es preciso ante todo obedecer á Dios y Dios ordena que vivamos en concordia.»

Comenzó nuevamente á aconsejar prudencia á los mujiks; ¡pero todo fué inútil; Gabrilo no quiso ceder.

—Yo,—decía— tengo ya medio siglo menos un año. Tengo un hijo casado y no quiero hacer daño á nadie, y en cambio, este maldito Juan ha hecho que se me condene; ¡y ahora quieren que vaya yo á pedirle perdón! ¡Pues bien, no! Juan se acordará de mí.

Y su voz temblaba de nuevo, y no pudo continuar.

Volvió la espalda y se fué.

Del tribunal á su casa había diez verstas; era muy tarde cuando Juan entró en su hogar. Las babas habían ido ya á buscar el baño.

Desaparejó el caballo y entró en la isba; nadie. Los hijos no habían vuelto del cam-

po. Las babas estaban aún con el ganado.

Juan se sentó en el banco y quedó pensativo. Se acordó de la palidez de Gabrilo al oír la sentencia, de como se había vuelto hacia la pared. El corazón se le oprimió. Tuvo un momento de arrepentimiento; si era él, Juan quien había hecho que se condenara su vecino. Tuvo piedad de Gabrilo.

Oyó al viejo que tosía y se movía, y que despues echando los pies fuera, bajó de la chimenea. El viejo bajó acercándose al banco, donde se sentó.

Este esfuerzo le había fatigado; tosió de nuevo y apoyó los codos sobre la mesa.

—¿Y del juicio, que ha resultado?— preguntó.

Juan respondió:

—Ha sido condenado á recibir veinte latigazos.

El viejo movió la cabeza.

—Es peligroso eso que tú has hecho. ¡Oh, qué peligro! No le haces daño á él, te lo haces tu mismo. Cuando la castiguen, ¿ganarás tu algo, dí?

—No volverá á hacerlo—respondió Juan.

—¿Qué es lo que no volverá á hacer?

¿Qué es lo que ha hecho él peor que tú?

Juan se enfureció:

—¿Cómo? ¿Qué ha hecho? ¿Pero no ha

querido matar á la baba? Y ahora, me amenaza con el incendio. ¿Queréis que lo aguante todo?

El viejo suspiró y dijo:

—Puesto que tu caminas por todas partes, Juan, mientras yo estoy aquí año tras año, crees que lo sabes todo y que yo no sé nada... No, no hijo mío, tu nada sabes. La cólera te ciega. Los pecados de los otros los tienes ante los ojos, y los tuyos no los ves. ¿El te ha hecho daño?... Pero si fuera él sólo á hacer daño, no habría tal daño. ¿Crees que el mal puede venir por sí solo? No. Cuando hay mal, dos tienen la culpa de él. Ves sus malas acciones y no ves las tuyas. Si él fuera malo y tu bueno, no habría mal. ¿Quién le ha arrancado la barba? ¿Quién se ha llevado la clavija? ¿Quien le ha llevado de tribunal en tribunal? Le echas á él la culpa de todo, y tu no eres mejor que él. Y esa es la causa del mal. No he vivido yo de esa manera, hijo mío. No es eso lo que te he enseñado. ¿Vivíamos de ese modo el padre de Gabrilo y yo? ¿Cómo vivíamos? Como buenos vecinos... ¿Qué él no tenía harina? La baba venía: Tío Frol, necesito harina. —Hija mía vé y coje cuanta necesites. ¿Qué no tenía á quien confiar sus caballos? —Juan encárgate de los caballos. Y si á mi

me faltaba alguna cosa, iba á buscarla á su casa, «Tío Gordei necesito esto ó aquello.» Tómalo, Frol. De este modo vivíamos nosotros y nos iba bien... Pero hoy ¿qué es lo que sucede? Un soldado nos hablaba entonces de la Plewna: ¿vuestra guerra? ¿no es peor que la de Plewna? ¿Es este, modo de vivir? ¡Oh, que pecado!... Tu, mujik que eres el jefe de la casa, eres el responsable de todo. ¿Porqué haces caso de las babas y de los chicos? Eso es vivir como perros. Ayer Taraska, ese mocosuelo, injurió á su tía Arina. ¿No se rie de su madre?... ¿Está bien eso? Tu serás el primero que sufras las consecuencias. Piensa un poco en tu alma... No se obra de ese modo. Tu me dices una injuria, yo te digo dos; tu me das un bofetón, yo te doy dos.—No, querido, Nuestro Señor, cuando bajó á la tierra, no nos enseñó eso. ¿Qué te dice una mala palabra? No le respondas, y él se avergonzará. Esto es lo que nos enseña Nuestro Señor: «Si alguno te abofetea una mejilla, preséntale la otra.» Hierre si crees que lo merezco. Esto es lo que Él nos ha ordenado; y no que seamos orgullosos. ¿Porqué guardas silencio? ¿No es cierto lo que digo?

Juan callaba y oía.

El viejo se encolerizó de suerte que tu-

vo que hacer un gran esfuerzo para serenarse. Después, dijo:

—Piensa que Jesucristo no bajó para enseñarnos el mal... Examina bien tu vida. ¿Te encuentras mejor ó peor, desde que ha empezado esa guerra? Piensa un poco en lo mucho que has gastado en jueces, viajes y alimento. Tienes hijos y no piensas que tu hacienda ha comenzado á destruirse, ¿Y por qué? Siempre por la misma causa; tu orgullo. El tiempo que necesitabas emplear para ir con tus hijos al campo á sembrar trigo, lo empleas en ir á casa del juez ó de un abogado, y no dedicas á la labranza ni un solo momento. No siembras oportunamente, y la tierra no nos da nada por nada. ¿Porqué no hemos tenido buena cosecha de avena? ¿Cuando la has sembrado? Querido hijo, no te ocupas más que de esos asuntos. Labra la tierra con tus hijos, quédate en casa. Si alguien te ofende, perdónale. Entonces tendrás tiempo para cuidar tu hacienda, y te encontrarás al mismo tiempo con el alma más serena.

Juan continuaba callando.

—Eso es cuanto tenía que decirte, Juan, Cree las palabras de un viejo. Anda, prepara el caballo, vuelve por el mismo camino al tribunal, retira la querella; después, maña-

na, ve á casa de Gabrilo, haz las paces con él, invítale á tu casa. Precisamente mañana es día de fiesta, (era la fiesta de la Natividad de la Virgen) prepara el samovar, compra bozka. Pon fin, á todos esos pecados, y que no se vuelva á hablar de ello. Da órdenes á la baba y á los niños.

Juan dió un suspiro. «Es cierto, pensaba, lo que dice el viejo». Se sentía azorado; pero no acertaba con el modo de hacer las paces.

Como si hubiera adivinado los pensamientos de su hijo, el viejo volvió á tomar la palabra y dijo:

—Vamos, Juan, no pierdas tiempo. Apaga el fuego en sus comienzos; si la llama crece, ya no podrás conseguirlo.

Algo más quería decir el viejo; pero no pudo, por que las babas entraron en la isba y comenzaron á charlatear. Ya sabían que Gabrilo estaba condenado y que había amenazado con el incendio. Hasta habían tenido tiempo de disputar en el campo con las babas de Gabrilo.

Refirieron como estas últimas, las habían amenazado con un miembro del tribunal, un juez, que según ellas, protegía á Gabrilo. Ahora iba á cambiar de aspecto el proceso, y el maestro de escuela, había ya dirigido

una súplica al mismo Czar. En esta súplica, se especificaba todo, sin olvidar la clavija ni nada. La mitad de los bienes de Juan iban á pasar á manos de Gabrilo.

Juan las escuchaba y su corazón se endurecía de nuevo. Ya no quería hacer las paces.

En la casa de un mujik acomodado hay siempre algo que hacer. Sin detenerse á charlar con las babas, salió de la isba.

Mientras que trabajaba, el sol se había ido poniendo y los niños estaban allí ya de vuelta del campo donde habían labrado la tierra para sembrar el trigo de invierno.

Juan interrogó á sus hijos sobre cosas del trabajo. Puso á un lado, para recomponerlo, un arnés destrozado; quiso hacer alguna cosa más, pero empezaba á anochecer. Lo dejó para el día siguiente y echó pienso á las bestias y abrió la puerta cochera para dejar paso á Taraska, que iba á salir con los caballos.

«Ya no hay más que hacer que cenar y acostarse», pensó Juan. Tomó el arnés roto y se dirigió á la isba. Se había olvidado de Gabrilo y de cuanto su padre le había dicho. Ya estaba en el vestíbulo, cuando oyó, detrás del seto á su vecino, que injuriaba á alguien con su voz enronquecida.

—¡Qué diablo!—gritaba Gabrilo—¡merece que se le mate!

Juan se detuvo. Escuchó atento, movió la cabeza y entró en la isba.

Entró en la isba. El fuego estaba ya encendido; la esposa estaba hilando, y la vieja preparaba la comida. El hijo mayor hacía lapti, el segundo, tenía un libro en la mano y Taraska se preparaba para salir.

—Todo estaría bien, y en orden la isba, si no fuera por ese maldito vecino.

Juan estaba de mal humor. Echó al gato del banco, regañó á las babas y enojado se sentó y se puso á remendar el arnés. Las palabras de Gabrilo no se le quitaban de la cabeza, sus amenazas en el tribunal y las palabras que acababa de pronunciar... «merece que le maten».

La vieja preparó la cena de Taraska, que comió, se puso su chuba, y el kaftan, tomó un trozo de pan y salió á la calle en busca de los caballos. Su hermano mayor, quería acompañarle; pero el mismo Juan se puso en pie y salió al portal.

La obscuridad, fuera, era completa. Nubes cubrían el cielo, y el viento silbaba. Juan salió, ayudó á su hijo á recoger los caballos, fustigó á los pollinos, se detuvo, miró y escuchó; Taraska se alejaba al galope, en

unión de otros mujiks de su edad, con los que salió del pueblo.

Juan estuvo parado algún tiempo cerca de la puerta cochera, sin conseguir quitar de su imaginación las palabras de Gabrilo:

—«Ten cuidado que no se te caliente á tí algo peor». Es hombre que no retrocede, —pensaba—el tiempo es seco y el viento fuerte. Puede escabullirse por alguna parte é incendiar, y después búscalo. ¡Ah, si yo le cogiera no se marcharía sin castigo!

Y este temor arraigaba tan profundamente en su cabeza que en vez de volver á la casa, franqueó la puerta cochera, ganó la calle y dió la vuelta á su isba.

—Voy á ir hasta el patio, ¿quien sabe? No hay que descuidarse.

Y Juan caminaba con paso regular, pegado á la tapia. Miró hácia el seto. Le había parecido que á la otra parte se movía algo. Una sombra que desapareció instantaneamente. Juan se detuvo y comprimó la respiración. Escucha y mira: Todo está tranquilo; nada sino el viento que agita las hojillas de los sauces y silba con furia. La obscuridad no permite ver nada; pero sus ojos acaban por habituarse á la sombra, y Juan empieza á ver bien. Está así algunos instantes, mira y no ve á nadie.

—Habré visto mal—se dijo,—pero voy á terminar la vuelta.

Y avanza á tientas sin hacer ruido. Marcha, marcha; de pronto, ve en el otro lado una cosa que brilla cerca del arado, y luego desaparece. Aquello fué como una co-razonada. Se detuvo y entonces vió que en el mismo sitio brillaba algo con mayor fuerza; vió distintamente á un hombre echado de bruces que encendía un haz de paja. El corazón de Juan se agitó en su pecho como un pájaro. Reunió sus fuerzas y se puso á recorrer á zancadas la distancia que le separaba del hombre. Sus pies no tocaban en el suelo.

—Te cojo *infraganti*—pensó.

Apenas había dado algunos pasos, cuando vió que un gran fuego comenzaba, pero no en el sitio en que habían brillado las chispas; era la paja del techo que ardía y la llama subía á las alturas.

Gabrilo estaba allí, se le veía por entero. Como un milano que se lanza contra una alondra. Juan se precipitó sobre el cojo.

—Voy á atarle—se dijo—no se me escapará.

Pero el cojo oyó sin duda los pasos; volvióse y de dónde sacó aquella ligereza el

cojo?—comenzó á saltar como una liebre á lo largo del patio.

—No te escaparás—exclamó Juan persiguiéndole.

Iba ya á cojerle por el cuello; pero Gabrilo se le escurrió de entre las manos, y cogió á Juan por los faldones de su ropa. Desgarróse la tela y Juan cayó.

—¡Y continuó su persecución.

Mientras se levantaba, Gabrilo había llegado cerca de su casa. Pero Juan le alcanzó y estaba á punto de agarrarle, cuando de pronto algo le aturdió, como si una piedra le hubiese dado en la cabeza. Era Gabrilo que cerca de su casa, había levantado una barra de madera de haya, y en el momento en que su adversario corría tras él, le había asestado un golpe con toda la fuerza.

El golpe le derribó. Vió treinta y seis luces; después todo se obscureció.

Cuando volvió en sí, Gabrilo ya no estaba allí.

La noche era clara como el día, y por el lado de su patio algo chisporroteaba y humeaba como una chimenea de vapor. Volvióse Juan; detrás de él, el establo de su casa ardía, y caían sobre la isba pajas encendidas.

—¿Pero que hacéis hermanos?—exclamó Juan.

Levantó las manos y las dejó caer sobre sus muslos.

—Pero lo único que tengo que hacer, es retirar el techo encendido y apagarle— pensó.

Quiso gritar, pero la respiración le faltó y no pudo proferir una palabra. Quiso correr pero sus piernas se enredaban, y no quisieron obedecerle. Arrastróse lentamente, dió dos pasos, tambaleó, y la respiración le faltó de nuevo. Detuvóse, recobró el sentido y volvió á marchar. Antes de que pudiera dar la vuelta al establo del fondo, y aproximarse al punto del incendio, el establo lateral estaba ardiendo á su vez. Un rincón de la casa ardía también, lo mismo que la puerta cochera; y de la isba brotaba á las alturas la llama. No se podía entrar en el patio.

Una muchedumbre acudió, pero imposible hacer nada. Los vecinos lleváronse el mobiliario y salvaron el ganado.

Del patio de Juan corrióse el incendio hacia el de Gabrilo, aumentó el viento, las llamas atravesaban la calle: la mitad de la aldea desapareció como barrida.

De la isba de Juan retiraron únicamente al viejo. Los demás escaparon como estaban. Aparte de los caballos sacados por la noche, hubieron de abandonarlo todo, el ganado se

quemó, las gallinas se quemaron en el gallinero; las carretas, los arados, los aperos, los cofres de las babas, el trigo en los graneros, todo fué consumido

En casa de Gabrilo consiguieron salvar el ganado y una parte del dinero.

El incendio duró toda la noche.

—¿Qué pasa, hermanos? No había más que retirar la paja y apagarla.

Pero cuando el techo de la isba cayó, penetró en lo más fuerte del incendio, cogió un poste ardiendo y lo sacó. Las babas al notarlo, le llamaban con grandes gritos. Pero él sacó su poste y volvió en busca de otro.

Tambaleóse y cayó en el fuego. Su hijo se lanzó en su socorro y le sacó de entre las llamas. Juan, tenía la barba, los cabellos, las manos y los vestidos abrasados; pero ni siquiera lo advertía.

—Es el pesar que le enloquece—decía la gente.

El incendio empezaba á decrecer, y Juan, continuaba en el mismo lugar repitiendo:

—Hermanos, ¿qué pasa? No había más que retirar la paja.

A la mañana siguiente, el estarosta envió á su hijo en busca de Juan.

—Tío Juan, tu padre se muere y pregunta por tí.

Juan había olvidado su padre y no comprendía lo que le decían.

—¿Qué padre? ¿Quién pregunta por mí? —exclamó.

—Quiere que vayas, se muere en nuestra isba. Ven, tío Juan.

Con gran trabajo acabó Juan por comprender y siguió al hijo del estarosta. Cuando sacaron al anciano, algunas pajas encendidas habían caído sobre él, habiéndole causado graves quemaduras. Le habían conducido á casa del estarosta que se hallaba en un barrio bastante lejano, donde el incendio no había llegado.

Cuando Juan llegó hallábase únicamente en la isba la anciana mujer del estarosta, con los niños, sentados junto á la chimenea. Los demás habían acudido al fuego. El viejo estaba tendido sobre un banco con una bujía en la mano y los ojos vueltos hacia la puerta.

Cuando Juan entró su padre hizo un movimiento. La vieja se aproximó á él y le anunció que su hijo estaba allí.

—Dile que se acerque más—dijo el anciano.

Y cuando Juan se halló á su lado le dijo:

—¿Conqué Juan. que te decía yo? ¿Quién

ha incendiado la aldea?

—El, abuelito—contestó Juan.—El ha sido; lo he cojido infraganti. Delante de mí ha prendido fuego al techo.,. no tuvo tiempo para quitar la paja encendida y estenderla á mis pies, sino nada hubiera ocurrido.

—Juan—dijo el anciano—voy á morir y tu morirás también. ¿Quién ha pecado?

Juan miró á su padre y guardó silencio. No podía decir una sola palabra.

—Dilo delante de Dios: ¿quién ha pecado? ¿Qué te había dicho yo?

Entonces fué cuando Juan volvió en sí. Su respiración se precipitó, cayó de rodillas delante de su padre, y deshaciéndose en lágrimas dijo:

—Yo he sido quien ha pecado, padrecito. Perdóname soy culpable ante ti y ante Dios.

El viejo agitó sus manos; tomó la vela con la mano izquierda, alzó la derecha sobre la frente de Juan y quiso hacer el signo de la cruz, pero no pudo lograrlo.

—¡Dios sea alabado, que Dios sea alabado!—dijo mirando de nuevo á su hijo...—
¡Juan! ¡Juan!

—¿Qué, padrecito?

—¿Qué será de nosotros ahora?

Juan seguía llorando.

—No sé padrecito, como viviremos ahora.
El viejo cerró los ojos y movió los labios.
Después reuniendo sus últimas fuerzas, abrió los ojos y murmuró:

—Viviréis bién, si sois justos; viviréis...

Calló el anciano. Después sonrió y dijo:

—Escucha Juan, no reveles quien ha sido el que ha incendiado las casas. Oculta el pecado del prójimo, y Dios te perdonará dos.

Y el anciano cogiendo la bujía con las dos manos, las juntó sobre su corazón, y dejó escapar un suspiro y murió.

Juan no denunció á Gabrilo y nadie supo como se produjo el incendio.

Y en el corazón de Juan no había ya rencor para Gabrilo, y este se sorprendía de que aquel no le denunciase. Primero tuvo miedo, después se tranquilizó. Los mujiks ya no se peleaban ni sus familias tampoco. Mientras que se reconstruían las casas, unos y otros vivían casi juntos en el mismo patio. Y Juan y Gabrilo se hallaron viviendo en el mismo nido. Vivieron ambos como buenos vecinos, como lo habían hecho sus antepasados.

Y se acordaba Juan Cherbakof, se acordaba sin cesar de las últimas palabras del viejo, y aquella enseñanza de Dios, «de que es preciso apagar el fuego al principio.» Y si

alguién te ha hecho un mal, no busques venganza, si no, trata de arreglarlo; y si alguien te dice una mala expresión, no contestes con una peor; sino al contrario, abstente de malas palabras, y enseña á tus babas y lá tus hijos á abstenerse también.

Y Juan Chertbakof, se encontró bien al seguir estos preceptos y vivió mejor que antes.





EL JUEZ DISCRETO



A Bauacas, emir de Argel, se le antojó averiguar por sí mismo, si era cierto que en la comarca en que mandaba, existía un juez tan hábil que fuese capaz en todas las ocasiones de descubrir la verdad, y no se dejase engañar de los más astutos bribones.

Para conseguirlo se disfrazó el emir de mercader y se encaminó hacia la ciudad donde vivía el juez de cuya fama le habían hablado.

Al entrar en la ciudad, se acercó un pobre á Bauacas y le pidió limosna, dióle el emir unas monedas y ya iba á proseguir su

camino, cuando tuvo que detenerse á instancias del pordiosero.

—Ya te he dado limosna. ¿Qué quieres ahora?

—Que me lleves á caballo hasta la plaza de la ciudad, y así no me atropellarán los caballos y camellos que pasen.

Accedió el emir, hizo subir al pordiosero á la grupa de su caballo, y lo condujo hasta el lugar señalado; pero una vez allí el pobre no se apeaba.

—¡Baja! ¿No ves que ya estamos en la plaza?

—¡Cómo, bajar! No bajaré, porque este caballo es mío, y si te empeñas en retenerlo contra mi voluntad, pediré justicia al juez.

La muchedumbre empezó á rodearles y al enterarse de la discusión, empezó á decir:

—Presentaos al juez, y él dirimirá la contienda.

Pareció al emir y al mendigo, bueno el consejo, y ambos se dirigieron á casa del juez.

Antes que aquel juicio celebrábase otro en el cual un sabio y un labriego, se disputaban la posesión de una mujer.

Oyó á uno y á otro el juez, y dijo después de reflexionar un momento:

—Que se quede la mujer aquí, y volved mañana vosotros.

Después de aquellos, presentáronse un carnicero y un comerciante en aceites, llevando cada cual las señales inequívocas de su oficio, manchas de sangre uno y de aceite el otro.

El primero llevaba dinero en la mano y el segundo con una de las suyas, sujetaba la del carnicero.

Decía éste:

—He ido á comprarle aceite á este hombre y cuando saqué la bolsa para pagarle, me cogió la mano para robarme, y en la misma forma nos presentamos ante tí: yo con la bolsa en la mano y él sujetándomela.

—¡Es falso!—replicó el comerciante de aceite.—Vino á hacer la compra de que habla, pero después me pidió que le cambiase una moneda de oro, y cuando me hallaba yo con el dinero en la mano, me lo quiso arrebatar, por eso cogilo y lo traje en esa forma hasta tu presencia.

El juez dijo:

—Esta bien, dejad el dinero aquí, y volved mañana.

Bauacas, al llegar su turno, contó lo que le había pasado con el mendigo, y después de oírle el juez, ordenó al pordiosero que diese su versión.

—Me hallaba á caballo, — empezó di-

ciendo éste—y me detuvo este hombre suplicándome que le dejase subir á la grupa hasta la plaza; le hice este favor, y cuando llegamos al sitio en que había de apearse se negó diciendo, que el caballo era suyo, lo cual es falso en absoluto.

El juez dijo:

—Dejad el caballo aquí, y volved mañana.

Una inmensa concurrencia acudió al día siguiente á casa del juez, para conocer las sentencias de éste.

De los contendientes los primeros en llegar fueron el sabio y el labriego.

—Toma á tu mujer,—dijo el juez, dirigiéndose al sabio—y al labriego que le den cincuenta azotes.

Cumplióse la sentencia, y mientras el sabio se marchaba con su esposa, el labriego era azotado ante el público.

Hizo después el juez llamar al carnicero.

—Toma ese dinero que te pertenece—le dijo—y al comerciante de aceite que le den cincuenta azotes.

Cumplida la sentencia, tocóles su vez al emir y al pordiosero.

—Contesta,—dijo á Bauacas.—Si vieras tu caballo entre otros veinte, ¿le reconocerías?

—Sí—repuso el emir.

—¿Y tú?—preguntó al mendigo.

—También,—contestó éste.

—Ven conmigo—exclamó el juez dirigiéndose á Bauacas.

Y juntos entraron en la cuadra, donde el falso mercader reconoció en seguida á su caballo que se hallaba entre otros veinte.

A la misma prueba fué sometido el mendigo, y de ella salió tan airoso como saliera el emir, señalando el mismo caballo.

Ocupó su puesto el juez y dijo hablando á Bauacas.

—Toma tu caballo. Y tú—añadió señalando al mendigo—recibirás cincuenta azotes.

Ya se marchaba el juez cuando Bauacas le detuvo.

—¿Qué pides?—preguntó al emir.—¿No te ha parecido bien mi sentencia?

—Estoy por el contrario muy satisfecho de ella; pero quisiera saber cómo has podido averiguar de quién eran la mujer, el dinero y el caballo.

—Supe á quien pertenecía la mujer, por que esta mañana la llamé y la dije: «Pon tinta en ese tintero», y en seguida lo cogió, limpiólo con cuidado y lo llenó de tinta, probando que estaba acostumbrada á hacerlo,

lo cual no hubiera ocurrido si fuese esposa del labriego. El sabio pues tenía razón.

El dinero, lo deposité en un vaso lleno de agua, y esta mañana la examiné cuidadosamente, para ver si sobrenadaba alguna lágrima de aceite, como debía suceder, si el dinero perteneciese al aceitero, pues indudablemente algo se hubiera impregnado con el contacto de sus manos. Estaba límpida y clara, y eso me probó que el dueño de aquellas monedas era el carnicero.

En el litigio de que tu eres parte, ya la cosa era más difícil, sobre todo después de haber reconocido el pordiosero como tú, al caballo entre otros veinte. Pero observé á quién reconocía, en cambio, el caballo. Cuando te aproximaste á él, volvió el animalito la cabeza y te miró, mientras que cuando se aproximó el mendigo y le tocó, bajó las orejas y levantó una pierna. Así fué como averigué que eres su legítimo dueño.

Cuando hubo terminado el juez dijo Bauacas:

—No soy mercader como tu crees, soy el emir Bauacas. Vine con el propósito de saber y ver por mis propios ojos, si era cierto lo que de ti se decía, y quedo convencido de que no exageraba la fama, pues eres un juez

discreto y hábil. Pídeme por lo tanto lo que quieras.

—No quiero ninguna recompensa—contestóle el juez—pues me creo bastante recompensado con la felicitación de mi emir.





LA GUERRA

I

VENGO de casa del coronel—me dijo el capitán Chlopoff, entrando en mi habitación, vestido con un capote con chareteras, y llevando un sable al costado, uniforme con el cual yo no le había visto desde mi llegada al Cáucaso.

—¿Para dónde?

—Para N.*** Allí se ha fijado la concentración de las tropas.

—¿Y en seguida se entrará en campaña?

—Sin duda; aunque nada se sabe de positivo.

La orden me ha sido transmitida ayer tarde en los términos siguientes. «El bata-

llón se pondrá en marcha mañana, llevando víveres para dos días». ¿Dónde vamos? ¿Cuánto tiempo durarán las operaciones? Esto es lo que no se sabe.

—¿Podré acompañaros?

—Seguramente. Pero ¿qué necesidad tenéis? ¿Queréis poner en peligro vuestra vida?

—Dispensadme, capitán; hace ya un mes que estoy esperando la ocasión, que por fin se me presenta: ¿queréis pues, que le deje pasar?

—¡Ya, ya! ¿Tenéis curiosidad por saber como se hace la guerra? Pero ahí tenéis los relatos de Makailovsky y Danilevski, donde encontraréis los detalles que buscáis.

—Lo que en esos libros se ha escrito es sólo un reflejo de la realidad.

—¿Queréis entonces contemplar los horrores sangrientos de la guerra?

Seguro de que el capitán no podía comprenderme, me abstuve de contestar á su pregunta. Entablé relaciones con él porque su madre á quien yo conocía me había dado un encargo para que se lo entregara. La buena señora era una modesta propietaria de mi país, y vivía en una casa próxima á la mía. Al tener que emprender el viaje fui á despedirme de ella y entonces

fué cuando, después de prodigarme mil obsequios, me suplicó que llevase á su Poschenka—así era como llamaba al viejo capitán—el encargo que me daba. Era éste un escapulario y al entregármelo, me dijo la buena mujer las siguientes frases:

—Llevádselo. Cuando se marchó tan lejos hice el juramento de enviarle este escapulario. Hace dieciocho años que la Virgen María tiene misericordia de él; conservándome sano y salvo, pues gracias á Dios se ha encontrado en algunas batallas, y está por la primera vez que ni aún siquiera haya sido herido levemente... Por lo demás, cuando sé algo de él es por conducto de otras personas; mi hijo no me habla nunca de sus campañas ni del trabajo que en ellas sufre por considerar que me podría causar algún pesar.

Bien sabía yo que el capitán había sido varias veces gravemente herido, pero se guardaba bien de comunicárselo á su madre por no darle ningún disgusto.

—Decidle que lleve este escapulario con él; la Virgen Santísima le reservará de la muerte y de todo daño.

—Cuando entregué al capitán el escapulario que le había enviado su madre, él, sin vacilar ni un momento, lo llevó piadosamente á sus labios, y después de besarlo,

lo envolvió cuidadosamente en un papel; luego, aproximándose á la ventana y ocupándose en rellenar su pipa lentamente, volvióse hacia mí exclamando:

—¡Mi buena vieja! ¿Me concederá Dios volver á ver á mi madre?

En estas sencillas palabras iba envuelto todo un mundo de tristezas y ternuras.

Al día siguiente, hacia las cuatro de la mañana, me despertó el capitán; vestía un uniforme bastante usado, sin charreteras, pantalones muy largos, y llevaba al costado un gran sable tcherkesse. Yo no le hice esperar mucho tiempo, y bien pronto estuvimos fuera, á cielo abierto.

El batallón estaba formado. Se adivinaba la línea metálica que formaban las bayonetas. Confusamente llegaba á nuestro oído el rumor de las canciones de los soldados, el batir de los tambores, y la magnífica voz del tenor de la sexta compañía, que tantas veces había alegrado las horas de nuestra permanencia en el fuerte.

El camino seguía el fondo de un valle al cual bordeaba un río que iba bastante crecido. Bandadas de palomas silvestres cruzaban por el espacio, parándose alguna que otra vez en los pedregosos ribazos, levantando luego el vuelo apresuradamente hasta que

desaparecían de la vista. El sol no había salido aún; pero en lo alto del valle, por la derecha, se dejaban ver ya las tintas blanquecinas de la aurora; los grillos y saltamontes y otros mil insectos, despertaban entre las hierbas, y henchían el aire con sus ruidos claros y continuados. Parecía que una multitud de minúsculas campanillas titilaban en nuestros oídos; se respiraban en el aire los efluvios del agua y de la hierba y en los murmullos de la Naturaleza, que despertaba, se disfrutaba el bienestar de una hermosa mañana de verano.

El capitán encendió su pipa con el auxilio del eslabón y la yesca; el olor del tabaco me pareció muy agradable. Habíamos tomado un atajo para reunirnos más pronto con el batallón. El capitán parecía estar más absorto en sus pensamientos que de costumbre; sus dientes no dejaban quieta un momento su pipa de Daguestán, y á cada instante espoleaba á su caballo, el cual se balanceaba de un lado á otro, dejando huellas casi invisibles de su paso por entre las crecidas hierbas.

Estábamos ya cerca del batallón, cuando sentimos detrás de nosotros el galope de un caballo, y casi al mismo tiempo fuimos alcanzados por un jinete, joven oficial, de

agradable presencia, y que lucía un vistoso gorro de astrakán blanco. Al pasar por nuestro lado sonrió, y saludó amistosamente al capitán. Me llamó la atención su hermosa presencia, su juventud y la sonrisa que dibujaron sus labios, apenas sombreados de un ligero bozo, cuando advirtió que le examinábamos.

—¿Donde irá tan de prisa?—murmuró el capitán malhumorado y sin soltar la pipa de entre los dientes.

—¿Quién es?—le pregunté.

—El subteniente Alanine, un oficial subalterno de mi compañía; acaba de salir de la escuela, y no hace un mes que se ha incorporado al batallón.

—¿Será ésta, sin duda, la primera acción de guerra de su carrera?

—Eso es; ya se conoce en su alegría—respondió el capitán, moviendo la cabeza filosóficamente.—¡Oh, juventud, juventud!

—¿Y porqué no ha de estar contento? Nada más natural que un oficial novicio encuentre esto muy interesante.

El capitán guardó silencio durante algunos minutos.

—¡Bien... es lo que yo digo!... ¡La juventud!—exclamó con voz de bajo.—¿Por qué alegrarse antes de haber visto? Eso es.

Cuando haya asistido á algunas acciones, en caso análogo, no estará tan contento como ahora. En este momento formamos parte del batallón una veintena de oficiales; algunos de nosotros morirá ó será herido en esta jornada, esto es seguro; hoy por ejemplo, seré yo, mañana él, otro día un tercero. ¿Qué tiene esto de alegre?

II

El sol alumbraba ya todo el valle; la neblina de la mañana se había disipado; hacía calor, los soldados, con el fusil al hombro y la mochila á la espalda, caminaban lentamente por el empolvado camino; se escuchaba el rumor de las conversaciones, mezcladas con risas y canciones populares; algunos oficiales subalternos marchaban al costado de la tropa, con la pipa en la boca, hablando entre ellos con gravedad.

Los carros, completamente cargados, rodaban lentamente, levantando una nube de polvo que envolvía á la columna.

Los oficiales cabalgaban á la cabeza. Algunos, fustigando á sus caballos, los lanz-

zaban á galope, parando después de una carrera á esperar á los soldados, que á pesar del calor, seguían entonando monotonamente una canción tras otra.

A la cabeza del destacamento marchaban un centenar de tártaros, capitaneados por un arrogante oficial, vestido con traje asiático. En el regimiento era conocido como uno de los más valientes.

Su uniforme y su lenguaje manifestaban el deseo de que se le tuviese por tártaro; hablaba, en efecto, un idioma que me era desconocido; pero comprendía que los tártaros, tampoco lo entendían.

Era uno de nuestros jóvenes oficiales, uno de esos valientes vasallos de Marleuski y de Lermontor, que no veían el Cáucase más que á través del prisma de «los héroes de nuestro tiempo.»

Vanidoso hasta el extremo, el subteniente gustaba de la sociedad de las mujeres distinguidas y de los grandes personajes; pero consideraba como un deber de su clase volver las espaldas á aquellos personajes con una grosería, á la verdad no bastante mitigada.

De vez en cuando salía de noche con dos ó tres tártaros fieles, á hacer alguna correría por la montaña, con objeto de espiar y

matar algunos tártaros facciosos; y aunque su corazón le decía que en esto no había nada de heroico, se creía en el caso de hacerlo, para mostrar su odio y su menosprecio por los hombres.

Dos objetos llevaba siempre consigo; un gran escapulario suspendido de su cuello y un gran puñal en banderola sobre su camisa roja. Estaba convencido de que los sentimientos de odio, de venganza y de menosprecio por la humanidad, eran sentimientos superiores y poéticos; pero su querida, una tcherkessa, me aseguraba que era el hombre más dulce y cariñoso del mundo, y que cada noche, después de haber arreglado sus cuentas, rogaba á Dios de rodillas.

¡Cuánto debía sufrir para llegar á parecer lo que él quería ser! Porque sus compañeros y sus soldados no estaban muy seguros respecto al carácter que, á toda costa, deseaba sostener.

Se llamaba Rosenkror; pero él hablaba con entusiasmo de sus orígenes que hacía remontar hasta los Varegas, demostrando tan claro como la luz del mediodía que sus abuelos y él eran rusos de pura sangre.

III

El sol había recorrido la mitad de su carrera y por la atmósfera enrarecida lanzaba sus rayos sobre la tierra seca; el cielo de un azul sombrío, aparecía limpio de toda nube; la parte baja de las montañas nevadas se vishumbraban envueltas por una ligera neblina; el espacio parecía lleno de una polvareda inmóvil y transparente; el calor seguía aumentando.

Llegamos á un riachuelo, á mitad de la jornada, y la columna hizo alto. Los soldados dejaron sus fusiles en pabellones, y corrieron al arroyo. El comandante sentóse sobre un tambor á la sombra, reflejándose en su semblante la importancia de su cargo, y se disponía á comer en compañía de algunos de sus oficiales; el capitán se tendió sobre la hierba, á la sombra de un furgón. El bravo subteniente Rosenkror, con otros oficiales jóvenes echados sobre sus capotes, se prepararon á celebrar su comida, para la que se veían preparadas buen número de botellas; y otros oficiales y soldados, reunidos en diferentes grupos, se aprestaban á lo

propio, mientras se oían por todas partes los aries de alegres canciones populares.

Entre los oficiales de uno de aquellos grupos encontrábase el joven subteniente que nos había alcanzado por la mañana; sus ojos brillaban de alegría, su lengua no estaba quieta un momento, ocupada con la charla alegre de joven despreocupado y expansivo. ¡Pobre niño! No comprendía que la franqueza y los entusiasmos que mostraba provocarían entre sus compañeros un sentimiento bien contrario al que él se imaginaba. Recostado sobre su capote, con los codos en tierra, y flotando al aire su negra cabellera, el nuevo oficial se mostraba arrogante y confiado con todos los entusiasmos de la juventud.

Dos oficiales sentados sobre un carro, jugaban al *durah* (1), sobre una malleta.

Yo escuchaba curiosamente las conversaciones de soldados y de oficiales. Examinaba atentamente la expresión de sus rostros, y no encontraba en ninguno de ellos la menor sombra de la inquietud que á mi me dominaba. Sus bromas y sus risas testimoniaban una indiferencia y un desprecio absolutos

(1) Juego de cartas.

del peligro inminente que les amenazaba.

Y, ciertamente muchos de ellos no volverán á pasar más por aquel camino.

IV

A las siete de la tarde, cubiertos de polvo y rendidos de fatiga, entrábamos por la puerta del fuerte N***. El sol se ocultaba lanzando oblicuamente sus últimos rayos sobre las baterías del fuerte, sobre los árboles que coronaban la fortaleza, y sobre los campos amarillentos; por encima de las nevadas montañas dibujábase, como para imitarles, una línea de nubes blanquecinas formando una cadena de contornos fantásticos; levantábase la luna por el extremo del horizonte, y abajo, en el *aul* (1), situado al pie del fuerte, un tártaro, desde lo alto de una terraza, llamaba á los fieles á la oración. Entretanto los soldados cantaban más alegres que nunca.

Después de haber cambiado de traje, me dirigí al alojamiento de uno de mis ami-

(1) *Aul*; así se denominaban los pueblos Tcherkeses.

gos, ayudante de campo, para rogarle que hiciese saber mis intenciones al general. A la salida del fuerte, pasaron delante de mí dos señoras, elegantemente ataviadas y hablando francés; por la ventana abierta del alojamiento del comandante, salían los alegres sonos de una polka, y al pasar por delante de un café, advertí á algunos empleados bebiendo tranquilamente, con el cigarro entre los dedos y hablando de política.

Un judío, encorvado y vestido con un paletó raído, tocaba penosamente un destemplado organillo, que llenaba todo el barrio con las notas de un número de *Lucía de Lammermoor*.

Dos señoras muy vistosas caminaban con gran ruido de faldas delante de mí; dos muchachas jóvenes, la una vestida de rosa y la otra de azul celeste, reían estrepitosamente paradas delante de una tienda, y como si con sus risas quisieran llamar la atención de la gente que pasaba por la calle.

Los oficiales, con uniformes flamantes, guantes blancos y lucientes charreteras, se paseaban por las aceras y por el jardín público.

Encontré á mi amigo en el primer piso del alojamiento del general. Apenas le hube expuesto mis deseos, manifestome que los

creía perfectamente realizables. Estábamos asomados á la ventana que daba á la calle. Delante de la puerta acababa de parar un carruaje, del cual descendió un arrogante oficial con charreteras de mayor y la dama elegante que yo había visto salir del fuerte.

—Dispensadme—dijo el ayudante—voy á avisar al general.

—¿Quién es esa señora?

—La condesa—contestó, arreglándose el uniforme y subiendo precipitadamente la escalera.

Momentos después apareció un militar de alegre aspecto, bajo de estatura y correctamente vestido con su uniforme, sus charreteras y luciendo una cruz blanca en el pecho. Detrás de él bajaban el mayor, el ayudante de campo y dos ó tres oficiales más. El aspecto del general denunciaba toda la satisfacción del hombre que está bien impuesto de su importancia.

—Buenas noches, señora condesa—oí que decía el general, mientras le ví tendiendo la mano para estrechar la enguantada y pequeña de aquella elegante señora.

Como quince minutos duraría la conversación; al cabo de los cuales, despidiéronse con las siguientes palabras:

—Ya sabéis, señora condesa, que tengo hecho voto de combatir á los infieles.

—Adios, pues, querido general—contestó la condesa riendo.

—No, hasta luego—concluyó el general—no olvidéis que me he invitado para vuestra tertulia de mañana.

Salió la condesa y se oyó en seguida el ruido de un coche que se ponía en marcha.

—He aquí un hombre—iba yo pensando mientras me volvía á mi alojamiento—que es un verdadero ruso, tiene un alto grado militar, es rico y pertenece á la nobleza; y este hombre, en vísperas de una batalla que Dios sabe cómo acabará, galantea á una hermosa mujer, prometiéndole que irá á la noche siguiente á tomar con ella el té, igual que si la hubiera encontrado en un baile.

En el alojamiento del ayudante encontré también á un muchacho que me llamó extraordinariamente la atención. Era un subteniente del regimiento R***, que se distinguía entre sus compañeros por una timidez casi femenina. Había ido á casa del general á manifestar su indignación contra los que—según él—intrigaban para impedirle que tomara parte en la expedición del día siguiente. Decía que obrar así con él era indigno, que ya lo tendría presente, etcéte-

ra, etc. Presté atención á su aspecto y á sus palabras, y me convencí de la sinceridad de las mismas. Estaba realmente indignado porque no se le permitía ir á batirse contra los tcherkesses, y mostraba la dolorosa impresión de un niño á quien se ha castigado injustamente.

V

A las diez de la noche debía ponerse en marcha la columna. A los ocho y media monté á caballo y me dirigí al alojamiento del general; suponiendo que la gente andaría ocupada en el interior de la casa, desmonté, y atando mi caballo á una empalizada, esperé á que saliera el jefe.

Al calor del día había sucedido una noche fresca, y á la claridad del sol, la pálida luz de la luna. Las altas copas de los álomos que cerraban el horizonte por encima de las casas, parecían más negras y más elevadas que de ordinario; las líneas de los edificios y de los árboles formaban masas negruzcas, que se destacaban violentamente en el fondo argentado del firmamento; en las calles se oía el rumor de algunas conversaciones, el ruido

de pasos precipitados y el galopar de algunos caballos; sonaban las notas de una canción ruthena, saliendo de la caja de un organillo.

No sé lo que pensaba en aquellos momentos, una impresión de profunda tristeza embargaba mi alma, contrastando con la aparente alegría que parecía reinar en todo el pueblo; y tan abstraído estaba en mis reflexiones, que apenas me di cuenta de lo que ocurría, cuando á eso de las once, salió el general, seguido de su estado mayor.

Comenzaron á salir soldados del pueblo; quedaba todavía la retaguardia en el fuerte cuando emprendí la marcha, á tiempo que desfilaba la artillería. El rodar de los cañones, el traqueteo de los carros cargados de municiones, y el estrépito de los caballos, golpeando el suelo con sus cascos, formaban una solemne y original armonía.

El cielo se cubría poco á poco de largas nubes de un gris sombrío, rotas á trechos en girones, por entre las cuales brillaban, titilando algunas estrellas; la luna había ya desaparecido detrás del pico de una montaña; la noche estaba en calma, y apenas se movían las hojas de los árboles. Delante de mí, se vislumbraba una masa negra y compacta en movimiento de avance; detrás se

oía el rumor de la tropa que seguía. Me adelanté, y me uní en la vanguardia al general, que iba á caballo, seguido de sus ayudantes. El silencio era tan profundo que se percibían todos los misteriosos rumores de la noche. El aullido monotonó y lejano de los chacaes, semejante á veces á gritos desesperados de dolor, y á veces á sarcásticas risas; el sonsonete uniforme de los grillos y de las ranas, todos esos indefinibles y misteriosos rumores de la Naturaleza dormida, se entremezclaban y fundían, produciendo ese conjunto de armonías que llamamos el silencio de la noche. Sólo, de vez en cuando, se interrumpía el silencio por el choque violento de algún cañón, el ruido metálico de los sables chocando entre sí, ó el relincho de los caballos.

En el ambiente dejábase sentir todo el encanto de la hermosa Naturaleza, en calma y llena de músicas. Los hombres en cambio, sin fijarse en semejantes encantos, sólo se ocupaban, henchidos de odio y de venganza, en los medios de destruir á sus semejantes.

Y sin embargo, todas las perversidades del corazón del hombre deberían disiparse en su intimidad con la Naturaleza, expresión absoluta de lo bueno y de lo bello.

VI

Hacía dos horas que caminábamos. Comenzaba á dejarme dominar por una especie de somnolencia, cuando súbitamente me sobresaltó un resplandor extraño. Al mismo tiempo llegaba á mi oído el estrépito de un torrente que se despeñaba por la escarpada vertiente del valle por donde caminábamos; y allá, en el fondo negro de las montañas, lucían en distintos puntos grandes hogueras que tan pronto se extinguían, tan pronto brillaban, iluminando las tinieblas de la noche.

—¿Qué significan esas luminarias?— pregunté á un tártaro.

—Es la señal de que los enemigos se aproximan.

—¿Cómo! ¿Saben ya en la montaña que el regimiento está en marcha?

—¡Pues no lo han de saber!...—me contestó en el tono más sencillo del mundo.

Entre tanto las estrellas palidecían por momentos, anunciando la proximidad del nuevo día; en el fondo del valle donde nos

encontrábamos reinaba aún la más profunda obscuridad.

De pronto se percibieron en medio de las sombras algunos fogonazos; al mismo tiempo pasaron por encima de nosotros algunas balas silbando, y oyóse el ruido seco que producían al chocar en el húmedo suelo; los disparos se hicieron más nutridos; oíanse las voces secas, breves é imperativas de los jefes dando sus órdenes; y desgarraron al aire los primeros gritos de dolor lanzados por los soldados heridos.

Pronto cesó el fuego; parecía que aquello no era más que un amago. Nuestro general llamó al tártaro que nos servía de guía y le habló algunas palabras en voz baja. Después ordenó también por lo bajo, pero dejándose entender claramente:

—¡Coronel Husanoff, haced desplegar en guerrilla!

Por levante lucían los primeros tintes de la aurora.

Para comenzar el fuego debíamos atravesar el río que teníamos delante. El guía señaló el vado, y lanzóse la columna al agua; los soldados de infantería, con los fusiles en alto, pasaron los primeros; luego la caballería, levantando espuma del agua que salpicaba hasta la monturas; por último la arti-

llería al galope de sus caballos. Cuando todos hubieron pasado, el general, seguido de la caballería, se dirigió hacia la derecha; á alguna distancia, entre una masa negruzca de árboles, se adivinaba al enemigo emboscado. Los cosacos se desplegaron en guerrilla.

Del fondo de árboles que teníamos en frente, se destacaron algunas sombras, que, poco á poco fueron aumentando.

—Ahí están los tártaros—dijo uno de los oficiales.

De pronto apareció una nube de humo detrás de un árbol, seguida de una detonación; luego otra más lejana, y al cabo de un momento otra y otras, formando una larga humareda en todo lo largo del bosque. Nuestros soldados comenzaron á contestar á los disparos del enemigo, y pronto estuvo generalizado el fuego. Casi todas las balas pasaban silbando por encima de nuestras cabezas é iban á perderse detrás de nosotros.

—Excelencia dijo el coronel Husanoff, llevándose la mano al kepis,—¿ordenáis que cargue la caballería? ¡Ya han aparecido las señales!

Y designaba á lejos un cuerpo de tártaros á caballo, á la cabeza del cual dos jinetes en caballos blancos levantaban en alto unos

bastones, en el extremo de los cuales flotaban al aire unos trozos de paños rojo y azul.

—¡Id con Dios, coronel!—dijo el general sin la menor alteración en el semblante.

Husanoff, levantó en alto el sable, y poniéndose á la cabeza de los suyos, se lanzó á galope gritando:

—¡Hurra, hijos míos! ¡Hurra!

—¡Hurra! ¡Hurra!—gritaron mil voces vibrantes, estridentes, agudas y alegres; y la caballería se lanzó á rienda suelta detrás de su coronel.

El enemigo apoyado en la espesura del bosque, menudeaba sus descargas.

—¡Qué hermoso golpe de vista!—exclamó tranquilamente el general, sonriendo y con la misma calma con que podría hablar á la joven condesa del fuerte.

—Es un gran espectáculo el de la guerra en un país tan hermoso como este—contestó el mayor.

—Y sobre todo en tan buena compañía—replicó cortesmente el general.

El mayor se inclinó ceremoniosamente agradeciendo la frase.

El tiroteo se hacía cada vez más nutrido; el humo de la pólvora formaba ya una espesa nube; las trompetas tocaban sin cesar orde-

nando el ataque; los ayudantes corrían de un lado á otro dando instrucciones.

De pronto sonó á mi lado un chasquido extraño: era una bala sepultada en el pecho de un soldado; dió éste un grito terrible, y cayó bañado en sangre para no levantarse más. Parecíame que el esplendor de la batalla había perdido toda su hermosura; miré á mi alrededor, y nadie, á excepción mía, prestaba atención á estas cosas. El mayor reía siempre de muy buena gana; el ayudante de campo tarareaba una canción popular; y el general siempre gracioso y sonriente, hablaba con el capitán.

Después de haber intervenido la artillería, la victoria se declaró por nuestras tropas. El campamento del enemigo fué tomado y durante algunas horas el regimiento se entregó á los mayores excesos. Desapareció la rigidez de la disciplina militar, y fraternizaron alegremente las charreteras de oro y los sencillos uniformes azules.

Entre tanto, mi amigo el capitán, sentado tranquilamente, fumaba impasible su pipa daghestana; el subteniente Rosenkror con su elevada estatura, sobresalía entre todos, y se le veía marchar de un lado á otro, con el aire de un hombre que está muy ocupado.

—El enemigo era muy numeroso, ¿no se cierto, capitán?—preguntó.

—¡Bah!—me contestó.—¿A esto se llama el enemigo?... Esta noche á la hora de la retreta, nos esperará allá abajo—y señalaba un punto en el horizonte.—¡Habrá que ver esto!...

Dieron la orden de regreso y el general marchó el primero á la cabeza de la columna. El batallón en el cual yo iba, formaba la retaguardia. Las compañías del coronel Chlopoff y del teniente Rosenkror iban juntas.

Las profecías del capitán se cumplieron exactamente. Desde que la columna comenzó á entrar en un paraje en que el camino formaba una hondonada, bordeada á sus dos lados por escarpadas rocas, comenzaron á verse arriba algunos montañeses á caballo y otros á pie corriendo de árbol á árbol, con el cuello bajo y el fusil en la mano.

El capitán, quitándose su gorro, hizo piadosamente la señal de la cruz; algunos soldados le imitaron. Arriba se escuchaban los estridentes gritos de los montañeses: *¡Yai giaours! ¡Ourouss yai!*

Comenzó el fuego: las detonaciones secas de las carabinas de los montañeses se sucedían rápidamente; los fuegos se cruzaban, y

de todas partes caía una lluvia de balas. Los nuestros se prepararon como pudieron, y comenzaron á contestar á la agresión. Por todas partes se oían exclamaciones de sorpresa.

—¡Qué fácil es tirar, defendidos por los árboles!

—¡Es una emboscada!

Nuestros cañones pudieron emplazarse, y comenzaron su faena; al primer disparo el enemigo pareció vacilar, pero un momento después, á cada movimiento de avance que hacían nuestros soldados, aumentaban los gritos del enemigo, que redoblaba su fuego.

Los cañones estaban emplazados á corta distancia del enemigo y sus efectos eran terribles; también sentíamos nosotros los efectos de la artillería contraria. Cerca de mí, una bala de obús dejó muerto á un soldado. ¿Pero á que insistir en los detalles de esta horrible carnicería, que yo quisiera hacer desaparecer de mi memoria?

El subteniente Rosenkror había tomado una carabina, y hacía muy certeros disparos; gritaba con voz enronquecida, dirigiéndose á los soldados, y corría á rienda suelta, dando alientos de un lado á otro de la columna. Estaba un poco pálido y su fisonomía ofrecía una grave expresión de nobleza.

El joven subteniente que hacía su *debut* en una acción de guerra, mostraba toda la alegría de que estaba poseído; sus hermosos ojos negros brillaban llenos de audacia y en sus labios se dibujaba constantemente una franca sonrisa. Varias veces se había acercado al capitán pidiéndole permiso para dar con los suyos una carga al enemigo.

—Permitidme capitán; una carga, palabra de honor que los dispersamos!

—¡Es inútil!—respondió el capitán.— Es menester batirse en retirada.

La compañía del capitán estaba situada en el extremo del bosque, y los soldados disparaban sus armas maquinalmente por contestar al enemigo. El capitán, con su capote usado, y su gorro no muy nuevo, abandonada la brida de su caballo blanco, permanecía inmóvil y silencioso, siempre en el mismo sitio.

Los soldados sabían de tal modo lo que debían hacer, que no había necesidad de dar ninguna orden. El capitán ofrecía un aspecto bien poco militar; en cambio había en él tal naturalidad, que no pude menos de sorprenderme, mientras me decía en mi interior:

—¡He aquí un verdadero valiente!

Era el mismo hombre [de siempre; los

mismos movimientos tranquilos, la misma voz, el mismo aire de franqueza, reflejándose en su rostro expresivo, simpático y feo. Solamente en su mirada, más serena que de costumbre, hubiera podido reconocerse, mirando con atención, al hombre ocupado en su negocio. Ser siempre el mismo, no es poco decir. ¡Cuántas modificaciones no sorprendía yo entre los otros! Los unos afectaban más calma que la que tenían realmente, los otros más gravedad; mientras que sobre el rostro del capitán, se leía que él no comprendía la necesidad de la menor afectación.

El francés que dijo en Waterlloo: «la guardia muere, pero no se rinde», y los héroes que en parecidas circunstancias han pronunciado frases célebres, eran valientes en verdad; pero entre su valor y el de nuestro capitán existía esta diferencia; que si algún gran pensamiento hubiese germinado en el cerebro de mi amigo, estoy seguro que no lo hubiera expresado con la palabra: primero, porque hubiera creído que al hacerlo aminoraba el mérito de la acción, y segundo, porque el hombre que se cree con fuerzas para realizar una acción, piensa que las palabras son inútiles. Este es, en mi concepto, el rasgo característico y noble del valor entre los rusos.

De pronto, del lado en que se encontraba el joven subteniente con su pelotón oímos algunos ¡hurra!; volviendo la cabeza advertí una treintena de soldados con el fusil en la mano corriendo penosamente á campo traviesa; pero avanzaban siempre, gritando con entusiasmo. A la cabeza, y con el sable en alto, galopaba el joven subteniente.

Todos desaparecieron en el bosque. Al cabo de algunos instantes de gritos y estruendosas detonaciones, se precipitó fuera del bosque un caballo desbocado; inmediatamente salieron muchos soldados cargados con muertos y heridos. Entre estos últimos venía el joven subteniente en brazos de dos soldados; estaba pálido como un muerto, y su hermosa cabeza, animada un momento antes por el fuego del entusiasmo, caía inclinada sobre el pecho; sobre su camisa blanca, y al través de su capote desabrochado, se percibía una pequeña mancha roja.

—¡Ah, que dolor!...—dije yo involuntariamente.

—Sí, es una lástima—dijo detrás de mí un soldado, apoyado en su fusil con aire indiferente.— ¡No tenía miedo de nada! ¡Un novato que ha pagado su imprudencia.

—¿Es que tú tienes miedo?—le pregunté.

—¡Ya lo creo!

VII

Una vez fuera del bosque, pusieron al subteniente en una camilla con la que cargaron cuatro soldados, marchando á otro sitio más seguro. Detrás se puso en camino, conducido por la brida, un caballo, llevando las cajas del botiquín y de los instrumentos de cirugía.

—¿Qué es eso, hermano Alanino, algún rasguño?—dijo aproximándose á la camilla y sonriendo el subteniente Rosenkror.

El capitán se aproximó también, y examinó con mucha atención al herido. Ahora, sobre su semblante, siempre indiferente y frío, se leía una sincera piedad.

—Y bien—mi querido Anatolio Ivanovitch—exclamó con una voz llena de ternura, que no pudo menos de llamarme la atención,—cúmplase la voluntad de Dios!

El herido volvió la cabeza y reanimáronse sus ojos; en sus labios apareció una triste sonrisa.

—¡Capitán—dijo—razón teníais pero yo no os he hecho caso!

—¡Decid mejor que tal ha sido la voluntad de Dios!

Llegados á un sitio donde no alcanzaban las balas, los soldados dejaron la camilla en el suelo. En el mismo instante se acercó el doctor de la compañía, seguido de su ayudante, que llevaba en las manos buen número de hilas y vendas.

El médico, sonriendo para dar ánimo al herido, exclamó bromeando:

—¡Vaya, vaya, os han abierto un agujero en el cuerpo; veamos, veamos, dejaos reconocer!

Obedeció el subteniente, y el doctor comenzó á sondar la herida, mientras el ayudante disponía los preparativos para la operación de extraer la bala.

El herido, mostrando en su rostro los terribles dolores que sufría, cogió con sus manos las del doctor, rogándole con voz tan débil que apenas se percibía.

—Dejadme; puesto que he de morir, no me hagáis sufrir inútilmente, dejadme.

Pronunciando estas palabras, cayó sobre la camilla preso de un desvanecimiento; y cuando cinco minutos después me aproximé al grupo que le rodeaba, preguntando á un soldado cómo estaba el subteniente, escuché

dos solas palabras, pronunciadas en tono indiferente:

¡Ha muerto!

VIII

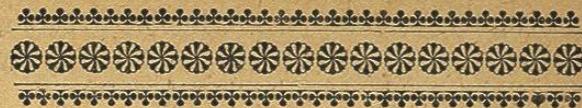
Era muy tarde, cuando la tropa formada en larga columna, llegaba detrás del fuerte de N***.

El sol trasponía la cadena de montañas nevadas, esclareciendo con sus últimos rayos rosados, las nubes prolongadas y ligeras que se destacaban inmóviles en el horizonte claro y límpido. Una ligera niebla comenzaba á envolver la cumbre de las blancas montañas; pero la línea ondulosa de aquéllas se destacaba netamente sobre el fondo purpúreo del cielo, iluminado por el sol poniente.

Al otro extremo lucía ya la pálida luna sobre el azul obscuro del firmamento. Los árboles apenas se destacaban entre las sombras que los envolvían. La masa oscura de la columna se movía cadenciosamente siguiendo el polvoriento camino.

Aquí y allá sonaban los tambores, las castañuelas y las alegres canciones.

El solista de la sexta compañía cantaba con todas sus fuerzas, y las notas vibrantes de su potente y hermosa voz de tenor se extendían á lo lejos en el ambiente transparente de la noche.



LA CONVERSION DE UN BANDIDO

I

PANDÚ, rico joyero de la casta brahmánica, se dirigía acompañado de su criado, á Benarés. Habiendo hallado en el camino á un monje de aspecto venerable y que marchaba á pie en igual dirección, le rogó que se sentase á su lado.

—Os doy mil gracias por vuestra bondad—dijo el monje—verdaderamente estoy fatigado. Con todo, ya que nada poseo y no puedo pagaros este servicio, os ofreceré, por si los necesitáis, algunos tesoros espirituales que he ganado siguiendo la doctrina de Çakya Muni, ¡el bienaventurado Budira, maestro de la humanidad!

Siguieron pues su vía juntos y Pandú escuchaba con gusto las prudentes palabras de Nasada.

Una hora después, al llegar al sitio en que el camino estaba inundado por ambos lados, vieron una carreta de labrador volcada sobre uno de sus varales y con una rueda obstruyendo la vía.

Devala, el propietario de la carreta, iba á Benarés para vender su arroz y se había apresurado mucho para llegar antes del alba. Un día más y sería tarde, porque los compradores estarían ya aprovisionados y se habrían marchado.

El joyero viendo que su viaje se interrumpía, se incomodó y dió orden á su esclavo, Madaguta, de retirar la carreta. El labrador se opuso, porque su carruaje estaba tan cerca del ribazo que con sólo tocarle se le podía echar abajo. Mas el brahmín se hizo el desentendido y exigió á Madaguta que ejecutase sus órdenes.

Este último, dotado de una fuerza hercúlea, echó la carreta al ribazo antes de que el monje hubiese tenido tiempo de intervenir. Cuando Pandú pudo pasar y quiso proseguir su camino, el monje se apeó con presteza del carruaje y dijo:

—Perdonad, señor, que os deje; os agra-

dezo vuestra amabilidad que me ha permitido viajar durante una hora en vuestro carruaje. Hallábame muy fatigado; pero ahora, gracias á vuestra á fineza estoy descansado. Por otra parte, he reconocido en ese labriego á uno de vuestros antepasados; y creo que socorriéndole en su desgracia os pagaré vuestras bondades.

El brahmín miró con sorpresa al monje.

—¿Decís que ese aldeano es la encarnación de uno de mis antepasados? ¡Imposible!

—Ignoráis—dijo el monje,—los numerosos lazos que unen vuestro destino al de ese labrador. Ciertamente no se puede pedir al ciego que vea. Así, os compadezo, porque os perjudicáis á vos mismo, y trataré de defenderos contra las heridas que vos mismo quereis causaros.

No obstante el bondadoso acento con que el monje se expresaba, el rico comerciante se picó, y como no estaba acostumbrado á oír reproches, ordenó á su cochero que avanzase sin detenerse.

El monje acercóse á Davala, le saludó y se puso á ayudarle para arreglar la carreta y recoger el arroz.

El trabajo se ejecutaba tan rápidamente, que Davala no pudo menos de decirse:

«Este monje debe ser un santo.»

que le auxilian los espíritus invisibles. ¿Si le preguntase por qué el orgulloso brahmín me ha tratado con tal despego...?»

—Mi buen señor—profirió—¿podréis decirme por qué se ha mostrado tan injusto conmigo ese hombre, á quien nunca hice el menor daño?

—Querido mío—le dijo el monje;—no se ha cometido con vos ninguna injusticia.

Tan pronto hubieron recojido el arroz y lo colocaron en la carreta, el monje y el aldeano se fueron á Benarés. Y no estaban lejos de la ciudad, cuando de súbito el caballo se asustó y echó á un lado.

—¡Una serpiente! ¡una serpiente!—gritó el labrador.

El monje, mirando atentamente al objeto á cuya vista respingara el caballo, bajó de la carreta y recogió una bolsa llena de oro.

«Esta bolsa—pensó—no puede haberla perdido más que el rico joyero», y la entregó al labrador diciéndole:

—Tomad esta bolsa y cuando estáis en Benarés, id al hotel que os indicaré, preguntad por el brahmín Pandú y devolvedle su dinero. El se excusará de la grosería que con vos ha cometido; pero le diréis que le perdonáis de todo grado y le deseáis que

prospere en sus empresas, porque creédmelo, cuanto mayor sean sus éxitos, tanto más ganaréis con ellos. Por muchos motivos vuestro destino depende del suyo.

Entre tanto Pandú había llegado á Benarés y se había avistado con el rico banquero Malmek, con el que sostenía relaciones comerciales.

—Perdido soy,—le dijo Malmek—si no compro ahora mismo una carreta del mejor arroz para la cocina real.

Al tiempo que Malmek refería su desgracia, Pandú notó que había perdido su bolsa. Después de haber buscado bien en el carruaje y no habiendo encontrado nada, creyó que Madaguta su esclavo se la había quitado, por lo que llamó á la policía y le dijo que su sirviente le había robado.

Inmediatamente y por sus instancias Madaguta fué atado y atormentado á fin de arrancarle la confesión del hurto.

—¡No soy culpable, dejadme!—gritaba el infeliz esclavo!—¡yo no puedo soportar este tormento! ¡Soy inocente y padezco por culpa de otro! ¡Oh, si pudiese obtener el perdón del labriego á quien hice mal por complacer á mi amo! Este es el castigo de mi crueldad.

Los agentes de policía seguían apaleando

al esclavo cuando llegó Davala al hotel y con asombro de todos tendió á Pandú su bolsa.

En seguida los verdugos dejaron libre al esclavo: pero éste, indignado contra su amo, huyó á las montañas y se unió con una partida de bandoleros.

Malmek, sabedor de que el labriego podía venderle arroz de primera calidad, se apresuró á comprarle toda la carreta y pagó por ella un precio triple, y Pandú, satisfecho de haber recuperado su dinero, se fué de prisa al convento para pedir al fraile las explicaciones que éste le había prometido.

Nasada le dijo:

—Podía haberos dado la explicación que deseáis; pero sabiendo que sois incapaz de comprender la verdad, prefiero no deciros nada, si bien os daré un consejo: tratad á cualquier hombre que encontréis como os tratáis vos mismo; servidle como quisiérais que se os sirviese. De este modo sembraréis la simiente de las buenas acciones y os aprovecharéis de la cosecha.

—Dadme ¡oh monje!—dijo Pandú,—esa explicación y me será más fácil seguir vuestro consejo.

—Pues, bien—repuso el monje—os daré la clave del misterio; si ni aún así lo pe-

netráis, creedme lo que os digo. Considerarse como un sér aislado es una ilusión, y aquel que encamina suspensamientos á realizar la voluntad de ese sér aislado, sigue una equivocada senda que le conducirá al abismo del pecado. Si nos consideramos como séres aislados, es porque el velo de Maya ciega nuestros ojos y no nos permite ver los lazos indisolubles que nos unen á nuestros semejantes, y nos priva de entrar en comunicación con las demás almas. Pocos hombres conocen esta verdad. Que las palabras siguientes sean vuestro talismán.

«El que perjudica á los otros, se daña á sí mismo.»

«El que ayude á los otros, se hace bien á sí mismo.»

«Cesad de consideraros como un sér aislado, y marcheréis por el camino de la verdad.»

«Para aquel cuya vista está oscurecida por el velo de Maya, el mundo parece dividido en innumerables individualidades. Y un hombre tal no puede comprender la extensión del amor universal hacia todo ser viviente.»

Pandú respondió:

—Vuestras palabras tienen un profundo significado y de ellas me acordaré. He hecho

un poco de bien, que nada me ha costado, á un pobre monje durante mi viaje á Benarés, y ved cuán felices consecuencias me vale. Mucho os debo, porque sin vos no solo habría perdido mi bolsa sino que ni aún habría podido negociar en Benarés los asuntos que han acrecentado considerablemente mi fortuna. Además, merced á vos ha llegado la carreta de arroz á tiempo para salvar á mi amigo Malmek. Si todos los hombres penetrasen la verdad de vuestros preceptos, ¡cuánto no mejoraría el mundo, cuanto en él no disminuiría el mal y se aumentaría la universal felicidad! Quisiera que todos comprendiesen la verdad de Budha, y por eso voy á fundar un convento en mi país, Kolshambi, y os ruego me ayudéis á establecer un retiro para los hermanos, discípulos de Budha.



II

Han pasado años. El convento de Kols-hambi, fundado por Pandú, se ha convertido en un punto de reunión de hombres piadosos y en el famoso centro de la ciencia.

Un día el rey de un país vecino, habiendo oído hablar de la perfección de las joyas fabricadas por Pandú, envióle su tesorero para encargarle una corona de oro macizo enriquecida con las piedras más preciosas de la India.

Cuando Pandú hubo terminado su trabajo, se marchó á la capital de ese rey, y con la esperanza de nuevos encargos se proveyó de una gran cantidad de oro. La caravana que llevaba esas riquezas iba escoltada por hombres armados. Con todo, cuando hubo llegado á una región montañosa, una cua-

drilla de bandidos, capitaneados por su jefe Madaguta, la atacó, hizo á pedazos la escolta y apoderóse de los tesoros. El mismo Pandú escapó con gran dificultad á la matanza.

Esta pérdida abrió enorme brecha en la fortuna del joyero, que lamentó muchísimo el percance, pero lo soportó con resignación.

«Merezco esta desgracia—se dijo,—por los pecados de mi vida pasada. En mi mocedad he sido duro con las gentes, y no he de dolerme si recojo hoy el fruto de mis malas acciones.»

Como quiera que se mostraba mucho más benévolo para con todos los seres, sus desgracias no alcanzaron más que á purificar su corazón.

Transcurrieron algunos años más, y sucedió que Pantaka, un joven monje discípulo de Nasada, que viajaba por las montañas de Kolshambi, cayó en manos de los bandidos. Como el detenido nada poseía, el jefe de los malhechores le soltó después de haberle hecho apalear.

Al día siguiente Pantaka, que atravesaba el bosque, percibió el rumor de un combate. Se dirigió al sitio de la lucha y vió á muchos bandidos que atacaban furiosamente á su jefe Madaguta. Este último, semejante al león acosado por los perros, les hacía cara

y había matado á muchos. Pero eran harto numerosos y al fin cayó, acribillado de heridas.

Tan pronto como se hubieron marchado los foragidos, el joven monje acercóse á los heridos para socorrerles. Más todos habían muerto; solo Madaguta daba algunas señales de vida. El monje corrió entonces á un arroyuelo que serpenteaba no lejos de allí, llenó de agua fresca su cantimplora y la llevó al moribundo.

Madaguta abrió los ojos y dijo rechinando los dientes:

—¿Dónde están los perros ingratos á los que tantas veces he procurado su zalea? Sin mí pronto les hubieran atrapado como á chacales acosados por el cazador.

—No penséis más en vuestros compañeros,—quiso persuadirle Pantaka;—ellos son los cómplices de vuestra criminal existencia. Pensad más bien en vuestra última hora, en la salvación de vuestra alma. Bebed esta agua y dejad que os cure vuestras heridas. Quizá podré aún salvaros de la muerte.

—Es inútil—respondió Madaguta;—no hay para mí, esperanza; los miserables me han herido mortalmente.

¡Ah, cobardes! ¡ingratos! ¡me han asesado los golpes que yo les enseñé!

—Recogéis lo que habíais sembrado. Si hubieséis enseñado el bien á vuestros compañeros, habrías recibido de ellos el bien. Les habéis enseñado á matar, y por lo mismo habéis recibido de sus manos la muerte.

—Razón lleváis,—contestó el jefe de los bandidos—¡he merecido mi muerte! pero, ¡cuán horrible será si he de recoger en mi vida futura el fruto de todas mis malas acciones! Decidme pues santo varón, lo que puedo hacer para aliviar el peso de los pecados que me oprime el pecho y me pesa como una roca.

—Arrancad de vuestro corazón todo deseo de venganza; ahogad vuestras malas pasiones y llenad vuestra alma de amor para todos los seres.

—He hecho mucho mal y ningún bien. ¿Como podré escapar á esta red que yo mismo he tejido con mis malos instintos? Mi *Karma* (1). me conducirá al infierno, porque nunca podré encontrar el camino de salvación.

—Sí, es verdad—replicó el monje.—Vuestra *Karma*, rogerá en vuestras encarnaciones futuras el fruto de la semilla que habéis

(1) «*Karma*».—Significa la creencia búdica de que el destino del hombre en esta vida, es la consecuencia de sus acciones en una existencia anterior, y que el bien y el mal de su vida futura dependen por igual del esfuerzo realizado en el presente por huir el mal y buscar el bien.—(Nota del CONDE TOLSTOY.)

sembrado El que ha cometido malas acciones no puede evitar sus consecuencias. Pero no desesperéis: todo hombre puede salvarse, á condición de hacer el sacrificio de su individualidad. En prueba de eso os contaré la historia de un célebre bandido, Kandata, que murió en la impenitencia y renació demonio en el infierno, donde ha experimentado los más horribles padecimientos.

Allí estaba hacía muchos años, sin poder sustraerse á su infeliz destino, cuando Budha apareció en la tierra. En esta época memorable, un rayo de luz penetró en el infierno é hizo palpitar de esperanza á todos los demonios. ¡Oh, bienhadado Budha, apiádate de mí!—exclamó el bandido Kandata.—Padezco horribilmente y aunque obré mal, quisiera hoy marchar por el camino de la justicia. Pero no puedo librarme de la red de dolor en que estoy envuelto. ¡Ayúdame, Señor, apiádate de mí! La ley de *Karma* quiere que las malas acciones nos conduzcan á nuestra pérdida. Cuando Budha oyó la plegaria del demonio que gemía en el infierno, le envió una araña con su tela, y la araña le dijo: «Aférrate de mi tela y sal del infierno.» Cuando la araña hubo desaparecido, Kandata cogió la tela y empezó á trepar.

Era tan sólida que no se rompió y el demonio pudo subir cada vez más de prisa. Y notó de pronto que la tela temblaba y oscilaba. Era porque otros infelices trepaban tras él, y Kandata tuvo miedo. Veía cuán sutil era la tela y notó que se adelgazaba cada vez más por el creciente peso que soportaba.

Sin embargo no se rompía. Hasta entonces Kandata sólo había mirado hacia la parte superior. Miró debajo y vió que una innumerable multitud de habitantes del infierno le seguían en su ascensión. «¿Cómo—pensó,— podrá una tela tan ligera soportar el peso de tanta gente?» y asustado gritó: «¡Soltad la tela, es *mia!*» Al punto se rompió y Kandata cayó otra vez al infierno. El erróneo sentimiento de la individualidad vivía aún en Kandata. Este no sabía qué maravillosa fuerza tiene el sincero impulso hacia lo alto para alcanzar el camino de la justicia.

Este impulso es leve como una telareña, pero levanta millones de hombres, y cuanto mayor sea el número de los hombres, más ligero preparará cada uno de ellos. Pero así que nace en un corazón de hombre el pensamiento de que esa tela es *suya*, de que le pertenece el beneficio de la justicia, y no debe partirlo con nadie, la tela se rompe y

el hombre vuelve á su antigua situación de individualidad aislada. Ahora bien, el aislamiento es una maldición, y la unión una bendición. ¿Qué es el infierno? No es más que el amor de sí mismo, en tanto que Nirvana es la vida común...

—Dejadme pues, coger la telaraña—dijo Madaguta espirante, luego que hubo oído el relato del monje.

Madaguta se detuvo un punto como para coordinar sus ideas y en seguida prosiguió:

—Oídme bien: quiero confesároslo todo. Yo era el esclavo de Pandú, joyero de Kols-tambí. Pero después que me hubo atormentado injustamente, le abandoné y me convertí en jefe de bandidos. Hace algún tiempo supe por mis espías que debía atravesar las montañas. Le he sorprendido y le he quitado la mayor parte de su fortuna. Id, pues, y decidle que le perdono de todo corazón el mal que me ha hecho injustamente y que le ruego que me perdone el haberle despojado. Cuando yo estaba á su servicio, su corazón era duro como una piedra, y él me enseñó á no pensar más que en mí. He oído decir que se ha vuelto mejor y que se le cita como un modelo de bondad y de justicia. No quiero deberle nada, y por lo tanto os suplico que le manifestéis que he guardado en una

cueva la corona de oro que fabricó para el rey, y además sus tesoros. Solo dos bandoleros conocen el escondrijo y los dos han muerto hoy. Que Pandú, acompañado de gente armada, venga á buscar los bienes que le quité.

Y Madaguta murió en los brazos de Pantaka, después de haberle indicado donde estaba la cueva.

El joven monje se dirigió en seguida á Kolshambi, fué á buscar al joyero y le contó lo que había pasado en el bosque.

Pandú dió con la cueva y recuperó las riquezas allí escondidas por el jefe de los bandoleros.

Enterróse á Madaguta y á los bandidos muertos y Pantaka comentó sobre su tumba las palabras de Budha, diciendo:

«La individualidad hace mal, y la individualidad lo padece.

«La individualidad evita el mal, y la individualidad se purifica.

«La fuerza y la impureza pertenecen á la individualidad. Nadie puede purificar á su semejante.

«El esfuerzo es propio del hombre, los Budhas no son más que educadores.

Pandú llevó á Kolshambi todas sus riquezas y gozando con moderación de la for-

tuna recuperada, pasó el resto de su vida en la calma y la felicidad, y cuando siendo de edad avanzada, se sintió morir, reunió en torno suyo á todos sus hijos y nietos y les dijo:

—Queridos hijos míos, no acuséis á los demás de vuestra desdicha. Buscad la causa de vuestra felicidad en vosotros mismos, y si no estáis cegados por la vanidad, la encontraréis y podréis así evitar el mal. El remedio á vuestra desgracia, está en vosotros mismos. Que jamás la mirada de vuestra conciencia se oscurezca por el velo de Maya. Recordad las palabras que fueron el talismán de mi vida.

«Aquel que hace padecer á sus semejantes, se hace mal á sí mismo.

«Aquel que ayuda á los demás, se ayuda á sí mismo.

«Que desaparezca el error de la individualidad, y marcharéis por la senda de la justicia.»



LEZCANO Y COMP.^A—EDITORES

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

ULTIMAS PUBLICACIONES

J. GASANOVA.—Biblia del amor

AVENTURAS GALANTES

Extracto de las memorias del célebre aventurero italiano, cuyo nombre ha hecho famoso, quizás más que sus hechos, la forma de relatarlos, en que la ingenuidad, corre parejas con la gracia del estilo.

Un tomo de cerca de 200 páginas con magníficas cubiertas en fototipia, **UNA peseta.**

EL TRABAJO

Páginas de Bondoreff, publicadas por el

CONDE LEON TOLSTOI

En la evolución de las ideas del genial escritor ruso, es este libro el que señala quizás más que otro alguno, el objeto y fin que trata de conseguir.

Forma un tomo de 250 páginas con cubierta en fototipia. Precio, **UNA peseta.**

POR ELECTRA

POR

R. ALBORNOZ

Una novela de actualidad, vivida, y escrita con la sinceridad, que constituye el principal mérito del notable escritor que firma el volumen.

Un tomo de 300 páginas con cubierta en fototipia, **UNA peseta.**

LOS VAGABUNDOS

POR

MAXIMO FORKI

El autor de este libro célebre ya, es uno de los más notables literatos que la nueva generación rusa ha producido.

LOS VAGABUNDOS, son testimonio fehaciente de lo merecido de la fama del joven y ya eminente literato moscovita.

Un tomo de 300 páginas, **UNA peseta.**

EL BAZAR DEL ADULTERIO

POR

JUAN F. LUJAN

El nombre del autor es una garantía. Escritor concienzudo y literato castizo, en esta obra auna sus dotes de observador con sus galas de estilista, haciendo del libro una interesante y sugestiva narración de episodios reales.

Un tomo de 300 páginas, **UNA peseta.**



LA CARNE

POR

OSCAR METENIER

Oscar Metenier, es uno de los autores contemporáneos, cuyo mérito como costumbrista, es extraordinario. *La Carne*, es una sugestiva colección de cuentos, en la que sobresalen todas las cualidades que han hecho célebre el nombre del autor.

Un tomo de 250 páginas con cubierta en fototipia, **UNA peseta.**

LA TRATA DE BLANCAS

POR

RAMON SEMPAY

El título revela lo que la obra es: la descripción del repugnante mercado de mujeres, que es una de las llagas sociales más difíciles de extirpar.

Un tomo de 300 páginas, **UNA peseta.**



LA GRAN ARAÑA

POR

RAMON SARMIENTO

(EX-JESUITA)

Es la historia íntima y escandalosa del jesuitismo, contada por uno de sus miembros.

Un tomo de 300 páginas, **UNA peseta.**

CUENTO DE AMOR

POR

RAMÓN DEL VALLE INCLÁN

Los dotes de estilista, la gracia exquisita y delicada del distinguido literato, aunánse en este libro, otro libro moderno, otro libro de la voluptuosidad y de la sangre, en que la sensación llega al alma, por todos los medios, por la belleza artística, por la fuerza pasional, por el intenso sabor de vida, que de todo él se desprende.

Un tomo de 300 páginas con cubierta en tricolor, **UNA peseta.**



ROJO Y NEGRO

DE

STENDHAL

(ENRIQUE BEYLE)

Stendhal, es el patriarca ilustre de la moderna novela psicológica y el *R rojo y Negro*, su obra maestra.

Dos tomos de 300 páginas con ricas cubiertas, **DOS pesetas.**

El Antecristo y el ascetismo cristiano

POR

FEDERICO NIETZCHE

Traducción y prólogo de Pompeyo Gener

Una de las obras de mayor mérito del ilustre alemán, es la que ofrecemos al público de lengua española, traducida directamente, por el notabilísimo publicista Pompeyo Gener, cuyo sólo nombre es una garantía.

Un tomo de 300 páginas, **UNA peseta.**



LA ALEGRÍA DE AMAR...

POR

TOMÁS ORTIZ-RAMOS

Un libro moderno, en que palpita la vida; un libro sincero sobre todo, en que el interés se desprende por la realidad del dolor, y la intimidad de la pasión.

Forma un tomo de 300 páginas con cubierta al tricolor, **UNA peseta.**

EL INGENUO

POR

VOLTAIRE

Otro libro cuya fama hace innecesario todo elogio. La sátira finísima, con que tritura el clericalismo, le dan en estos momentos una verdadera actualidad.

Un tomo de 250 páginas con cubierta en fototipia, **UNA peseta.**

Las quince alegrías del matrimonio

Un libro de autor desconocido, y de mérito positivo. La fina observación, y el *humour* hacen de esta obra, una joya de la alegría picaresca francesa.

Un tomo de 300 páginas con cubierta en fototipia, **UNA peseta.**

VIDA DE LAS DAMAS GALANTES

POR

BRANTOME

La obra del abate Brantome, como modelo de gracia y desenvoltura, es famosa en la historia de la literatura francesa, del siglo xvi. Todos sus relatos son rigurosamente exactos, y la naturalidad de lenguaje que emplea, propio de la época en que escribió, no puede ser un inconveniente, para que este libro circule en lengua española.

Un tomo de 300 páginas, **UNA peseta.**

